

HISTORIAS DE VIDA Y NARRATIVAS BIOGRÁFICAS DE MAESTROS Y MAESTRAS I

VOLUMEN I

ISBN: 978-958-5124-26-4



GOBERNACIÓN DE ANTIOQUIA
SECRETARÍA DE EDUCACIÓN



UNIDOS



GOBERNACIÓN DE ANTIOQUIA

SECRETARÍA DE EDUCACIÓN



GOBERNACIÓN DE ANTIOQUIA

SECRETARÍA DE EDUCACIÓN

HISTORIAS DE VIDA Y NARRATIVAS BIOGRÁFICAS DE MAESTROS Y MAESTRAS VOLUMEN I



GOBERNACIÓN DE ANTIOQUIA
SECRETARÍA DE EDUCACIÓN

Historias de vida y narrativas biográficas de maestros y maestras Volumen I

Esta publicación es producto del contrato 4600012064, Plan de Desarrollo 2020-2023. Esta publicación es realizada con fines educativos y su distribución es gratuita. Ley 23 de 1982, artículo 32. Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra sin autorización de los autores o los editores. Publicación realizada en el marco del Contrato Interadministrativo n.º 4600012064 de 2021, entre la Secretaría de Educación de Antioquia y la Facultad de Ciencias Humanas y Económicas de la Universidad Nacional de Colombia Sede Medellín, para el acompañamiento a los procesos de formación virtuales para maestros y maestras de municipios no certificados del departamento de Antioquia, en el marco del programa Maestros y Maestras para la Vida.

Medellín - Colombia 2021
Distribución gratuita / 300 ejemplares
© Gobernación de Antioquia, Secretaría de Educación 2021
ISBN: 978-958-5124-26-4

Gobernador de Antioquia
Aníbal Gaviria Correa

John Jairo Laverde Rivera
Yaneth Peláez Montoya

**Secretaria Regional y Sectorial de
Desarrollo Humano Integral**
Alexandra Peláez Botero

Coordinación Editorial
Manuela Arango Restrepo

Secretario de Educación de Antioquia
Juan Correa Mejía

Corrección de estilo
Sofía Valencia Osorio

Subsecretario de Calidad Educativa
Juan Diego Cardona Restrepo

Diagramación
Camila Cano Tapias

Subsecretaria de Planeación Educativa
Tatiana Maritza Mora

Ilustraciones
Camila Cano Tapias

Subsecretaria Administrativa de Educación
Luz Aída Rendón Berrío

Impresión
Todograficas

Director Gestión de la Calidad del Servicio Educativo
Adrián Marín Echavarría

Equipo Pedagógico Secretaría de Educación de Antioquia
Ángela Janeth Senejoa Rodríguez
Julián Andrés Corrales Gil
Juliana Andrea Julio Agudelo



GOBERNACIÓN DE ANTIOQUIA
SECRETARÍA DE EDUCACIÓN

Tabla de contenido

- 6... **Introducción** Alexandra Peláez Botero
- 7... **Presentación** Juan Correa Mejía
- 9... **Las aventuras de una maestra sin peinar: Una paradoja entre lo habitual y las ideas despelucadas que confluyen en el corazón** Biviana Astrid Areiza López
- 17... **Escribiendo con las plumas de nuestras aves de cuarentena** Gabriela Patricia Areiza Tobón
- 21... **La tarea de educar o el oficio de ser maestro** Claudia Patricia Bran Agudelo
- 27... **Historias del maestro contadas en poemas** Albeiro de Jesús Carmona Uribe
- 41... **Relato de un maestro contador de historias. In memoriam de Jairo de Jesús Jiménez** Blanca Omaira Correa Otálvaro
- 55... **Corazonar el pensamiento y la educación desde el vientre y la raíz. Semillas para revitalizar la formación** John Alexander Cossio Moreno
- 67... **La inclusión educativa, evocando en el presente** Diana Patricia Díaz Chalarca
- 79... **Recorrido profesional con enfoque en la alfabetización inicial y otras experiencias** Jhon Hawi González Cárdenas
- 91... **Quería enseñar, pero también aprender** Diego Alejandro Guerrero Rodríguez
- 99... **Contra vientos y mareas** Adela de Jesús Jaramillo Aguilar
- 109... **Palabras vitales para cambios reales** Diana María Jaramillo Gómez
- 115... **Las distancias. Una mirada a las resistencias en las escuelas rurales de difícil acceso** Daniel Alejandro Jiménez Gallego
- 127... **La vida, una piel tatuada con abrazos de escuela** Edison Alberto Jiménez Valdés
- 135... **Cuando sea maestra...** Carmen Emilia Londoño Chica
- 145... **Una historia de vida para inspirar** Edgar Martín Osorio Sepúlveda
- 155... **De la universidad a la escuela: Expectativas y realidades de una profesora principiante** Daniela Peláez Cárdenas
- 167... **El payaso de las curvas** Elkin Darío Quintero Morales
- 173... **Nos seguimos moviendo...** Elvia Rosa Restrepo
- 181... **Camino hacia una escuela integral** Andrés Emilio Serna y Lina María Ardila
- 187... **Decir y decirme: Soy maestra** Elizabeth Soto Betancur
- 195... **Formar en tiempos de incertidumbre: Expresiones confinadas** Alba Yaneth Zuleta López

Introducción

Maestros, maestras, directivos docentes:

Desde nuestra llegada a la gobernación, expresamos el deseo de visibilizar la experiencia que ustedes han acumulado durante años en las escuelas. El Programa de Gobierno Maestros y Maestras para la Vida es nuestro canal para que sus voces, sus rostros y sus saberes se conozcan en todo el territorio de Antioquia.

En esta ocasión, el equipo de la secretaría les entrega la colección *Pensamiento, escuela, maestro y maestra*, una producción académica en la que se expresan los desarrollos pedagógicos en el aula de clase y se promueven las prácticas educativas, los ensayos y las narrativas de maestros y maestras que, en todo momento, están pensando el acto de educar.

La colección que estamos entregando está integrada por varios títulos: “Historias de vida y narrativas biográficas de maestros y maestras”, que recrea el mundo de la vida escolar de las escuelas del departamento. “Escrituras desde el aula”, en el que encontrarán un acumulado de experiencias educativas que servirán de inspiración para todos. “Propuestas didácticas para la escuela. Programa Todos Aprender” es un título que recoge los desarrollos y reflexiones educativas de los maestros y maestras de Antioquia en el marco del Programa Todos Aprender. Y, por último, “Voces que germinan en la cotidianidad de las escuelas” es la expresión sensible del acto político de ser maestro y maestra en los territorios de Antioquia.

Alexandra Peláez Botero

Presentación

Posicionar a los maestros y maestras como sujetos de saber pedagógico y actores políticos en Antioquia, es la tarea que tenemos en la Secretaría de Educación, es por esto que, a través de la Colección Pensamiento Escuela Maestro y Maestra, difundimos sus escrituras, sus experiencias y el acumulado pedagógico que han adquirido recorriendo el territorio del departamento.

Compartir experiencias, narrativas y reflexiones de lo vivido en las instituciones educativas permite reconocer al maestro y a la maestra desde su ser, y reconocer en ellos lo fundamentales que son para el desarrollo social, cultural y educativo de Antioquia. Y son estas

mismas voces las que van marcando un modo de relación positiva con el otro y el entorno, ese extraño que debe ser un cómplice para la vida y para estar UNIDOS. El objetivo, a través de los distintos textos que se encuentran en los cinco libros que componen la Colección, es acercarnos al territorio que se habita, a las relaciones que se construyen en las aulas y las reflexiones que emergen en estos espacios.

MAESTROS Y MAESTRAS PARA LA VIDA, uno de nuestros programas bandera, continúa abriendo los escenarios territoriales, para que desde allí se narre la educación en Antioquia.

Juan Correa Mejía



LAS AVENTURAS DE UNA MAESTRA SIN PEINAR:

Una paradoja entre lo habitual y las ideas
despelucadas que confluyen en el corazón

Biviana Astrid Areiza López*

*Maestra de la Institución Educativa Arturo Velásquez Ortiz del municipio de Santa Fe de Antioquia. Correo electrónico: biviare06@hotmail.com

Resumen

Disfrutar mi profesión me permite crear nuevas ideas, a veces descabelladas, pero innovadoras. Mi labor es vivenciar el conocimiento de forma tangible y hacer que las palabras adquieran razón. Ser maestra es mi gran aventura; es reconocer el valor de mi creatividad como eje central en mis acciones escolares; es una metáfora con mi cabello y mi forma despeinada de portarlo; es reconocer la realidad sin temores, actuar con la mejor actitud y el ánimo más potencial, sin rendirme ante los obstáculos. La escuela es uno de mis lugares favoritos, al igual que mi hogar, la iglesia y el gimnasio, son espacios que me permiten trascender y hacer realidad cada objetivo que me propongo. Si estoy bien, mis estudiantes estarán mejor y, así, disfrutarán conmigo cada acontecimiento, sin miedo a recorrer viajes inesperados desde el juego, la investigación y la contextualización del aprendizaje. Somos “uno” en medio de las diferencias.

Palabras clave

Cotidianidad, vocación, creatividad, metodologías, investigación.

Un niño puede enseñar tres cosas a un adulto: a ponerse contento sin motivo, a estar siempre ocupado con algo y a saber exigir con todas sus fuerzas aquello que desea
Paulo Coelho

“Mami, ¿es que no piensas peinarte?”, expresan con frecuencia mis asesoras de imagen, mis hijas Valeria y Sara, cada que me despido para viajar al municipio de Santa Fe de Antioquia, donde está ubicada la sede en la que trabajo, la Institución Educativa José María Martínez Pardo. En este lugar, disfruto cada idea que materializo.

Pero aquí realmente no inicia esta historia...

4:30 a.m. Suena un suave sonido que intenta despertarme en medio de la penumbra de las frescas mañanas jeronimitas. “Es hora de levantarse”, pronuncian mis labios, aún con los ojos cerrados. “¡Vamos, Bivi!, es un día más, ¡gracias a Dios!”, y en un suspiro me impulso y me siento en la cama. De mi mesa de noche tomo un paquete de libros, entre los cuales, hay una pequeña biblia y unas cuantas oraciones, y dedico veinte minutos para esta actividad. Finalizo y, de inmediato, empieza la misión contrarreloj de ama de casa: lavar, cocinar, limpiar, despertar a mis hijas para darles instrucciones y, por supuesto, tratar de organizarme para viajar a mi lu-

gar de trabajo. Realizo mi rutina personal, pero, como es característico, mi cabello continúa en su autonomía y libre albedrío, por lo tanto, no me opongo a esto. Es una decisión que me gusta y me caracteriza.

Llego a mi escuela a las 6:20 a.m., organizo mi aula de clase y me dispongo a recibir los murmullos y sonrisas de los pequeños estudiantes de cinco y seis años que pertenecen al grado primero A. Cada momento es una gran oportunidad para aprender de ellos, pues me han enseñado “que se cansa más quien esté quieto y quien haga siempre lo mismo”. Es por esto que me mantengo activa todo el tiempo posible, me exijo al máximo para lograr mis objetivos, me divierto con mis travesuras en la escuela y con las jocosidades con las que trato de hacer sonreír a mis estudiantes y compañeras de jornada. Es necesaria la sincronía entre la cotidianidad y las eventualidades.

Regreso a casa después de las 2:00 p.m. Allí, me encuentro con tareas de mis hijas, actividades administrativas que debo entregar, llamadas de padres de familia para solicitar alguna información y, por supuesto, con mi agenda personal de gustos y hobbies. Es hora de cuidarme. Después de resolver la mayoría de situaciones que mencioné anteriormente, descanso leyendo algún libro que se haya robado mi interés o que algún amigo me haya recomendado. Acto seguido, empaco los materiales

y organizo todo lo correspondiente para el día escolar siguiente. Luego, cambio mi ropa y visito el gimnasio. Mi esencia femenina disfruta la actividad física y me permite oxigenar, aparte de mi cuerpo, mis ideas, haciendo que estas se desplieguen por cada cabello que está fuera de lo común. De vuelta a casa, dialogo un poco con mis amistades y, aunque el tiempo es corto, sonreímos con las mismas anécdotas de siempre y nos despedimos hasta una próxima oportunidad. Al llegar a mi hogar, retomo mis labores de ama de casa y termino las tareas del día. Para dar a conocer que todo ha sido cumplido, pego un cartel en la nevera que dice: “oficina cerrada, mamá cansada”.

Y así transcurre mi vida cada día, entre lo convencional y esporádico, algo que aprendí de mis estudiantes de educación inicial. Aunque se planee minuciosamente, siempre habrá rumbos diferentes. Es como mi cabello, aunque trate de organizarlo y darle lo mejor, siempre existen pelos irreverentes que no aceptan lo que les doy, y debo modificar el plan para que estén un poco mejor, sin presiones de ningún tipo.

Para poder hacer un poco más comprensible mi paradoja, continúo mi relato de manera retrospectiva y me visualizo el 6 de enero de 2015 en el Centro Educativo Rural El Pedregal, de la vereda Pedregal, en el municipio de Santa Fe de Antioquia. Tenía treinta y dos años, sin el más

mínimo conocimiento de cómo sostener una escuela rural. No sabía sembrar, podar, fumigar. Esto se debía a que mis experiencias anteriores fueron en escuelas urbanas.

Aquí hago un alto en mi historia y reconozco con gran admiración la ardua y valiosa labor del maestro rural. Eran las 8:00 a.m., en la portada de la escuela escucho el sonido de unas motos y alguien que menciona mi nombre. Salí para verificar quién era y me encuentro a un viejo amigo, Wilder Valencia, quien es maestro en la zona. Él me pidió que los dejara ingresar para desayunar conmigo, luego me presentó a su compañero Fredy Ossaba, y en cuestión de unos minutos estábamos sentados desayunando en un pasillo. Me asesoraron un poco sobre mis dudas en educación rural. ¡Gracias a Dios llegaron! Desde ese momento establecí contacto con ellos, el cual agradezco de corazón, pues Wilder, Fredy, Martha, Pérez y otros compañeros me hicieron factible la estadía en la zona rural.

Todo lo sucedido en el capítulo de Pedregal lo quiero resumir y enfatizar en un seudónimo muy particular que recibí por parte de mi compañero Fredy: “pelos necios”, por la apatía a peinarme. Hoy aludo con sonrisas a este sobrenombre pues, desde ahí, mi pensamiento de maestra dejó de ser un poco convencional. Aquí es donde realmente inicia la historia de “Las aventuras de una maestra sin peinar”.

De Fredy aprendí muchas cosas para mi labor docente: ser más organizada en mis planeaciones rurales, trabajar con la comunidad, evaluar de manera formativa y hacer del aula de clase un espacio de interacción constante entre la realidad y las proyecciones. Ocho meses en Pedregal fueron suficientes para reevaluarme, desaprender y volver a iniciar. Tener los “pelos necios” no era una mala idea.

En febrero de 2016, fui trasladada a la zona urbana, a la sede en la que actualmente me encuentro, un lugar maravilloso con personas extraordinarias. A la fecha, he podido hacer realidad lo que mi creatividad visionaba, en medio de la libertad de mi cabello que a veces asumo como una parte de mi inspiración. En este año, recordé el apodo que tenía en Pedregal, empecé a proyectar ideas diferentes y diseñé diversos proyectos de aula para realizar con mis estudiantes y sus familias, pero con un enfoque científico e investigativo.

El reto era adaptar esos proyectos a los estudiantes más pequeños. ¿Cómo hacer ciencia en la escuela desde un grado inicial? Fue el interrogante que me embargó, y fue, a la vez, el detonante para hacer realidad mis pensamientos. En el año 2017, recibí como regalo una hembra de pez guppy en gestación. Me advirtieron que debía poner cuidado al nacimiento porque la madre se come sus crías. De regreso a casa, iba muy pendiente del recipiente

plástico y de la guppy, cuando, de repente, veo en el fondo un diminuto pez nadando. “¡Dios mío, empezaron a nacer!”, exclamé fuertemente, “¿qué hago?”. Me sentí súper confundida. Quienes estaban a mi lado me observaban sorprendidos. La angustia me invadió, pero, al llegar a mi casa, pude solucionar esta situación. Con una cuchara, saqué los alevines uno a uno para protegerlos.

Me siento en la sala un poco extenuada y trato de peinar mi cabello porque transpiraba demasiado, era uno de los efectos causados por el estrés de atender un parto desconocido. En ese momento, surgió la idea de trabajar con estos peces mi primera experiencia en proyectos de iniciación investigativa, pues, si habían logrado asombrarme, ¿qué no sucedería con mis estudiantes? Dejé mi cabello sin peinar y de inmediato fui a mi biblioteca a diseñar la estrategia.

El estreno de esta idea se dio con el grado segundo B, y el proyecto de investigación se llamó: “Guppys, un mundo por explorar”. Las actividades me permitieron iniciar el método científico con mis estudiantes y sus familias. Nos disfrazamos de investigadores y diseñamos preguntas curiosas sobre estos peces, algunas fueron: ¿por qué los peces no tienen pelo?, ¿cómo aprenden los peces a nadar?, ¿por qué no se ahogan los peces?, entre otras preguntas simples.

En el aula permanecía la pecera experimental con algunos guppys. Cada estudiante podía llevarla a casa un día y resolver en familia la guía de investigación desde la observación, la deducción y la imaginación. Estos peces eran nuestras mascotas, hacían parte del grado segundo B. Todas las asignaturas se abordaron de manera transversal, construimos una bitácora de grandes aprendizajes y, al finalizar el año, cada familia recibió un pez como premio, como incentivo por el trabajo realizado. Todos los niños de la jornada eran felices observando la pecera, sabían que el grupo de la profe Biviana aprendía de los peces.

2018, grado tercero B. Un viernes, a la última hora de la jornada escolar, estábamos, de nuevo, jugando fútbol en clase de Educación Física. El calor era abrasador al mediodía. Al sentarnos para descansar e hidratarnos, una de mis estudiantes me dice, “profe, se te pararon los pelitos”. La miré fijamente a sus ojos y le sonreí diciéndole, “es que están pensando”, y, efectivamente, eso estaban haciendo mis estudiantes disfrutaban de este juego y aproveché el auge del mundial de fútbol para recrear un pensamiento: “vamos a recorrer el mundo y a realizar una investigación antropológica”. Así, surgió el proyecto: “Conociendo el mundo a través del fútbol”, donde pudimos conocer similitudes y diferencias de Colombia con otros países. Se consultó sobre la cultura, la geografía y otras características

de los países participantes en este macro evento. Luego, desde el método científico, se hicieron análisis sobre ciertos cuestionamientos que se planteaban en las ponencias y, como siempre, las familias disfrutaron estos momentos con su apoyo incondicional.

2019, una nueva oportunidad. Alfabetizar desde la investigación era un objetivo en esos momentos. Un día de febrero a las 3:00 p.m., trato de peinar y recoger mi cabello para minimizar el calor imbatible del aula de clase en ese momento, pero, de repente, escucho risas, susurros y correr sillas detrás mí. Me giro y observo que una parte de los estudiantes del grado primero A se encuentran en el piso observando algo. Dejé mi cabello como estaba y me dirigí hacia ellos para ver qué sucedía. Al instante, me percaté de que ya estaban todos allí, admirados y con la atención en el protagonista. Era un bicho extraño, desconocido para nosotros, que, por curioso, llegó a nuestro salón. Gracias a ese instante, pude determinar cuál sería la temática de investigación para realizar en este año escolar. Ahí nació: “Bichos: magia de vida”.

Hice un listado de bichos presentes en el territorio santafereño. Luego, en una clase muy especial, nos disfrazamos de exploradores, rifamos los bichos y cada estudiante formulaba una pregunta sobre el animal que le correspondió. Algunas de ellas fueron:

la hormiga, ¿por qué tiene tanta fuerza?; las abejas, ¿cómo hacen la miel?; la lombriz, ¿cómo respira debajo de la tierra?; la avispa, ¿por qué pica tan duro?, entre muchas otras preguntas curiosas. Se conformaron los grupos aúlicos con su respectivo líder y se asignó un cronograma de exposiciones para presentar al bicho protagonista de la sesión de forma creativa a sus compañeros. De igual manera, se hicieron actividades transversales con todas las asignaturas, aprendimos mucho porque, me incluyo, disfruté ver su aprendizaje y avances significativos en el proceso de lectoescritura. Fue una experiencia inolvidable.

Por supuesto que el año 2020 no podía estar sin una de mis ideas, incluso desde la distancia y la virtualidad. Mi compañera Gloria Múnera y yo diseñamos un proyecto de acompañamiento en cuarentena llamado “Aula familiar”. Allí, incluimos diversas propuestas para continuar la educación desde casa. Una tarde, después de ejercitarme en casa, recojo mis implementos deportivos y recuerdo cada una de sus historias, cómo los adquirí, para qué sirven, cuáles son más efectivos en repeticiones, cuáles son para tren superior y cuáles para tren inferior. Al organizarlos, mi hija menor me preguntó detalles sobre ellos y, en ese momento, comprendí que hay objetos que tienen muchísimo valor histórico y emocional en cada hogar. Es así como surgió la idea de

trabajar con los juguetes como objeto de investigación. Todos los seres humanos, en algún momento de nuestra vida, hemos tenido un juguete, por lo tanto, es posible realizar diversas actividades desde casa. Me dirijo a la ducha y, al quitarme la visera de mí cabeza, escucho la risa de mi hija diciendo, “jum, qué pelo”. Sonríe y le digo, “normal, acaba de inspirarme una nueva idea”. Le hago un guiño y continúo mi recorrido.

El proyecto de investigación lo llamé “La magia de un juguete”, con el ánimo de recrear el aprendizaje de los estudiantes del grado primero y sus familias desde la distancia. Este proyecto fue pensado para aprovecharse como actividad de esparcimiento, donde se expresen las ideas, las emociones y las historias de vida a través de la creatividad, sin alterar la dinámica familiar. Consistió en entrevistar a parientes cercanos, hacer uso de recursos del hogar, observar memorias fotográficas, escuchar anécdotas y diseñar nuevos juguetes, acciones que se realizaron con el fin de brindar una iniciación científica a estos estudiantes.

Con el paso del tiempo, comprendo que cada idea puede hacerse realidad, que estas no son tan despelucadas o desorbitadas como parecen, que hay que contextualizar las enseñanzas para que los aprendizajes sean significativos y reales. Es indispensable evolucionar y dejar que las confluencias de nuestra razón de ser actúen creativamente. Es sincronizar nuestro cuerpo, nuestra mente y el entorno. Debemos solidificarnos como seres humanos desde nuestras virtudes y defectos.

Tal vez, mi cabello sin peinar sea un estereotipo de la profe que hace proyectos de investigación con niños de educación inicial porque los considera unos genios en potencia. O quizá, sea algo de alta relevancia para mis propuestas “el ser yo”, el aceptarme y el comprender que soy importante en todos mis roles. O, posiblemente, sea un amuleto de inspiración para que surja la creatividad. Pero, ante todo, es el gusto, el amor de formar para la vida, el jugar en el aprendizaje, el derribar lo superficial y el crear la exploración. Una vez más, estoy convencida de que la paradoja entre lo habitual y las nuevas ideas no dependen de un territorio, sino de un pensamiento que anima la actitud. Es decir, crear donde no hay posibilidades y si, por situaciones del destino, mi cabello cambia o se pierde, estoy plenamente segura de que mis creaciones nacerán desde el fondo de mi corazón porque amo mi vida de maestra. Sin esta aventura, tal vez, mis pelos no serían tan necios y harían parte del cansancio del sentido común y de la rutina. Ser diferente no está mal y, desde que exista inspiración, existe vida y trascendencia.



ESCRIBIENDO CON LAS PLUMAS

de nuestras aves de cuarentena

Gabriela Patricia Areiza Tobón*

*Maestra de la Institución Educativa Rural José Félix de Restrepo sede Monte Alto del municipio de Ituango. Correo electrónico: gabrielapatriciaareiza@gmail.com

Resumen

El diario literario, como el más íntimo e importante medio para comunicarme conmigo y, en especial, con el pájaro del alma con el fin de entender mis emociones, surge como una propuesta de terapia psicológica individual. Con ella, a partir de la lectura del cuento “El pájaro del alma” de la escritora y periodista israelí Mijail Snunit, me he permitido reescribir mi vida de maestra desde la escritura y la lectura creativa, con un enfoque emocional. Mi autobiografía está escrita en un cuaderno que cumple las funciones de un diario. En cada página, están escritas las vivencias de mi día a día desde los diferentes géneros, especialmente, desde el narrativo y el lírico. Este cuaderno se adentra en un conversatorio con mi niña interna, con la maestra, la madre, la hermana, la hija, la amiga y la compañera en el rol académico de estudiante, encontrando en la poesía y en la literatura un medio de aprendizaje y enseñanza emocional.

Palabras clave

Autobiografía, emociones, diario literario, literatura, poesía.

He ideado un acompañante en este camino. Con él, empezaré a escribir una historia, tomando un lápiz que será una de las plumas que me ha regalado este hermoso acompañante, el pájaro del alma, diciéndome “Gabriela, no temas cuando te equivoques, tienes una pluma mágica y podrás borrar. Además, me tienes a mí y, cuando necesites ayuda, ¡empieza a escribir tu historia de emociones y aventuras!”.

Mi querido pájaro del alma, he de contarte quién soy. Soy una maestra que nació en un pequeño corregimiento de Ituango, conocido como El Aro. No me detendré mucho en mi historia de niñez, sino en cómo llegué a ser maestra lectora y escritora.

A mis diecisiete años, cuando estaba terminando el grado once, perdí a mi padre en esa época violenta del año 1997, y con él se marcharon mis sueños de profesionalizarme... Mi papá, gracias a su trabajo diario en las fincas, y mi mamá, ama de casa, velaban porque nosotros estudiáramos y nos preparáramos para ser profesionales. Pero, así, de un momento a otro, la vida nos cambió. Todos nos dedicamos a hacer cosas que nos permitieran colaborar con los gastos de la casa. Como apenas tenía diecisiete, no me permitían trabajar, pero, en mis tardes libres, las vecinas y algunos estudiantes universitarios me buscaban para que los ayudara con las tareas académicas y recibía dinero por ello. Así me ayudaba con mis gastos personales.

De la venta de algunas cargas de café y maíz que habían quedado después de aquella tragedia, mi mamá y una tía, que también era docente, me pagaron un curso de inglés y mis dos primeros semestres de universidad en un programa de Ingeniería Informática. Las cosas se complicaron y me tuve que retirar de la universidad. Pero se me abrió la puerta a la docencia. El jefe de núcleo de Ituango le contó a mi hermana que necesitaban docentes, que le entregara una hoja de vida. En enero de 2001, llegué a Santa Rita de Ituango a ejercer la docencia desde la práctica y a aprender a hacerme maestra en medio de tantas dificultades.

Son muchas las historias que tengo por contar en estos veinte años de docencia. De todas ellas, puedo decir que haber trabajado en El Aro fue mi mayor experiencia de vida para resarcir, de algún modo, tanto dolor. Aunque estuviera rota por dentro, llevaba un mensaje de amor, de esperanza y de paz desde la educación para transformar vidas y aportar al conocimiento, a las letras y al lenguaje. Además, fue el lugar donde me hice madre de dos hijos, Emanuel y Valentina, quienes son mi apoyo y compañía.

Mi segunda experiencia significativa, aunque no es la única, pero sí la actual, ha sido el permitirme estar en un proceso de atención en salud con enfoque sicosocial,

como parte de la medida de reparación ordenada por la Corte Interamericana de Derechos Humanos al Estado colombiano para el restablecimiento de los derechos de las víctimas de las masacres de El Aro y La Granja.

En este permitirme, te he encontrado a ti, mi pájaro del alma, para enseñarme a descubrir lo maravilloso que hay en mí, a descubrir un horizonte diferente de la lectura y la escritura en el aula desde lo emocional, y a conocer estudiantes del alma, como Carlos Martín, un estudiante de cincuenta y siete años quien se declaró como mi estudiante en el grupo de Arte y jueves poético. Con él, he aprendido el arte de enseñar a los adultos, la andragogía.

Y, en este permitirme, he descubierto cuánta sensibilidad hay en cada uno de mis estudiantes y cómo, a través de este ejercicio, he trascendido a cada uno de ellos, y los guío para que descubran sus pájaros del alma y puedan escribir su propio diario literario desde sus emociones, con hermosas y significativas historias. Por eso, como aves, hemos volado en esta cuarentena con nuestros escritos, hemos intercambiado nuestras letras y nuestra esencia.

Sin querer finalizar porque, día a día, escribimos nuestra historia y vamos cambiando el hilo de nuestras biografías con nuestras decisiones —acertadas o no—, que hacen parte de la esencia del ser humano, les dejo aquí uno de los escritos que tengo en mi diario:

Días

¿Ves la luz de tus ojos que está iluminando en este momento el reloj?

¿Ves tu corazón que siente el sosiego de esta tarde?

¿Ves de todas formas que las agujas finas del tiempo siguen avanzando?

¿Ves?...

Sientes ahora la brisa,

fuera en el campo,

en las calles,

donde con voz

de viento

se oye en las esquinas

y en las hojas de los árboles

tu nombre.

Yo lo escucho

incluso aquí en la distancia.

Yo lo siento incluso

aquí y ahora.

¿Ves?



Mi querido pájaro del alma, esperaremos esos momentos en donde las voces de mis estudiantes, la mía y tu canto llenen ese silencio y traigan sentido e historias a nuestras palabras. Acariciaremos en unos instantes el sueño de algún cuento encriptado o de alguna historia misteriosa de príncipes, corderitos, volcanes, reyes vanidosos, flores, aves, aviadores, planetas y astros luminosos y opacos. En la literatura encontraremos ese mundo.



LA TAREA DE EDUCAR

o el oficio de ser maestro

Claudia Patricia Bran Agudelo*

*Maestra de la Institución Educativa Rural Botero del municipio de Santo Domingo. Correo electrónico: claudia.bran@gmail.com

Resumen

En el texto, se da una mirada al significado de ser maestro a partir de experiencias propias. De esta aproximación a la realidad docente, mirada desde los ojos del maestro, se destaca el papel del profesor como transformador de la realidad de los estudiantes desde su ejercicio pedagógico dentro y fuera del aula. De igual forma, se valora el ejercicio docente al reconocer sus fortalezas y debilidades, así como su tarea fundamental de orientador, guía y descubridor.

Palabras clave

Maestro, educación, transformación, autonomía, futuro.

Los científicos dicen que estamos hechos de átomos, pero a mí un pajarito me contó que estamos hechos de historias

Eduardo Galeano

Estudiar, graduarse, convertirse en un profesional de la educación, llegar el primer día al aula de clases con tantos conocimientos y, a la vez, sin saber nada. Con un morral lleno de libros y con la mente llena de sueños, pararse en ese salón en medio de treinta, cuarenta o más estudiantes. Al-

gunos, curiosos, inquietos, preguntones; otros, sin ganas de estar ahí, despistados, tristes, charlatanes, bullosos, lejanos. Todos con una historia de vida diferente. Varios están ahí porque les toca y otros porque quieren. Sin embargo, todos son importantes. Todos y cada uno de ellos son un reto para afrontar, una historia por descubrir, muchas heridas por curar, muchos mundos y muchas realidades por cambiar. Esta tarea implica tocar al otro desde el respeto, desde el afecto, desde la exigencia; creer en el otro, en sus posibilidades, en sus sueños y en sus fortalezas; y crecer con el otro, desde sus miedos, sus aprendizajes y sus necesidades.

No se educa para el presente, se educa para el futuro, y se va haciendo despacio, lentamente, de a poco cada día. Así como no se recogen los frutos de una semilla al día siguiente de haberla plantado, de igual forma ocurre con la tarea del maestro. Hay que regar la semilla con cuidado y paciencia. Mucha paciencia. Hay que cultivar esa virtud y, si no se tiene, difícilmente se podrá desempeñar esta labor de tal modo que se logre el objetivo primordial de la educación, que es, siguiendo a Kant, llegar a la mayoría de edad, lograr que el otro piense por sí mismo, que sea un ser autónomo y que ejerza esa autonomía de forma responsable. La labor del maestro es hacer que ese brillo en los ojos del niño en su primer día de clases se conserve a lo largo de los años y que, al finalizar su proceso educativo, se proyecte hacia sus sueños del futuro. El maestro ilumina para que el otro brille con luz propia.

En este orden de ideas, habría que detenerse a pensar el valor que tiene la palabra del maestro. Esa palabra que inspira respeto cuando exige y corrige, pero que también despierta ternura y admiración porque él es el sicólogo, el médico, el consejero, el papá, la mamá y, muchas veces, la única fuente de afecto que puede tener un joven o un niño; lo más cercano a una familia para muchos. Por todo lo anterior, la palabra del maestro se respeta, se escucha y se cree porque esa palabra tiene valor y tiene poder. Por eso, no se puede convertir en una herramienta de dominación del otro que está, en cierta medida, en una posición de indefensión o de orfandad.

El buen maestro debe saber qué decir, cómo decirlo y en qué momento. Debe pensar y actuar con el corazón y, también, con el cerebro. De ahí la importancia de que el docente sea un profesional en todo el sentido de la palabra, un profesional profundamente humano. Que sea objetivo tanto para compartir sus conocimientos como para evaluar y para manejar las diversas situaciones que se presentan diariamente en el contexto escolar con estudiantes, docentes y padres de familia.

¿Cómo comprender lo que significa la labor del maestro en esta sociedad?, el maestro que, históricamente, ha sido una figura respetada por algunos y criticada por tantos. Esto último, muchas veces —e infortunadamente—, gra-

cias a quienes andan en búsqueda de una estabilidad laboral y asumen la carrera como una profesión, pero no como una vocación.

Sin detenernos en estas realidades, volvamos al maestro que ama lo que hace. El que debe cumplir su tarea a pesar de tantas políticas educativas, a veces contradictorias y descontextualizadas. El maestro subvalorado por las directivas institucionales. El maestro que también es un ser humano, que tiene una vida, aunque siempre será el profe, dentro o fuera del colegio. El maestro que quiere que las cosas cambien, que la sociedad cambie, que el futuro de los niños y jóvenes sea diferente al presente injusto que muchos tienen que vivir cada día. El maestro que entrega gran parte de su vida para dar vida a los sueños de sus estudiantes. El maestro que es capaz de sobrevivir a esas pequeñas derrotas cotidianas. El que tiene días en que pierde el norte y hasta la fe en la humanidad. El que muchas veces siente que el esfuerzo no valió la pena, que fue en vano porque, después de haber dedicado varias horas a preparar la mejor de las clases, llega al aula y todo se va a pique, no resulta según lo planeado. Pero también es el maestro que descubre que con la llegada del nuevo día se renueva la esperanza y se reafirma la fe en la posibilidad de que todo puede ser mejor, a pesar de todo y de todos. De esta manera, se reivindica la figura del do-

cente como fundamental en la transformación de esos universos que habitan en cada aula de clase.

Es también fundamental en esta tarea comprender la realidad del otro, a veces, a partir del reconocimiento de cómo se ha venido transformando el concepto de algo tan fundamental como la familia, que no es siempre la familia nuclear compuesta por padre, madre e hijos. Desde ese mismo punto de vista es desde donde la educación tradicional pierde vigencia, como en la muy gastada frase de “mi mamá me ama, mi mamá me mima”, ¿cuál mamá si es una figura ausente? La familia, la base de la sociedad, está descompuesta, entonces la sociedad tambalea. Asimismo, las exigencias del mundo moderno, con sus nuevas tecnologías e innovación, se yuxtaponen a esos entornos escolares a los que aún no llega la tecnología. Por eso, vale la pena adecuar el discurso al contexto y a la realidad actual, darle sentido y procurar que el acto de educar sea un acto democrático.

De esta manera, comprender la realidad del otro implica que sepa que no está solo, a pesar de todas las dificultades que tiene en su familia, llámese abuela, tío, madre o padre, en su vida o en su contexto. Es darle el valor que tiene y hacérselo saber a través de las palabras y de las acciones. Esto implica no juzgarlo cuando se equivoca, sino, más bien, orientarlo para que

aprenda a partir de las equivocaciones cometidas. Que enfrente su realidad y que pueda mejorarla. Y, lo más importante, que comprenda la necesidad de hacerlo, que no sea indiferente ante su presente, que considere importante actuar y que crea en su capacidad de hacer que todo cambie para mejorar.

¿Cuántas veces el tiempo nos enseña que ha valido la pena, que no ha sido inútil, aunque, muchas veces, no lo veamos así? Para ser maestro no basta con haberse formado en un campo específico del saber. Donde en realidad se aprende a serlo es en la práctica, en el día a día, en medio de tantos ires y venires. Es en el encuentro con el otro que aprende y que enseña. Es encontrarse con los rostros del hambre, de la soledad, del abandono, de la tristeza, de la orfandad; y, también, con los rostros de la dignidad, de la constancia, de la inteligencia, de la superación. Es sentir de cerca el olor del hambre, de la pobreza. Es ver los ojos de la esperanza, la alegría en esas caritas sucias de tierra por haber jugado cristales en el patio, el dolor por la muerte temprana del compañero de clases o las lágrimas por la pérdida de la mascota querida que era de todos y de nadie.

Es encontrar, en una calle cualquiera, a un desconocido que te agradece por haber sido su profe, es recibir un mensaje inesperado de alguien que no se identifica, pero que agradece porque hiciste parte de su histo-

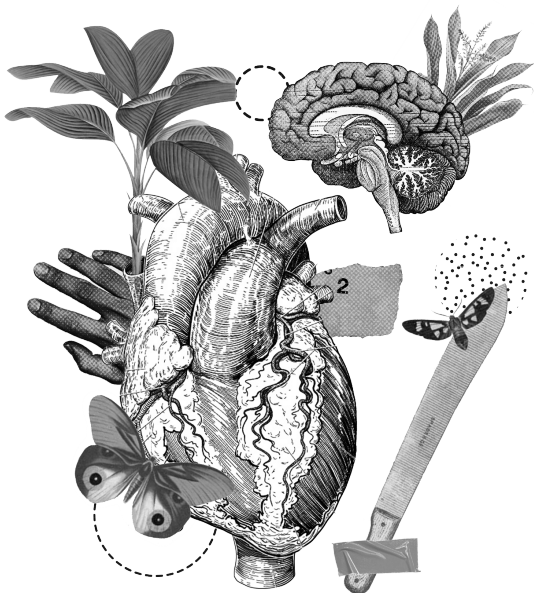
ria y, ahora, está haciendo realidad lo que soñó, ya que encontró a alguien que creyó en él. Es encontrarse con esa joven mujer que no planeó su embarazo y que ahora lleva de su mano a una hermosa niña que le dice mamá porque tuvo la valentía y el coraje de continuar su vida con responsabilidad. Esos encuentros inesperados nos corroboran que la semilla cayó en tierra fértil y que dio buenos frutos. Y esa es una de las satisfacciones más grandes que puede recibir un maestro.

Vuelven. Siempre vuelven. Como el búmeran. Vuelven esos estudiantes agradecidos. Aquellos que creyeron en nosotros, pero que, especialmente, creyeron en ellos y en sus capacidades y, así, superaron el miedo, la desigualdad social y construyeron un futuro como lo soñaron, o tal vez mejor.

Hay muchas historias tras los muros del colegio, del aula, en el patio de recreo. Historias que trascienden esos muros. Son esas historias que construimos cada día a lo largo de nuestra vida las que nos hacen ser, las que nos construyen. Las historias que nos habitan y que nos recuerdan que todo ha sido valioso, el esfuerzo, los trasnochos, las madrugadas, la desesperanza, las derrotas, pero, sobre todo, los días en los que hemos sido felices porque aprendimos de la vida y de esas vidas que dejan un poco de ellas dentro de nosotros.

Por todo lo anterior, no hay que trivializar la labor del docente; el docente como ser humano, como profesional, como mediador entre la escuela y la vida. Tan imperfecto y vulnerable, pero con la capacidad y la fuerza para entender tantas cosas duras como la orfandad de muchos estudiantes, cosas bellas como el agradecimiento y feas como el negocio de la educación, pero siempre con el temple suficiente para empezar de nuevo cada día renovando su compromiso ético y social. El maestro que crea y que cree en medio de las adversidades. El maestro que, un día, llegó a esa aula de clases repleto de sueños y que, un día, partió repleto de historias de vidas, de esas vidas en las que dejó huellas y con las que construyó sueños.





HISTORIAS DEL MAESTRO CONTADAS EN POEMAS

Albeiro de Jesús Carmona Uribe*

*Maestro del Centro Educativo Rural Bejuquillo del municipio de Cáceres. Correo electrónico: alcaur14@hotmail.com



Biografía de un maestro

Siendo aún muy pequeño
mi padre me arrullaba.
Con el machete en la mano,
muchas horas trabajaba.

Laboraba de seis a seis
con la frente marchitada,
sin calzado en mis pies
largos senderos caminaba.

En el rancho, agua caliente
para calmar dicha jornada.
La cama cómoda se siente
y el cansancio me dopaba.

Con el pico y el lapicero
una ilusión me trazaba,
es muy duro ser jornalero,
profesión mejor remunerada.

Abandoné la fuerza física
y aumentó el cansancio mental.
Hoy soy el que niños educa
como recuperar la moral.

Hoy huérfano de padres
con hogar muy hermoso;
mi vida ha tenido pesares,
me siento muy orgulloso.

Maestro de vereda

El maestro se ilusionaba
con su nueva profesión,
llegar y adaptarse a la gente
y mostrar que tiene vocación.

Atajos, quebradas y culebras,
también un largo sendero,
con el cansancio y sin sombra,
llegar a la escuela es lo primero.

Si la sociedad supiera
que venimos a transformar
a los niños marginados,
y con las uñas a trabajar.

El camino me mostraba
el plan y la lección más bella,
amar y entregarme a la gente
sin esperar nada de ella.

Entre libros y enseñanzas
se afrontan los problemas,
esperando que la muerte pase
para seguir con los saberes.

Con mis manos limpias
y una que otra angustia,
quedamos con la mente fría
al pensar qué haremos al otro día.

Mi salud y mi progreso
pierdo nomás que por educar.
No tenemos ni un receso,
por los niños hay que continuar.

El animal y su alimento

Los carnívoros con su carne
herbívoros de tanta hierba,
se comen la presa al instante,
luego se van para su cueva.

De hierba y de frutales
la ardilla se alimenta.
La vaca en los pastores
preñada está que revienta.

El cerdo es omnívoro
que de todo se aprovecha,
el hombre hace lo mismo,
se alimenta y luego desecha.

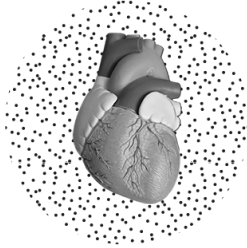
La hormiga, de seres muertos
se alimenta por ser carroñera,
se aprovecha de lo descompuesto
para limpiarnos la pradera.

El ser humano mamando
como mamífero el ternero,
sin su seno lo están dejando
para la mujer no es lo primero.

No importa lo que consumamos
todos buscamos el alimento,
hoy lo estamos peleando
porque escasea en el momento.

El hombre consume riquezas
y a los animales persigue,
a la naturaleza le daña las entrañas,
no importa que se contamine.

Pronto los seres desaparecerán
para perder su raza y clasificación.
Más fácil al alumno le quedará
en ciencias aprender esta lección.



El reino de los seres

El champiñón es un hongo
que vive de la descomposición.
Evitar las bacterias yo propongo
para no dañar la alimentación.

El reino protista no protesta
por ser un ser microscópico,
viviendo en el agua se encuentra
como la ameba y el paramecio.

Nadie quiere ser como un vegetal
y producir su propio alimento,
pero sí dañan árboles y cafetal
y al rancho lo derriba el viento.

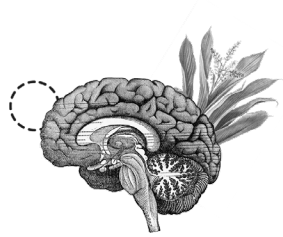
Los animales, al desaparecer,
dejan sus vertebras tiradas,
no los dejamos envejecer,
invertebrados mueren por nada.

El reino de los moneras
está en las bacterias, no miento,
enfermedades nos dejan,
otros sirven a los alimentos.

Los seres en cinco reinos
se clasifican, sí señor,
garantizan ellos un mundo
para vivir sanos y con amor.

Los reinos nos protegen
otros nos dan diversificación;
que las bacterias no nos dejen
causar tanta desnutrición.

Cuántas bacterias humanas
causamos al mundo tanto dolor,
busquemos la vacuna mañana
para acabar con el odio, mi Señor.



El sistema óseo

La estructura interna,
el esqueleto como armazón,
hueso interno y en las piernas
de golpes protege el corazón.

Con 206 huesos él está
distribuido en grupos,
de la cabeza a los pies van,
y sostienen nuestro cuerpo.

Con función encomendada
así como el sostenimiento,
articulación a los músculos dan,
y generan el movimiento.

En el cráneo ocho huesos,
el frontal y el parietal.
La vértebra es un eje óseo,
protege la médula espinal.

El tórax flexible y abierto
protege pulmón y corazón,
la mano es la herramienta
no existe en ningún rincón.

La mano aprieta y golpea,
cose, pinta y hasta escribe,
premia y castiga para que vea,
y usted ya aprendió lo que dije.

Las operaciones matemáticas

Saber qué es adicionar
agrupando sin parar,
al reunir el sueldo familiar
veo que no queda para ahorrar.

Si reunimos varias cantidades
el signo más debemos emplear,
no malgastar en vanidades
para el alimento comprar.

Sustraer es sacar o recortar
de la ganancia lo que gastamos,
ya no alcanza para disfrutar
los antojos que antes nos dábamos.

Al restar dos cantidades
el menos como signo utilizarás,
hoy a todas estas comunidades
les restan la vida sin cesar.

Sumar un número tantas veces,
lo indica otro, es multiplicar,
por eso es que hay muchos jefes
que no multiplican para no pagar.

Al multiplicar dos factores
el signo “por” se debe utilizar,
el salario de los pobres
cada año se va a mermar.

Repartir en partes iguales
de seguro será dividir,
ya no se puede comer tamales,
la plata no alcanza para invertir.

Al aplicar la división
el signo dividir no puede faltar,
ya no hay mucha diversión,
la plata no se puede derrochar.

Las manos del maestro

Hay manos muy buenas
que en la vida dejan huella,
son manos quizás pasajeras
que no lastiman las estrellas.

Manos que dan cariño
cuando alguien lo implora,
entre esas manos palpita
la ayuda de forma sincera.

Mis manos, con ánimo sereno,
hallaron el cuerpo del amor
en el alma de un niño bueno
algo tímido, sucio y sin color.

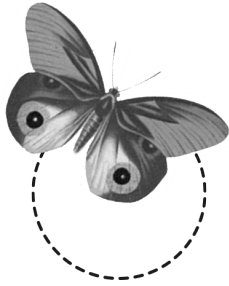
Cuando la tarde muera
donde perdura la impunidad,
esas manos vivir no quieran
para no aguantar la fatalidad.

Palma gentil de una mano
que atiende al necesitado,
hoy escasean en el sendero
de niños huérfanos y marginados.

Manos que saludan
un nuevo amanecer,
manos que nos ayudan
a sepultar el anochecer.

Manos que suplican un cambio
de consciencia y de corazón,
manos que en el sombrío
al campo le dan otra ilusión.

Manos que padecen
y mueren sin solución,
manos que no cambiaron
en el hombre, la desunión.



Formas gramaticales

Las palabras tienen muchos significados, sustantivos, adjetivos y hasta pronombres, verbos, conectores no he nombrado, será para que hablen bien los hombres.

Dicen que con el sustantivo nombran personas, animales, árboles y lugares, crees que hay alguno que nos sobra: instituciones y objetos impares.

Los adjetivos hablan del sustantivo y nombran sus cualidades, lo utilizamos en texto descriptivo, en lugares, personas o animales.

Pero cada sustantivo realiza una acción, bien sea en presente, pasado o futuro, esos creo que son verbos y su conjugación, no se pierda mi alumno, eso es seguro.

Si cojo sustantivo, adjetivo y verbo, formaremos quizás una oración, hablar y escribir sí es muy bueno, aplicando esta nueva lección.

Sustantivos propios para nombrar personas, lugares y la institución. Los objetos, sustantivo concreto, abstractos como la desesperación.

A todas estas formas nos hacen falta el artículo en masculino y femenino, en singular y plural es más elegante, poder con usted hablar es divertido.

Conoce por tu iniciativa otros géneros para que puedas ser un buen lector, quizás un escritor de los buenos que alegren la vida y el corazón.



Yo me cuido y cuido a los demás

Para cuidarme y cuidarte,
recomendaciones hay que acatar.
Esas minas y sus disparates,
que nos pueden hasta matar.

La munición sin explotar
es un arma mortal.
Diseñadas para mutilar,
herir, matar y no se pueden tocar.

Por camino forastero,
es mejor a alguien preguntar
si es seguro ese sendero,
y el camino poder continuar.

El camino tiene límites,
de los cuales no puedo salir.
Ese es el escondite
de la mina que puede herir.

En casas abandonadas,
hay trampa mortal.
Después de una caminada,
es mejor en ella no entrar.

En zonas de conflicto,
minas pueden quedar.
Que ese no sea el caminito
por el cual podamos andar.

Las minas no podemos tocar,
coger, quemar o patear.
Ante ellas nos debemos calma,
y a otras personas avisar.

Si sabemos dónde pueden estar,
diciéndonos podemos cuidar.
Ellas seguro allí estarán,
para alguien herir o para matar.

Historia de un árbol

En las entrañas de un pájaro
viajo incómodo y sin regreso
a la naturaleza, yo, mejor,
al hombre le doy salud y progreso.

Armas afiladas yo siento
de unas mentes odiosas,
la motosierra me revienta
mis entrañas no rugosas.

Agua, oxígeno y alimento
antes dentro de mí abundaban,
ayer no estabas hambriento,
para vivir algo te daba.

Pinturas y telas sacabas
de mi noble y duro cuerpo,
con los árboles plata ganabas
hoy solo queda es el cuento.

Al matar mi existencia
acabas con tu propia vida,
la contaminación y pestilencia
abunda si está prohibida.

Tierra árida y sin vida
por un árbol tú no cuidar,
pronto será ya la despedida,
momento no deseo contemplar.

Quién te dará mañana vida
si a diario me quieres destruir,
a veces juego a las escondidas,
pero tu maldad no me deja vivir.

Ya no es una planta que tenga vida
con el hombre ignorante y destructor,
pronto mi muerte será sentida
y no sabrás cómo recomponer.

La mujer y su súplica

Por qué la mujer es víctima
de abuso sexual y maltrato,
si Dios la hizo como compañía
de amor y no para agravios.

Quién arruinó tu existencia
o en el pasado qué te pasó,
no debo pagar las imprudencias
que otro hombre en ti dejó.

Mi cuerpo es la gracia
de la vida que Dios plantó,
no me des tan cruel desgracia,
la niña implora tu perdón.

Para qué me dan la vida
si me van a maltratar,
soy una pequeña existencia
la vida deseo formar y agradar.

No soy objeto cualquiera
para manipular o violar,
la vida se torna pasajera,
para qué me vas a condenar.

Me desgarran sexualmente
si mi cuerpo sin mancha está,
no quiero ser imprudente
acabemos con este mal ya.

A las niñas se admiran
se valoran y se cuidan,
no se violan o maltratan,
dejémoslas vivir en paz.

Llevemos una mujer
en la mente y corazón,
brindemos una vida mejor
con respeto y aceptación.

Hablo por ti, mujer

Las cosas que no se pueden aceptar:
abusar y maltratar a la mujer.
Cómo ella te puede a ti respetar,
con lo que acaba de padecer.

El llanto y los golpes son la evidencia
del abuso sexual y el maltrato
si la sociedad roba su inocencia,
mal familiar que nos hace daño.

El maltrato deja heridas abiertas
que le dañan su existencia,
llorando con lágrimas muertas
no maquillan su inocencia.

Abusaron de la inocencia
y todo en su cuerpo duele,
si mañana ella desprecia,
espero sepas entenderle.

Diciéndole a la justicia
cómo fue a caer en tal maldad,
oh, Dios, quiero tu pronuncia
los males de la sociedad.

Hoy alzo mi profundo dolor,
pues no quiero ser más débil.
Me cansé del frío sin amor,
quiero otro día recomenzar.

Llorando sola en mi cuarto
un ángel llora mi tragedia,
acompañó por un buen rato
y me dijo que tuviera valentía.

Hilos de amor y alegría
consumen ya este dolor.
Ver otro sol y un buen día,
que todos tengamos valor.





RELATO DE UN MAESTRO CONTADOR DE HISTORIAS

In memoriam de Jairo de Jesús Jiménez

Blanca Omaira Correa Otálvaro*

*Maestra de la Escuela Normal Superior del municipio de Abejorral. Correo electrónico: omairacorreao@hotmail.com

Resumen

Presento un apartado del relato biográfico, a dos voces y a manera de entrevista, del maestro Jairo de Jesús Jiménez, quien ofició como rector de diferentes instituciones educativas rurales en el Suroeste antioqueño. Esta entrevista se realizó en el marco del trabajo de campo para la tesis doctoral que realizo, bajo la dirección de la doctora Marta Susana Brovelli. En su memoria, y como homenaje póstumo a su vida de maestro rural, retomo su voz y en ella misma conocerán apartados de su trayectoria profesional, del significado de la bondad, del servicio y de su estilo de dirección carismático, acompañado de la configuración del equipo desde el ser de cada maestro. Un relato sin interpretaciones psicológicas o de otra índole, que sostiene la constante narrativa de transmisión de experiencias donde las enseñanzas, reflexiones y prácticas son dadas en el mismo hilo narrativo, perdurable en el tiempo. Es decir, es un segmento de realidad con intersticios de la formación y del ejercicio profesional de la dirección escolar rural, un posible aporte a la historiografía de la educación rural en la región.

Palabras clave

Vivencia, experiencia, vocación, dirección escolar rural.

Somos las historias que nos han contado y las que contamos a otros.
(*Universidad de Antioquia, 2013*)

Se hace posible reacreditar el relato, la vivencia de otros convertida en experiencia, al rescatar al narrador de la muerte y al retomar a Walter Benjamin (1991), quien, en 1936, describió el empobrecimiento de la palabra que vivieron los soldados al regresar de la Segunda Guerra Mundial. Benjamin cuenta que estos llegaban enmudecidos, al contrario de lo que le sucedería a quien vive una experiencia grata. Este fenómeno sigue en aumento.

Contar historias, escuchar relatos y construirse a partir de las historias de otros parece estar convirtiéndose en una práctica prohibida y en decadencia, disfrazada de obsolescencia por quienes necesitan cegarla. La condena a la no memoria, a la muerte del sujeto y de sus vivencias, dan paso a un silencio escalofriante que solo es comparado con la pobreza del alma y la ceguera del desprecio por el otro y lo otro, sinónimos de humanidad degradada e imposibilitada para el encuentro. A este fenómeno, nos resistimos los maestros quienes seguimos contando historias, escuchando relatos, viviendo otras vidas, frecuentando otros mundos, mediando con la palabra. El relato que les contaré da cuenta de ello. Pretende devolverle la voz al narrador y la vida al contador de historias.

Al retomar figuras prestadas de la existencia y la vida de maestra, facilito mi voz y mi vida minúscula para convertirme en contadora de historias, como, genuinamente, somos los maestros (Murillo, 2015). Cuento la historia de Jairo de Jesús Jiménez, un maestro con acción local y pensamiento global (Popkewitz, 2009), cuyo liderazgo carismático permitió la emergencia de otros líderes. Él sí era un gran contador de historias de viaje, de historias de vida de maestros, de proyectos, de sueños, de logros y de realizaciones. Las enseñanzas y la elocuencia del maestro Jairo generaban amistades duraderas con quienes se conectaba. También, lo hicieron sabio su silencio, su prudencia y su discreción en el momento oportuno.

Pocas veces hablaba de sí y de su trayectoria profesional. Su misión fue servir; sus herramientas, el diálogo y la convicción. Asumo la responsabilidad de contar su historia, historia que me fue regalada en una tarde de octubre de 2019, a manera de entrevista, luego de mucho conversar con él y con los maestros más cercanos para convenarlos de que participaran en aquella investigación sobre los rasgos característicos de un rector rural.

No fue fácil. Pasaron unos cuatro años para convencerlo de un encuentro con fines investigativos. Como presagio de lo que sucedería ese fatídico 2020, el encuentro fue posible en una escuela, aunque no la que él dirigía. Fue en la de su colega Humberto y sus amigas maestras.

El lugar fue propuesto por él y sus acompañantes Yuly, Ferney, Óscar y Albeiro. Nada extrañó su compañía, pues siempre se encontraba rodeado de maestros.

En esta escuela con olor a cuaderno, tiza, niños, maestros, sonrisas, amistades y en un hermoso atardecer arrebolado, con el viento frío y el sol tímido de las alturas, nos encontramos frente a la delicada talla en madera de la puerta de la escuela, ubicada en un pueblo que deja ver su rostro envejecido y cariñoso por los años vividos para los niños y la educación. Una escuela que lleva el nombre del presidente de la Corte Suprema de Justicia de la segunda década del siglo XX, el ilustre Dionisio Arango Mejía. Ello le otorgó el galardón eterno de ser uno de los “cien señores nacidos en estas tierras”. Este es el escenario del relato. Nada más y nada menos que el municipio que se reconoce históricamente como la tierra de los cien señores, y la escuela que lleva el nombre de uno de ellos.

Cada escuela cuenta su historia y cada maestro la de su escuela. Así, entre trayectorias y relatos, presento la historia de vida del maestro Jairo, la misma que, sin duda, lo cautivará como lector o lectora y, fundamentalmente, como maestro y maestra, puesto que encarna la historia de la educación rural en nuestro país. No seré su narradora. Él mismo será quien les cuente la historia, una vivencia que vale la pena contarse en su propia voz y como homenaje a su vida de maestro.

Iniciamos la conversación luego de un saludo largo y afectuoso. Miradas y rostros que se interpelan mutuamente, con reconocimiento y gratitud, incluso en la forma de ubicarnos en la mesa. Nos prestaron la dirección de la escuela para nuestro encuentro, la misma en la que conocí a la maestra Dolly Henao de Acevedo. Todo un privilegio puesto que, otrora, por allí pasaron personajes tan ilustres como los médicos especialistas de las brigadas quirúrgicas del municipio. En estas brigadas, “la señorita doña Dolly”, como la nombraban los niños, era voluntaria y, más que ello, era quien asumía el encargo de hacer sentir como en casa a los médicos. Por doña Dolly, la gran anfitriona de Abejorral, me preguntó un médico en la plazuela de la Universidad Jorge Tadeo Lozano en Bogotá. Al escuchar la palabra “Abejorral” en mi conversación, no escatimó en esfuerzos para ir, con ojos brillantes, a preguntarme por Dolly Henao, una matrona de matronas. Así es el legado de los grandes maestros, su reconocimiento traspasa los límites geográficos y su entrega es para siempre. Una maestra que, además, fue gran amiga de mi entrevistado, el maestro Jairo, por ello, valga la pena la interpelación en el relato.

Para comenzar con la entrevista, y mediante la técnica interactiva de cartografía de la experiencia docente, iniciamos por el reconocimiento de la forma en que nacieron su vocación por la docencia y su concepción de la escuela, que se había formado con sus vivencias

en ella desde la infancia. Así fue el relato del maestro Jairo durante dos horas:

¿Qué disfruta usted como directivo y cómo cree que nació su vocación por la docencia y la dirección escolar rural?

“A mí me gusta el campo. En las ciudades hay normas que no nos dejan ser libres, en cambio, en el campo no. En el campo se corre por los potreros, por los cafetales. La paz interior nunca le dice a uno ‘no vaya a tal parte porque le pasa alguna cosa’, no, es una vida libre, bonita y yo quisiera ser siempre así. Transmitirle esta misma libertad a los estudiantes, maestros y padres. Vivir en el campo es un privilegio que disfruto junto con mis colegas y amigos.

Quisiera que mi institución también fuera así, así de libre. Y yo creo que es una de las cosas que, si los maestros tratan de mirarme y leer mi discurso frente al trabajo educativo, comprenderán fácilmente. Siempre le digo al educador que hay que hacer las cosas bien, con cariño, pero yo no trato de ponerles muchas normas. Insisto en cada uno, con cada docente, para que esté convencido de la importancia de su trabajo. Nuestro trabajo es uno de los más nobles que puede existir entre las profesiones humanas, no debe estar cargado de esa cantidad de normas coercitivas, cada uno se convence de que es con una actitud liberadora como se puede ayudar a liberar a otros.

Yo he tratado de ser, quizás, muy libre. Muy libre, con mucha responsabilidad en lo que hago en mi trabajo y en lo que pienso. Por eso a mí siempre me ha gustado la estructura misma de la escuela, es liberadora desde el saber.

Volviendo al pasado o a mi niñez, yo recuerdo que sí he tenido siempre algo de maestro, aunque nunca lo había pensado. Cuando terminé el bachillerato deseaba ser agrónomo, amo la naturaleza y el campo. Entonces, yo creía que me encontraba por ese lado, pero, recordando ahora, devolviéndome, ante la pregunta por la vocación docente, a cuando yo estaba en el Hogar Juvenil Campesino Primitiva Quintero de Abejorral, donde llegábamos los niños del campo que, como yo, queríamos estudiar, debíamos abandonar la familia, construir una nueva en la zona urbana y sumarnos a la familia de los Hogares Juveniles Campesinos. Como siempre me iba bien en las Matemáticas, me compré un tablerito y yo iba y les explicaba a los estudiantes los ejercicios. Entonces, yo fui maestro allí, me encantaba explicarles bien, quedaba muy satisfecho cuando todos los jóvenes se iban contentos por todo lo que habían aprendido, y quedaba más contento cuando sabía que, en los ejercicios de álgebra que nos ponía Don Baltasar, el profe allá en el Liceo Manuel Canuto Restrepo, los compañeritos míos salían bien. Yo sentía felicidad y encontraba la satisfacción de haberles

compartido lo que yo sabía, y quedaba más feliz cuando me enteraba de que ellos salían al tablero y hacían el ejercicio bien y ganaban la materia.

Lo mismo pasa con los arreglos florales, ahora me reviso y creo que tengo habilidad y me gusta hacerlos. Yo, por ejemplo, cuando estaba en el hogar campesino, me buscaba unos chamizos de pino, les quitaba toda la corteza y recortaba siluetas de flores con una tijera, las pintaba con vinilos, las iba pegando, así, en una ramita. Eso quedaba como un arbolito de siete cuerpos. Lo decoraba bien, me quedaba muy bonito. También, muchas veces cogía los espartillos o los pitillos con que tomábamos la gaseosa, los llevaba y los cortaba en pedacitos y con una aguja..., como yo compraba lana de colores, entonces, esos pitillos los iba envolviendo con lanita de colores. Me iban quedando de colores, uno verde, uno rojo, y, luego, esos espartillos los iba metiendo en esos vasitos de icopor que venden ahora. En ese tiempo los llenaba de arena y les metía ahí los espartillos, quedaba como un arreglito floral, muy bonito. Yo decoraba así. Desarrollé la habilidad, la fui perfeccionando. Me gusta mucho hacer arreglos florales.

Recuerdo que hacía unas carteleras muy bonitas para La Normal Superior. Las estudiantes de allí sabían que yo pintaba, aunque nunca me dediqué a pintar. Me hace

recordar que, hace algunos días, hablando con la mamá de Ricardo, dijo que todavía tiene unas carteleras que yo le había hecho. Me buscaban para que yo les hiciera las carteleras. Aunque yo había estudiado en el liceo, nunca había pensado en ser normalista, además, nunca entré a La Normal porque decían que era solamente para señoritas y que no podíamos ir los hombres.

Había exclusión basada en género, instituciones para hombres y para mujeres, de lo que hablamos ahorita en la Ley 1620 o norma de Convivencia Escolar, donde se aborda este tema y se intenta superar en la escuela mediante estrategias de inclusión. Ahora, haciendo esa lectura, vemos cómo la sociedad nos marcaba a nivel profesional y dejaba la docencia y la enseñanza como un asunto doméstico, prioritariamente para mujeres, aspectos que le han hecho mucho daño a la humanidad y que han arraigado una sociedad patriarcal y machista que ahora intentamos comprender y superar. Hicimos el ejercicio también con los educadores para cuidarnos de esas expresiones y no marginar o excluir por razones de género.

Volviendo a la narración de mi vocación, si la institución de formación de maestros no hubiera tenido ese carácter o sesgo a nivel municipal, hubiera podido estudiar en La Normal y hubiera sido un buen pedagogo, no administrador, sino pedagogo. Y creo que hubiera sido un buen

maestro, mejor maestro que rector porque a mí me gusta mucho la educación. Una de mis prácticas es sentarme con los estudiantes y los maestros. Lo que más recuerdan de mí son esos momentos de sentarme con ellos a hablar porque, antes de aplicar un castigo, la norma o expulsarlos, yo miro es la persona y le dedico tiempo, y quedo muy satisfecho cuando ese joven ve en uno un amigo, un ejemplo, y siente que se le da una oportunidad.

A veces cuando voy a Puerto Venus en el municipio de Nariño, donde fui rector por más de diez años, me encuentro con papás y me dicen: 'Jairo, yo recuerdo mucho sus palabras, y cuánto me han servido para mis hijos'. Entonces, uno siente que esa campana siguió sonando. Y así, yéndome como al pasado, creo que en esa niñez había matices o ese perfil de ser educador. Creo que el pasado está muy orientado a construir mi vida en la docencia".

"Y tomé la decisión de ser maestro y dedicar mi vida a servir"

"La decisión estaba ahí, pero no hubo quien me orientara porque yo siempre me inscribía a Agronomía. Esto fue una equivocación porque yo estaba trabajando en hogares campesinos del Cauca cuando terminé el bachillerato. Por el gran cariño y buen desempeño en el Hogar Juvenil Campesino, me ofrecieron coordinar uno allí. Desde este lugar llamé a un compañero para que

me inscribiera a la universidad. En ese tiempo no había celulares, todo el mundo era aislado, era muy difícil comunicarse, podía, eventualmente, hacerse una llamada en una central telefónica. Él me inscribió a Administración Educativa por equivocación, yo le dije que me inscribiera en Agronomía o Sociales. Regresé del Cauca para iniciar los estudios en la universidad y, como era un muchacho muy callado, doña Lucrecia Velásquez y doña Alicia, matronas abejorraleñas, me propusieron enviarme a estudiar al seminario. Ellas me pensaban mandar a la vida religiosa, se encariñaron con mi manera de ser, aunque, hablando un poco de política, ellas eran muy conservadoras y yo era muy liberal, ellas lo sabían. Sin embargo, pude sostenerme, aunque ellas trataban de incluirme en el Partido Conservador. Ellas mismas me ayudaron para que me nombraran director del hogar juvenil en ese entonces”.

Un maestro liberal en un municipio de tradición conservadora

“Cuando era niño, yo me nombraba liberal porque a mi papá le gustaban los liberales. Yo no entendía muy bien, pero ese movimiento me gustaba por el color rojo. No entendía mucho las ideas liberales, aunque toda mi familia lo era. Una vez le dije a mi papá que yo ya era conservador, y casi me da con un palo. En ese tiempo, asesinaron a

Gaitán, se desató la violencia. Era costumbre que los papás enviaran a los nietos a pasar vacaciones donde los abuelos. Cuando yo llegué al Valle me quemaron toda esa ropa que mi papá me compraba, camisetas rojas para apoyar al Partido Liberal porque a quien apoyaba ese movimiento lo podían asesinar.

Entonces, llegamos allí con mucho miedo porque en Argelia, Valle, fue muy cruda la violencia. Allí vivían mis abuelos. Recuerdo una vez cuando en los cafetales de mi abuelo, nos quedamos cogiendo café. Como yo soy muy callado, él creyó que yo ya me había ido, y se fue solo a la casa. Cuando llegó, ya estaba oscuro, yo no estaba, se devolvió por mí y el grupo armado había pasado segundos antes por un lado mío, pero no me vieron, y habían asesinado a otro niño, lo dejaron colgado en el monte. Eso por el lado liberal fue un tiempo muy violento.

Volviendo al tema, las señoras me propusieron que me mandaban para el seminario, pero como yo era muy tímido y no me gustaba hablar, les dije que no. Fue por miedo de que me pusieran a rezar y de pronto se me olvidara la oración. Entonces, me proponen que vaya a los Hogares Juveniles Campesinos. Me mandaron a estudiar a Medellín con todo pago. También, en el tiempo que estuve en los hogares, me daban trescientos pesos que me alcanzaban para muchas cosas. Entonces, eso fue como

un servicio al campesino. Al terminar bachillerato, hicieron un encuentro a nivel nacional de los jóvenes que más se destacaban en los hogares y estuvimos un año en una formación de promoción comunitaria en Medellín. Esa formación fue muy completa y buena, y durante ese año nos prepararon para ser directores de hogares juveniles. Entonces, ahí vi mi oportunidad para ser director de los Hogares Juveniles de aquí [Abejorral].

Entonces, llegó de Bogotá un sicólogo que nos enseñaba dinámicas de grupo y que trabajaba con hogares campesinos. Él vio en mí otras habilidades y me propuso que esperara una oportunidad mejor, le hablé de la falta de recursos. Él mismo fue quien me costó la inscripción en la universidad y me ayudó a conseguir el trabajo en Medellín, en el colegio de la Policía, como subalmacenista y jefe de personal. Allí, en la entrevista, le dije a la 'monja' que me recibió que no tenía experiencia porque era el primer trabajo que tenía. Me preguntó por mi política y le dije que era ser responsable, respetuoso y puntual. Al presentar el oficio en la máquina de escribir, en la cual tardé como tres horas, al terminar, me di cuenta de que había puesto el papel carbón al revés. Como era viernes y había que entregarlo rápido, me preocupé bastante.

Llegué el lunes muy temprano y, como tenía habilidades con la máquina porque tenía una viejita en mi casa y practica-

ba en ella, lo realicé antes de que ella llegara y se lo presenté. Después de la entrevista con la sicóloga, me fui al barrio Castilla donde me estaba quedando. Como no tenían mis datos para firmar el contrato, me mandaron a buscar con una patrulla. Allí estuve cuatro años y medio. Todos se portaron muy bien conmigo, me trataban muy bien, hasta la monja que era tan desconfiada y me dejaba las llaves de todo.

Como estaba estudiando Administración Educativa, me nombraron profesor de Sociales, luego, coordinador académico (Mecánica, Ebanistería, Dibujo Técnico). Me destacaba por el orden, la disciplina, el respeto hacia los demás y la humildad. Allí me propusieron ser rector. En ese momento, fueron unos misioneros capellanes del colegio. La monja me presentó como un hombre con un estilo de vida muy parecido a San Francisco, entonces, ellos se interesaron en mí, me invitaron a una convivencia en el seminario, la cual acepté, pero cuando finalicé mi carrera.

Ingresé al seminario, estudié Filosofía y Teología. Me solicitó el obispo de Vaupés, Mitú. Allí fui nombrado. Quise realizar un posgrado estando allí, pero me pusieron a elegir entre ambos. Ya había presentado concurso, pero volví al seminario.

En Medellín me encontré con Orlando Rincón, subsecretario de educación y coterráneo, y me citó a una reunión en la oficina de él. Antes habíamos conversado en una reunión política y le había comentado que había presentado concurso. Me dijo que volviera, pero yo no quise volver. Yo estaba muy bien estudiando Teología, todo mi futuro y mi escuela estaban allá. Después de un tiempo en el seminario, un miércoles de descanso que nos dejaban la tarde libre, yo quería salir a caminar. Lo hice, y me encontré un carro muy lujoso, me pitó y resulta que ahí iba Orlando Rincón. Se ofreció a ‘arrimarme’, pero le saqué la excusa de que estaba un poco sudoroso por la caminata. También, me preguntó por qué no había vuelto y le dije que, cuando iba, él nunca estaba. Me dijo que me esperaba el jueves.

Un tanto ocupado esa semana con retiros espirituales en Don Bosco y otros compromisos, logré pedir permiso y asistir. Me fui para la Secretaría de Educación, cumplí la palabra. En ese momento, don Orlando sacó un papel y me dijo, ‘váyase para personal’. Esperé un momentico, miraron la orden y me nombraron en Puerto Venus, por allá en 1990. Me nombraron profesor de Matemáticas y debía presentarme con el doctor Germán Rojas. Llegué allá con la orden de inicio de labores y me dijeron que una de las mejores pruebas había sido la mía. Me nombraron para rectoría, pero yo estaba en la séptima, y para ese cargo debía estar en la octava [categorías del

escalafón docente según el Decreto 2277 de 1979]. Me tocó retirarme del seminario. En ese momento, yo era un delegado de Teología, me iban a mandar a estudiar a Lisboa, Portugal. También era un posible candidato para trabajar en Angola. Le comenté a un compañero que me retiraba del seminario y me dijo que más fácil renunciaba el Espíritu Santo. No me creyó. Yo renuncié en junio y me ordenaba en diciembre”.

¿Qué lo hace tomar una decisión?

“Es una experiencia personal muy fuerte, ya había un compromiso, pero creo que son las cosas de Dios. Los caminos que van apareciendo, no es lo que uno quiere ser, sino lo que él le va mandando a uno. Solamente es que uno se deje conducir y él le va mandando sus cosas.

También, era un gran compromiso asumir la rectoría en Puerto Venus. Estaban en paro y era un colegio muy pobre, no había ni una silla para sentarse y no había luz, pero logré solucionarlo de una manera sencilla, costó quinientos pesos. Comencé a trabajar, a mirar el colegio. Me convertí en un rector del pueblo, humilde, sencillo. El conversar con la gente y generarles confianza para darle credibilidad al colegio, arrancar con ellos. Entonces, ya comenzamos una dinámica muy bonita, comencé a fortalecer el grupo. Yo tenía ya unos

conocimientos religiosos y unas bases sólidas, eso lo debía demostrar con mis acciones y mi testimonio.

Formamos un equipo y comenzamos a trabajar. Rápidamente, compramos sillas, construimos andenes para que la gente pudiera caminar tranquila y el pantano no les afectara. Eran como cinco profes en la escuela, había muy pocos estudiantes. Comencé a pensar estrategias para que los chicos se matricularan, les daba los zapatos, los libros. Comenzó el colegio a crecer y a llenarse de muchachos. Como no teníamos moldes para hacer las letras, lo hacíamos con plástico, en unas ollas lo poníamos a derretir. Comenzamos a pintar el colegio y la gente se fue encariñando.

Y así fueron mis diez años en Puerto Venus. Cuando alguien iba a reunir la gente del pueblo era por medio del colegio (reuniones, campañas, política), hasta la Policía la pusimos al servicio del pueblo. Después, comenzamos a organizar casas, a organizar calles, nos metimos de una manera impresionante. Iniciamos con un proyecto, 'Démonos la mano', con gente muy pobre. Cogíamos un costal y nos íbamos a ver qué nos daban por ahí para recoger y darle a los pobres. Nos juntamos un montón de gente con el mismo sentir de servir, eso fue como una llama que se fue encendiendo. Después, involucramos una odontóloga y ella les ponía las cajas de dientes gratis a los pobres. Más gente se fue sumando.

Otro proyecto muy bonito que hicimos fue el ambiental. Recogimos todo el vidrio que había en Puerto Venus, en las casas, los solares y el río. Luego, lo separamos por colores. Después, comprometí al alcalde con las volquetas y llevábamos todo ese vidrio a Peldar en Medellín. Con esa plata pagábamos el restaurante de los niños, pintamos la escuela y compramos una grabadora. Una vez, nos visitó el director de salud de Antioquia. Conociendo este proyecto, se encariñó. Nos mandó unos libros y nos metió en un proyecto de un laboratorio colombo-español de Física y Química, que no lo tenía nadie en la región. Eran unos aparatos muy sofisticados, aquí no teníamos el espacio físico. Hablé con el alcalde y dijo que, aunque no estaba en su Plan de Gobierno, iba a hacer el aula, y así fue.

Después, animamos a la comunidad y logramos recoger cuatrocientos cincuenta bultos de cemento para hacer un templo parroquial. Con una cadena humana que formamos desde el río, íbamos pasando las piedras. Finalmente, en ese lugar hicimos muchas cosas, que eso es lo que la gente recuerda. Y, cada vez que están sin rector, me llaman a contarme cómo están las cosas. Cuando voy por allá, me dicen que no me vaya. También estaban recogiendo firmas para ver si me pedían de Secretaría de Educación. Siempre que iba a salir de allá me dañaban los traslados. El que me trajo para acá [Abejorral] fue don Aníbal Álvarez, el jefe de núcleo. Fue un viernes que yo estaba en La Española, una

institución muy retirada del casco urbano y donde no llegaba el transporte. Allí se dieron cuenta de que yo me iba a ir y me hicieron una despedida a la carrera.

Aquí llegué el 6 de marzo del año 2000. Don Aníbal me ofreció el colegio de La Loma, Pedro Pablo Ramírez. Luego, me dijo que iba para otra institución, le dije que, si no era esa, yo me devolvía para Puerto Venus. Finalmente, fue en La Loma donde fui rector por trece años. Posteriormente, me trasladaron para la Institución Educativa Zoila Duque Baena de Chagualal, la vereda donde vive mi familia y donde yo nací. Ha sido hermoso servirle a la misma comunidad que me vio crecer, donde conozco a todas las familias y puedo apoyarlos. Aunque fue luego de episodios bastante dolorosos de desplazamiento, tanto en La Loma como en Chagualal, hemos avanzado en volver sobre el lema de la institución ‘formar con dimensión humana’, en esto trabajamos todos los días”.

¿Cómo ven al maestro Jairo los compañeros de trabajo? **Testimonio de la profesora Yuly Marcela Londoño**

“En el momento en que él llega, en el 2013, estábamos pasando por un momento un poco complejo porque no teníamos directivo en la institución desde hacía como tres o cuatro años, o más. También, se habían presentado unas interrupciones de rectoría. Llegaba un rector, se iba y lle-

gaba el otro. Estaba el colegio en un lapso sin rector, entonces, se generaron dificultades a nivel institucional. El clima escolar estaba un poco afectado, así como los maestros, la comunidad como tal. Cuando el jefe llegó, llegó con toda la parte humana que lo caracteriza, con el diálogo asertivo de poder acercarse a la persona, de que podamos hablar, construir juntos, permitirle al maestro hacer, expresarse, también al estudiante y al padre de familia.

Entonces, fueron cambiando muchas dinámicas institucionales. La convivencia, que se tornaba a veces un poco compleja en toda la parte de la comunidad educativa, fue cambiando. Ya había más tranquilidad, un clima de confianza para hacer muchas cosas. Permitió que la institución volviera a tomar un orden, volviera a ubicarse, a instalarse en lo que ha sido Chagualal, una Institución Educativa que ha permeado muchas cosas positivas y buenas para el municipio. De hecho, eso fue lo que le permitió también permanecer en el tiempo. Porque, cuando el jefe llegó, la institución de Chagualal estaba junto con La Loma en ese ir y venir, que una de las dos tenía que desaparecer como institución porque una de las rectorías sobraba en el municipio por el número de estudiantes. Gracias a los procesos que se pudieron mostrar, a todo lo que había en ese momento y a la defensa que se hizo en ese sentido de pertenencia y ese amor por la institución, junto con los maestros y la comunidad que ama mucho su colegio y con la llegada

del jefe, logramos defender el colegio y permanecer todavía en el tiempo. De lo contrario, ahora seríamos una sede educativa de las instituciones que aún permanecen. Entonces, esto permitió que el colegio volviera a tomar ese direccionamiento institucional, estratégico, de convivencia y en todas las dinámicas.

El jefe es una persona muy dada también a la comunidad, él siempre está pendiente de sus estudiantes, de qué pasa con ellos. No importa si se demora dos o tres horas en la rectoría hablando y dialogando con ellos porque, como bien lo refería él ahorita, antes que la norma y la sanción está ese ser humano que estamos formando, 'formar con dimensión humana'. Entonces, para él es más importante que el estudiante comprenda que hay algo que no está funcionando bien, que hay algo que puede reflexionar, que puede pensarse para su vida, que puede mejorar para que pueda estar bien, antes que una sanción. Porque él siempre nos ha dicho: 'bueno, el estudiante se va para la casa y está dos o tres días sancionado. Puede llegar peor por resentimiento porque entonces se va para la casa a hacer pereza, y llegan con unas condiciones mucho más complejas y más difíciles que cuando el direccionamiento se hace desde el diálogo'. En muchas ocasiones, el jefe se ha encontrado con situaciones que uno no conoce. Yo las he podido conocer también porque pertenezco al comité de convivencia, entonces, cuando nos sentamos con

los estudiantes, uno se queda a veces como 'ah, esta es la realidad de lo que vive este estudiante en su casa, con su familia', y ese es el contexto en el que vive, que es realmente lo que como maestros debemos llegar a conocer, antes que Matemáticas, Ciencias, Física, Filosofía, qué pasa con ese ser que estamos formando y qué estrategias podemos utilizar para poder llegar a ese ser humano.

Ese ha sido el direccionamiento institucional del jefe. Es una persona que siempre está abierta a sus maestros, a escucharnos con tranquilidad. Él siempre mantiene la puerta de la rectoría abierta, si la cierra es porque ya no va a estar o porque va a salir un momento a hacer algo. Esta es una señal de que ahí podemos entrar todos, los maestros, los estudiantes, un padre de familia, el personal operativo o personas de la secretaría. Podemos llegar muy tranquilamente a conversar con él y a decirle 've, jefe, pasa esto; o, rector, pasa esto; o, don Jairo, pasa esto'. Inclusive, muchas veces, algunos maestros sienten que los muchachos no siguen el conducto regular y, es tanta la cercanía que ellos tienen con él, que llegan a la rectoría a contarle lo que les pasa, tienen esa confianza para llegar hasta él.

En este momento, me pasa con los niños pequeños, los de preescolar. En la celebración del día del amor y la amistad, uno de ellos, Romeo, invitó al rector a jugar y estaba muy feliz porque le dijo que sí, que con ellos sí

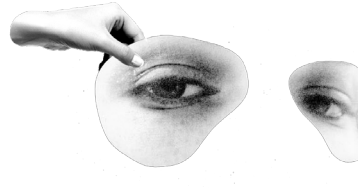


iba a jugar. Es ese el amor y ese cariño que desde niños van despertando hacia él y que se proyecta también en los adolescentes y en los jóvenes que pertenecen a la institución. Igual pasa con nosotros como maestros, creo que ninguno tenemos temor. Siempre hay diálogo y cercanía. Pasa lo mismo en la parte académica, él siempre está buscando cómo aprovechar los perfiles, las idoneidades que tenemos para poder formar grupos de trabajo, llegar a construir proyectos académicos que nos permitan tener calidad para la institución y la comunidad, y encontrar soluciones a cómo podemos ayudar a los jóvenes que lo necesitan porque no tienen cómo pagar el restaurante, cómo podemos ayudar a este joven que tiene esta dificultad familiar, cómo podemos ayudar a la comunidad en este proyecto o en esta labor.

Entonces, creo que todo eso lo conserva y lo sigue proyectando mucho en la institución y en la comunidad como tal. Eso le ha permitido, también, que muchas personas lo quieran en este momento porque la comunidad lo aprecia, aunque ha generado también otras dinámicas, especialmente afuera. Muchas personas no comprenden esa forma de direccionamiento desde el humanismo, desde el rostro del otro, del ser humano, del saber y del hacer del estudiante, del maestro, del padre de familia, tan importante para que haya calidad académica y calidad institucional”.

*(...) la huella del narrador queda adherida a la narración, como las del alfarero a la superficie de su vasija de barro.
(Benjamin, 1991)*

Y, libre de interpretaciones psicológicas o de otra índole, lo narrado es lo vivido. Sus intersticios son reflexiones y prácticas recomendadas solo para quien se abandona de sí y escucha atentamente al otro, y con ello toma de la experiencia lo vivible y el cómo se manifiesta (Murillo, 2015). A la acción de narrar y de educar le es común la transmisión de la experiencia; podría decirse que es atravesar el cuerpo del otro con palabras e imágenes. Impregnar la experiencia humana de historicidad no caduca en una dimensión épica perdurable y actualizable en el tiempo.



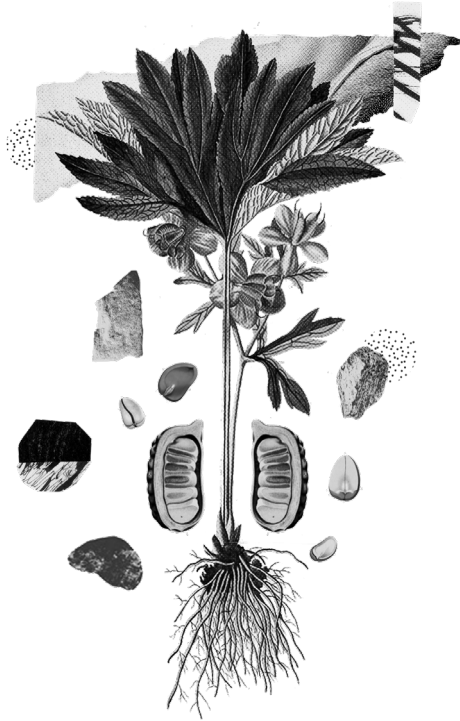
Referencias

Benjamin, W. (1991). *El narrador*. Taurus.

Murillo, G. J. (2015). *Narrativas de experiencia en educación y pedagogía de la memoria*. Facultad de Filosofía y Letras Universidad de Buenos Aires.

Popkewitz, T. (2009). *El cosmopolitismo y la era de la reforma escolar. La ciencia, la educación y la construcción de la infancia*. Morata.

Universidad de Antioquia. (2013). *Consigna del simposio Internacional de Narrativas en Educaicón. Historias de Vida, Infancias y Memoria*. <https://bit.ly/3tGAu6s>



CORAZONAR EL PENSAMIENTO Y LA EDUCACION DEL VIENTRE A LA RAÍZ

Semillas para revitalizar la formación

John Alexander Cossio Moreno*

*Maestro de la Institución Educativa Rural Hoyorrico sede Pontezuela del municipio de Santa Rosa de Osos. Correo electrónico: joacom88@gmail.com

Resumen

El presente trabajo hace parte de un proyecto de tesis doctoral germinado de la experiencia docente y de la necesidad de repensar y revitalizar la formación desde la lectura constante de las realidades en los territorios y en los contextos socioculturales. Durante la narrativa, describo un tejido entre vientre, raíz y semilla como metáfora para hilvanar mis procesos formativos, y para pensar qué significa ser maestro rural. Asimismo, descubro elementos constitutivos de mi vocación como maestro y los vínculos que me conectan con la madre tierra, y la entiendo como proceso creador.

De aquí, surge la intención de revitalizar la formación de maestros en el ejercicio de nuestra profesión desde las propias concepciones del mundo y desde el reconocimiento de la territorialidad y de la producción de saberes que circulan en los contextos educativos y sociales. De tal modo, se fomentan acciones afirmativas en la educación rural, a raíz de la reflexión del maestro como productor de saber para promover diálogos de saberes y sentires, que aporten a transformar las relaciones de conocimiento que se tejen día a día en las escuelas rurales del departamento de Antioquia.

Palabras clave

Historia de vida, formación de maestros, educación rural, educación intercultural, diálogo de saberes.

La historia de mis raíces

En esta semilla que siembro, hago un acercamiento a mis raíces y origen campesino, a mi historia de vida, para vivificar su significado y mis propios procesos de formación. Meditación en la cual mi experiencia de mundo cobra sentido para narrar las formas de construir conocimiento desde el vientre y comprender a la madre tierra como un proceso creador. Este significado lleva a entenderla como trama o tejido que conecta con la vida. Desde mis raíces, concibo la madre tierra, proceso creador, como un embrión o un vientre en expansión creadora.

Considero que mi encuentro con la madre tierra comienza desde el vientre, pues mi madre, mi padre y mis abuelos son del campo. Su fuente de subsistencia siempre ha sido la tierra, a quien consideran, en palabras de mi padre, como una “madre productora y dadora de comida”. Allí, encuentro un vínculo entre las agriculturas de mi padre y mi vida misma, que me lleva a pensar en mis significados

de vida, en mi raíz y en mi origen campesino y rural. De aquí en adelante, planteo un tejido entre vientre, raíz y semilla que atraviesa mi ser como persona y como maestro.

El vientre de mi madre me alojó durante nueve meses, proceso desde el cual construí una conexión previa con la madre tierra. Mis padres vivían en la vereda La Honda de Urrao, Antioquia. De niño, con el cultivo de flores de mi abuela, aprendí a diferenciar los olores, los colores y formas de las flores y las frutas. Fui siendo consciente, poco a poco, de mi ser en el mundo y de ver la tierra como una madre creadora, productora, constructora, dadora de vida.

Raíz, por el sembrar y producir de mi padre y mi abuelo porque la madre tierra también es productora y dadora de saber, de saber campesino, de saberes familiares y culturales que han sido trascendentes en mi proceso de formación personal y profesional. Y, en ese orden, la semilla, que vendría siendo mi propio ser, el que descubre aquí su raíz y su experiencia de formación, me ha permitido pensar en la formación y en la educación rural como campos de producción de saberes educativos y culturales.

Nací en un Urrao, en el vientre de una familia campesina, influenciada de manera particular por la familia paterna y dedicada, principalmente, a la agricultura. Mi abuelo, mi padre y mis seis tíos cultivaban maíz, fri-

jol, papa, yuca, arracacha, café, y ahora aguacate, como fuente de ingresos que ha sustentado a la familia por varias generaciones. Por su parte, la abuela y las tías se consagraban al cuidado de la finca, de la casa en general, del jardín y de los árboles frutales. Siempre hubo muchas flores en el jardín de mi abuela. Rondaban los picaflores a las aves del paraíso; geranios, josefinas, pensamientos, bifloras y orquídeas, llenaban la casa finca de alegría. También hubo manzanas, mandarinas, naranjas y abundante comida producida allí mismo.

En mis primeros siete años de vida, mi familia, la naturaleza y el campo me enseñaron caminos de formación. La memoria me transporta al corredor de la casa finca de mi abuela, que parece un balcón al horizonte entre dos veredas. Allí me contaba historias de su madre y abuelos, sus nombres y apellidos, la vereda donde vivían, cómo era la vida antes, cómo habían adquirido las tierras, el número de hermanos, otras historias de la vida en el campo y, por esos tiempos, algunos casos de la violencia que se veía. También, el paso por la escuela rural en la educación básica primaria ha marcado desde mis inicios en la escolaridad trayectos de formación como una impronta cultural. Esto se traduce, en mi vida propia, en un amor por la vida en el campo y por la tranquilidad que brinda el contexto rural, así como en la satisfacción que me han brindado los años de experiencia docente con comuni-

dades de origen campesino y rural, tanto en la formación continuada de docentes como en la escuela rural.

Recuerdo algunas prácticas de agricultura de mi familia. Requieren de paciencia, de alimento cada día, de cuidar las platas y los cultivos. También, necesitan de un arduo trabajo. En algunos momentos del sembrado y la cosecha, se vienen inclemencias del clima, plagas o caídas de la economía que afectan la vida en el campo. Estos desafíos en los muchos sembrados de mi familia no han estado lejos de mi vida propia, pues, al entenderme como semilla y raíz, encuentro provocaciones de vida en estos retos.

Evoco la vereda Santa Isabel, al suroccidente de Urrao, donde vivíamos y transcurría mi vida ya de adolescente, entre el colegio en el pueblo y la casa con mi familia y hermanos. Por aquellos tiempos, hubo un fuerte arrecio del conflicto entre las ahora desmovilizadas guerrillas, las fuerzas del Estado y otros grupos al margen de la ley. La violencia armada, el desplazamiento y el despojo hicieron parte, tristemente, de nuestro entorno campesino. El fenómeno de la violencia impedía el progreso de las actividades vitales y comunes de cualquier comunidad. Es difícil recodar y desatar los nudos de esos cho-

ques de la violencia que dieron origen en mi ser a lo que Fanon (1994) llama herida colonial¹, y es que la violencia que me tocó vivir marcó mi forma de ser, mi forma de estar en el mundo y mi forma de entender o leer el mundo. De esta lectura surgen preguntas acerca de qué pasa con los otros y conmigo en las relaciones de poder.

Lo anterior, me llevó a pensar en el arraigo de la cultura campesina y de ir a la raíz para tomar estos retos como etapas de aprendizaje para la vida. Retomo la pregunta por la diferencia y por la subalternización del ser y del saber desde estas remembranzas y desde mi lugar como maestro. En mis procesos formativos, veo reflejados rasgos, rastros y aspectos particulares que son distintivos y tienen vida en la cultura campesina y rural. Estas marcas vitales descubren mi interés por lo educativo, suscitan preguntas por la formación y la educación desde el lugar de la diferencia. Es así como la intersección entre la pregunta por el conflicto, las poblaciones rurales con diferencias culturales y las apuestas educativas para la paz en diversos contextos educativos movilizan y atraviesan mi propia existencia. De estas tensiones, resistencias y movilizaciones del pensamiento, germinan preguntas e interpelaciones desde los principios pedagógicos de la

¹ De acuerdo con Mignolo (2007; 2014), la herida colonial es el discurso que pone en cuestión la humanidad de todos los que no pertenecen al mismo locus de enunciación y a la misma geopolítica del conocimiento. Es el sentimiento de inferioridad impuesto en los seres humanos que no encajan en el modelo predeterminado por los relatos euroamericanos. Es escalar las consecuencias de la colonialidad, que muestran a cada paso la diferencia colonial del saber y del ser.

Madre Tierra² en los procesos de silencio, observación, escucha, palabra dulce, indagación sobre el sentir y concepciones presentes en mis procesos de formación.

Quisiera llamar la atención en este punto para resaltar y enorgullecerme por la herencia campesina y mestiza que recorre mi ser. Estas agriculturas del pensar, del enseñar y del aprender me ponen en el reto de pensar en el campesino, en el habitante rural como un productor de saber, e interrogar a la historia y a los Estados por la negación del reconocimiento de los campesinos en el mundo como sujetos de derechos.

Respecto del arraigo a la tierra de mi padre y mi familia, encuentro un punto de intersección entre sus agriculturas —ahora en sus tierras restituidas—, con mis procesos de formación como formas de resistencia, de revolución, de movimiento en la tierra y en el pensamiento. Este enraizamiento de mi familia campesina con la tierra confluye en mis significados de vida, en mi tránsito por el mundo de la vida en el contexto rural y en mi desempeño en el ejercicio docente. Después de la violencia, la agricultura, como proceso creador de la madre tierra, llevó, en algunos casos, a un mayor arraigo de los campesinos por la tierra. Hoy persisten los reclamos por su restitución en el país y en el departamento de Antioquia.

La violencia cambió los modos de producción y de vida agrícola de los campesinos, también efectuó cambios y transformaciones en los procesos culturales, económicos y sociales (Valencia, 2012). Sin embargo, el arraigo activo de los campesinos y su resiliencia envolvieron todas las esferas sociales de estas comunidades. Desde mi hacer como maestro, este volver a la tierra lo traduzco en apuestas educativas por la paz, por la educación rural, por la educación intercultural y por la transformación desde procesos de formación situados, basados en otras relaciones de conocimiento.

Hoy lo descubro en mi origen campesino y rural, en el arraigo, en los saberes e imágenes de la memoria, en la concepción de la madre tierra como creadora y en mi caso propio como semilla, al asumirlo en perspectiva de formación, de investigación y de ser maestro. Estos saberes me llevan a comprender mi vocación como maestro y a valorar mi experiencia docente en clave del proceso formativo. Del recorrido por la formación y la experiencia docente, surge un plan de vida personal y profesional que me ha permitido ir abonando el terreno para comprender, desde la experiencia en el campo, la formación, la educación, la pedagogía y la enseñanza a partir de procesos de formación críticos (Freire, 2002). Es una semilla y raíz con tierra

² La pedagogía de la Madre Tierra es una propuesta educativa alternativa a la formación tradicional de maestros y maestras en el país. Se trata de una mirada político-pedagógica que toma como centro la Madre Tierra para protegerla y para aprender de ella, también para que ella enseñe, para que se deriven conocimientos necesarios, para pervivir en una mejor relación con la vida. Es comprender que la Madre Tierra nos enseña a través su pedagogía silenciosa y entender la educación y la formación como estrategias en su defensa (Green, 2011); (Facultad de Educación de la Universidad de Antioquia, 2018).

abonada que conecta con mis propósitos de formación docente desde que estudiaba en la Escuela Normal hasta la actualidad en el Doctorado en Educación.

Estas evocaciones de mi origen de vida, de mi raíz geográfica, familiar y cultural me llevan a pensar en la génesis de mi formación como maestro y en los trasegares recorridos en mi experiencia educativa en el ejercicio docente, cuya práctica no estaría completa sin recurrir a la memoria de lo que hoy realmente me hace maestro: el trabajo en el campo con comunidades educativas rurales en diferentes lugares de la geografía antioqueña.

Estudié en la Escuela Normal Superior Sagrada Familia de Urrao hasta el ciclo complementario de formación de maestros. Al egresar de allí, en el año 2007, tuve la oportunidad de trabajar como docente de Básica Primaria con el modelo de Escuela Nueva en la vereda La Tablaza del municipio de Santa Bárbara. Allí, inicié mi proceso de formación docente a través de relacionar la experiencia de enseñar con la teoría desde una mirada crítica. Este proceso me llevó a entender la enseñanza y el aprendizaje en contextos de ruralidad como semillas que germinan y florecen. Al mismo tiempo, decidí entrar a la Licenciatura en Educación en la Universidad de San Buenaventura, tratando siempre de articular mi práctica educativa con el saber universitario. Más allá

de las credenciales académicas, lo que vale la pena reconstruir son los trasegares, los rasgos constitutivos de la formación en la experiencia de mi práctica docente.

En realidad, en mis años de experiencia docente, he tenido el privilegio de trabajar en diferentes municipios de la geografía antioqueña con comunidades en contextos de educación rural y diversidad cultural, desde la Básica Primaria hasta la formación continua de docentes. Como narré anteriormente, mis inicios en la docencia se dieron en el municipio de Santa Bárbara, en donde di los primeros pasos en la enseñanza. Dicho proceso lo veo desde la reflexión docente como una relación dialógica, una relación de conocimiento que trasciende la mera transmisión de saberes dados por los currículos en la escuela.

Con estas premisas de educación, enseñanza y formación, he tenido la oportunidad de desempeñarme como docente de Básica Primaria en comunidades educativas también en los municipios de Yondó y Santa Rosa de Osos en el departamento de Antioquia, lo cual me permitió comprender la diversidad demográfica, territorial y cultural del departamento, caracterizada por una diversidad epistémica y cultural.

El ejercicio docente en la escuela rural puedo describirlo articulado con mi experiencia y mi formación desde prác-

ticas educativas diferenciadas, no solo entendiéndolas desde el aula con mis estudiantes, sino en el trasegar de la vida en la escuela rural, con las particularidades de los territorios: la geografía, el clima y las diferentes prácticas vitales del campesino en las regiones del departamento.

Estos recuerdos corazonan la memoria; me trasladan a Yondó en el Magdalena Medio. Fui nombrado en una escuela rural donde no había profesor desde hacía algún tiempo. A pesar de las inclemencias del clima y de la lejanía del centro educativo, en el tiempo que me desempeñé allí, pude trabajar de la mano con líderes, padres de familia y construir algunos lazos que anudaron procesos en esta comunidad educativa. Del mismo modo, logré cimentar bases para que la enseñanza en esta escuela rural estuviera acorde con la realidad que allí se vivía y con el modelo educativo de Escuela Nueva. La experiencia docente en estos lugares me permitió reconocer los saberes que tienen los campesinos para buscar formas de articulación y vínculos entre la vida campesina y la escuela en este contexto.

Luego, corazonando la enseñanza y la formación, tuve la opción de trasladarme al Centro Educativo Rural Pontezuela en Santa Rosa de Osos donde me desempeño actualmente. Allí, he podido hacer resonancia de los años de experiencia para fortalecer mi práctica educativa y conec-

tarla con la riqueza cultural que circula en esta comunidad. En este lugar y en otros contextos, he entendido que las características del territorio marcan las expresiones vitales, las prácticas sociales, las subjetividades del campesino y de los estudiantes, y, en ese sentido, marcan mi práctica como maestro; justamente para encontrar una dimensión en la que pensemos la educación rural y la educación intercultural desde los propios sentires y saberes.

Considero importante decir que, en la educación rural, la lectura del contexto y el conocimiento del territorio son importantes para mediar los procesos de enseñanza-aprendizaje y generar reflexión constante del maestro sobre la práctica. Con esta remembranza, me doy cuenta de que mi práctica educativa siempre ha estado atravesada por una concepción en perspectiva social, en un sentido amplio, tanto por mi formación de maestro como por mis intereses investigativos, principalmente orientados desde la práctica y la experiencia en los diferentes contextos educativos. Los tejidos de investigación que han orientado mi práctica educativa e investigativa se anudan a la educación y a la pedagogía y la didáctica en contextos rurales. Asimismo, lo han hecho la formación de maestros, el desarrollo humano, los contextos educativos y la educación en perspectivas interculturales.

En particular, la experiencia de formación vivida en el Programa Todos a Aprender (PTA)³, al cual ingresé en el año 2015, ha marcado de manera significativa mi actuar como maestro al poder enseñar y compartir experiencias de formación con otros maestros. La participación en el programa me permitió dirigir encuentros de formación situados centrados en la cualificación de las prácticas de aula, el uso de didácticas específicas de las disciplinas en educación básica, el apoyo en apropiación curricular, la promoción y práctica de comunidades de aprendizaje, los acompañamientos en planeación, ejecución y reflexión de las clases, entre otros.

Cuando inicié el trayecto de recorridos por el PTA, me asignaron la Institución Educativa Rural Juradó en el Municipio de Chigorodó. Allí, acompañé aproximadamente a dieciocho maestros en la sede principal y en otras sedes alternas que brindan servicios educativos en comunidades campesinas y rurales, caracterizadas por una diversidad étnica y cultural tanto de las comunidades campesinas como de los habitantes afrocolombianos e indígenas, con sus prácticas culturales propias. En los trasegares, entre un acompañamiento y otro, fui descubriendo la riqueza cultural y de saberes que se guardan en estos lugares recónditos de la

región del Urabá antioqueño. Desde mi arribo, me inquietó la pregunta por la construcción de saberes culturales en estos lugares, dada la diversidad epistémica que allí habita y que hoy da lugar a preguntarme por la diferencia cultural, étnica y epistémica en clave de los procesos educativos.

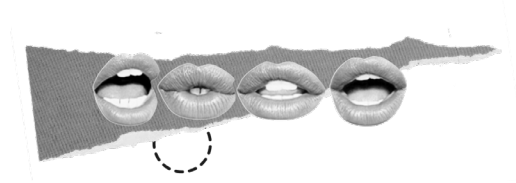
Los cuestionamientos buscan reconstruir los rasgos constitutivos de la formación docente en contextos rurales en los que aflora una diversidad cultural marcada por las diferentes concepciones y epistemologías del mundo en que están formados los maestros, o las influencias que han tenido por los diferentes rasgos vitales, personales, profesionales, éticos, estéticos, poéticos en su práctica y formación. De allí surge el interés por develar las intersecciones o interrelaciones constituidas por estas comunidades, por cómo construyen conocimientos a partir de las relaciones interétnicas que se configuran día a día tanto en estas instituciones y sedes educativas como fuera de ellas, entre maestros, estudiantes y comunidades educativas. Guardo en el corazón gratificantes recuerdos y enseñanzas de las comunidades de Chigorodó y contemplo la esperanza de encontrarnos muy pronto para continuar la labor de compartir y reflexionar so-

³ Programa del Ministerio de Educación Nacional dirigido la formación de maestros en sus contextos situados y acompañamientos en aula.

bre la práctica educativa vivida en estos contextos de diversidad y diferencia cultural.

Siguiendo a Guerrero (2018), en su propuesta de corazonar el pensamiento como una respuesta insurgente a la colonialidad del saber y del ser, se trata de corazonar el sentido de las ideologías dominantes, y cuestionar lo dado como realidad y la hegemonía de la razón. Así, con el sentido de corazonar la práctica educativa, en el año 2018, fui asignado al municipio de Vigía del Fuerte en la Institución Educativa Rural Buchadó, en el corregimiento del mismo nombre, un centro poblado con cerca de ochocientas personas, varado a la orilla del río Atrato en la húmeda selva tropical entre Antioquia y Chocó.

Buchadó es un pueblo anclado en palafitos entre la selva y el inmenso río, donde converge una especie de cimarronería afrodescendiente tanto por el calor y sabor de su gente como por la organización y ubicación geográfica del pueblo en toda la orilla del Atrato. Convergen, al mismo tiempo, otra suerte de saberes y prácticas culturales de campesinos e indígenas de la comunidad Emberá que habita desde tiempos ancestrales estos parajes indómitos. En aquel alejado, pero acogedor lugar, aprendí a conocer los entretejidos de esta comunidad que, como he dicho antes, nombro como cimarrona por sus características arquitectónicas y por su lejanía y difícil acceso.



En el trabajo con los docentes y con la comunidad educativa llevaba a cabo tanto las actividades propuestas por el programa como la proyección de acciones de autorreconocimiento y reconocimiento del otro y del territorio, en búsqueda de formas de entender las otras culturas presentes en la escuela y, así, como maestros, hacer atisbos de las realidades socioculturales desde una lectura del contexto. A través de la lectura de contexto y del acercamiento a la realidad desde la observación y la escucha, fui develando formas de alteridad y de vivificación de la diferencia desde la cosmoexistencia y la formación (Guerrero, 2018), con lo cual se configuraban, imperceptiblemente, relaciones interétnicas e interculturales en las experiencias pedagógicas escolares y no escolares en las comunidades educativas de Buchadó en el Atrato antioqueño.

El encuentro de estos hilos en el tejido de mi existencia, de hilvanar un proyecto de investigación vinculado a mi acontecer como maestro en ejercicio que pretende revitalizar los saberes educativos, concepciones y valoraciones de maestros sobre la educación en contextos de diversidad cultural, me ha abierto la puerta a la apuesta por otros horizontes en los estudios interculturales en contextos rurales y de diversidad cultural, geográfica, demográfica y educativa.

En cierto sentido, esta experiencia de sí, como lo diría Larrosa (2016), trasciende la experiencia vivificada en estos territorios. La unión con sus gentes y el amparo que me brindaron con su calor humano y su alegría humanizó mi ser de maestro, me llevó a hacerme preguntas que, a veces, surgen de las voces de maestros y maestras, de estudiantes, niños y jóvenes o de algún habitante de los poblados recorridos, tanto por la cercanía de la ubicación de sus poblados en Vigía del Fuerte como por los lazos de vecindad de estas comunidades.

De allí, surgieron preguntas por el territorio y por las relaciones sociales, culturales y educativas que se tejen de acuerdo con sus modos de vida, al tratar de entender ese arraigo por lo propio y por su carácter mayormente afrodescendiente y campesino de vocación rural. ¿Cómo perviven el tejido social y las prácticas culturales de estas comunidades, conocimientos culturalmente situa-

dos, y cómo se entreteje esta cultura con las prácticas educativas?, ¿permite o alimenta la escuela la pervivencia de estos saberes y prácticas culturales?, ¿qué características sociales y culturales marcan la formación y la enseñanza en contextos de diferencia cultural?, ¿qué otras educaciones o conocimientos circulan en estos territorios, de acuerdo con sus particularidades contextuales, geográficas, culturales? Algunas otras preguntas que surgieron frecuentemente de las reflexiones con los maestros sobre sus prácticas educativas son: ¿Efectivamente existe relación entre sus prácticas educativas y formativas con los saberes de las comunidades que habitan el territorio?, ¿cómo se concibe y cómo se reconoce el maestro en el territorio? Y, por último, ¿cómo los maestros reconocen, comprenden y problematizan la diversidad cultural y las relaciones sociales interétnicas que se configuran en su territorio?

Esta experiencia formativa transforma mi ser maestro y me invita a hacerme de nuevo preguntas por cómo enseñar, para qué enseñar, cuándo y dónde enseñar, quién y a quiénes enseñar y en qué marco social, cultural y político hacerlo. Reflexiono sobre los pasajes que me llevan por la docencia y, también, por los caminos sobre los que transito hoy en términos investigativos y en la tarea de reconfiguración propia y grupal del pensar en nuestras particularidades y singularidades históricas como maes-

tros. Todo ello, en clave intercultural, es decir, fortaleciendo las raíces desde la comprensión de la diferencia y la vida propia en estrecha vinculación con la identidad que brindan los territorios recorridos, los saberes que circulan y su relación con los contextos educativos.

El recorrido por la docencia es lo que hace que piense en mi formación como proceso inacabado y en la educación rural en contextos de diversidad cultural como escenarios privilegiados para la formación de otros maestros. Pensar en otras educaciones y en otros modos de conocer, implica reconocer otras formas de vida, otras concepciones del mundo y reflexionar sobre la formación situada de los maestros y sus ámbitos de desempeño desde una lectura constante de la realidad. Siempre en apertura, en devenir al encuentro con el otro, con lo otro, en relaciones de otredad y de alteridad.

La idea fundamental de este trabajo en construcción es comprender, develar y redimensionar las concepciones y valoraciones de los maestros y maestras sobre su formación continua y situada, en contextos educativos de diferencia cultural. Esto, como trayecto encaminado a fomentar procesos de resistencia, de encuentro consigo mismos y con los saberes populares e indómitos que circulan en estos contextos. Además, pretende plantear lecturas de contexto, caminar desde y con otras episte-

mes, revitalizar, corazonar las raíces para entender la vida propia, fortalecer formas de alteridad y, desde luego, fomentar enlaces territoriales como una apuesta por profundizar y generar conocimientos para comprender la diversidad cultural que habita nuestros contextos educativos en comunidades afrodescendientes, indígenas y campesinas, desde un diálogo de saberes.

Se trata de un conjunto de prácticas sociales que invitan e incitan a la investigación y a la formación desde otras formas de leer y escribir para forjar conocimiento, al partir de los legados históricos de estas comunidades recorridas, con acciones que permitan comprender otros signos, representaciones, sistemas simbólicos y, al mismo tiempo, otras lecturas, escrituras y oralidades. Por último, es la oportunidad para conocer, indagar y aprender los legados culturales, ancestrales y saberes educativos de estas comunidades, con el fin de que sean instancias de una educación enraizada en sus saberes y dimensiones culturales, que aporten elementos de reflexión a la educación y al maestro rural. Queda un camino largo por recorrer; rupturas por cimentar; preguntas e interrogantes por el maestro como ser humano, como ser histórico y social; preguntas por sus rasgos distintivos en sus maneras de pensar, de actuar, de hacer educación y pedagogía; por sus metas, su pensamiento y su realidad. La pregunta por el maestro queda abierta.

Referencias

- Facultad de Educación de la Universidad de Antioquia. (2018). *Documento Maestro Programa de Licenciatura en Pedagogía de la Madre Tierra*.
- Fals Borda, O. (2009). *Una sociología sentipensante para América Latina*. Clacso-Siglo del Hombre Editores.
- Fanon, F. (1994). *Los condenados de la tierra*. J. Campos (trad.). Fondo de Cultura Económica.
- Freire, P. (2002). *Pedagogía del oprimido*. Siglo XXI Editores.
- Green, A. (2011). *Significados de vida: Espejos de nuestra memoria en defensa de la Madre Tierra* [tesis de doctorado] Universidad de Antioquia. Biblioteca Digital Ceded. <https://bit.ly/3ttyePU>
- Guerrero, P. (2018). *La chacana del corazonar: Desde las espiritualidades y las sabidurías insurgentes de Abya Yala*. Universidad Politécnica Salesiana.
- Larrosa, J. (2016). *Tremores: escritos sobre la experiencia de sí*. Belo Horizonte.
- Mignolo, W. (2007). *Historias locales/diseños globales. Colonialidad, conocimientos subalternos y pensamiento fronterizo*. Akal.
- Mignolo, W. (2014). *Los desafíos decoloniales de nuestros días*. Editorial de la Universidad Nacional del Comahe.
- Valencia, A. (2012). La Violencia en Colombia de M. Guzmán, O. Fals y E. Umaña y las trasgresiones al Frente Nacional. *Revista Colombiana de Sociología*. (2). 15-33. <https://bit.ly/3k1Bz5z>



LA INCLUSIÓN EDUCATIVA, EVOCANDO EN EL PRESENTE

Diana Patricia Díaz Chalarca*

*Maestra de la Institución Educativa Rural Granjas Infantiles del municipio de Copacabana. Correo electrónico: diaz951@hotmail.com

Resumen

“La inclusión educativa, evocando en el presente” es un compendio de vivencias y aprendizajes originados en la educación inclusiva, tema central de la tesis de maestría “La Educación Artística como mediadora en la integración social y académica de estudiantes con y sin discapacidad sensorial”. Esta tesis fue resultado del trabajo pedagógico desarrollado en el proyecto Fiesta de la Inclusión y la Amistad desde el área de Educación Artística de la Institución Educativa Francisco Luis Hernández Betancur en la ciudad de Medellín. Después del traslado a Copacabana, de la experiencia en otros escenarios educativos y del legado de conocimiento y vivencias en el marco de la educación inclusiva, registro mis reflexiones sobre cómo se dan estos procesos de atención a la diversidad en la escuela y qué expectativas quedan frente a la urgente necesidad de interiorizar y comprometer a todos los agentes involucrados en el cumplimiento de este inalienable derecho constitucional de nuestros estudiantes.

Palabras clave

Educación inclusiva, integración, diversidad, escuela.

En la adolescencia, mi papá me dijo, con gesto serio, “donde quiera que estés, debes estudiar artes, esto te va a permitir lograr lo que quieras en la vida”. Él reconocía que tenía talento para el dibujo, la pintura, cantar o diseñar. Lo tenía, pero no tenía alma de artista, así que no consideré explorar estos talentos hasta que crucé los terrenos de educación, mientras acompañaba a mis hijos.

Me desenvolvía en medio de docentes, amigos, familiares cercanos. Mi casa, sin proponérmelo, se convirtió en uno de los “tertuliaderos” educativos reconocidos en el municipio de Barbosa. Fue el punto de encuentro de profes y personajes de este ámbito los viernes en la noche durante varios años. Allí, entre encuentros e historias, surgió el deseo de ser maestra. Mi amigo Bernardo, rector de la mejor institución educativa del municipio en ese momento, me dijo, “ojalá los docentes llegaran al colegio con la experiencia que vos tenés”. Sus palabras me calaron, al punto de querer presentarme a la universidad. Recordé también las palabras de mi papá: “estudia artes”. De manera tardía, me presenté a la Licenciatura en Educación en Artes Plásticas de la Universidad de Antioquia.

Ciesor y la inclusión

Durante la licenciatura, participé en un grupo de investigación de la Facultad de Artes sobre la vida y obra del maestro Pedro Nel Gómez. Me correspondía transcribir y

organizar los documentos que se conservaban del artista en la Casa Museo, ubicada en Aranjuez. Allí, me acerqué más a la labor docente cuando el director de la Casa Museo me ofreció continuar como guía y tallerista de grupos de estudiantes de Medellín, recorriendo el museo y explicando las técnicas pictóricas y la vida y obra del maestro.

Llegaban estudiantes de todas las instituciones de la ciudad, entre estos, de la Institución Educativa Francisco Luis Hernández Betancur, Ciesor (ciegos y sordos), como se reconocía en el sector de Aranjuez. Esta condición la presentaban muchos de los niños y jóvenes atendidos en el museo. Aunque los intérpretes de señas apoyaban los recorridos, se sentía la necesidad de implementar un método diferente, algo acorde con sus diversidades.

Viviendo la educación inclusiva

Si bien todos los conocimientos y aportes de vida obtenidos en la universidad son importantes, muchos se quedan como teorías que solo adquieren sentido cuando se enfrentan en la vida real. Algo así ocurrió desde el momento en el que elegí una institución educativa en el concurso docente para Medellín. Por fortuna, en el listado encontré a la Institución Educativa Francisco Luis Hernández Betancur. Allí llegué el 23 de abril del 2010 como docente del área de Educación Artística y Cultural de Básica Secundaria y Me-

dia. Reconozco que sentí temor por la discapacidad... ¿Y si no logro comprenderlos? La palabra, mi herramienta principal, ¿sabré llegarles sin ella?... De nuevo, mi padre, “estudia artes... lograrás lo que quieras en la vida”.

Pienso que las artes fueron la mejor herramienta que tuve para integrarme al colegio pionero de la educación inclusiva en el Valle de Aburrá. Desde el mismo día en que llegué, todos comenzaron a enseñarme, ¡y de todas las maneras! Fui directora de décimo A, un grupo de jóvenes sordos con excelentes capacidades expresivas, gestuales y corporales. Con ello, lentamente, fui entendiendo y haciéndome entender en los momentos en que no contaba con intérprete. Con los ciegos no lo creí complicado pues concebía los sentidos como elemento principal para acceder al conocimiento, y ellos tenían el tacto y el oído bien desarrollados, y una memoria sorprendente.

Con los grupos oyentes o regulares, como se les identifica a los estudiantes sin discapacidad sensorial, física o cognitiva, era “normal” el trabajo pedagógico. Aunque no creo que para ellos fuera tan normal. Estos chicos debían relacionarse con sus pares ciegos o sordos, y esto no ocurría en la institución. De hecho, existían grandes conflictos a nivel de convivencia. Ellos no interactuaban entre sí, cada comunidad iba por su lado. Era una rivalidad inmensa, particularmente, entre sordos y oyentes. Los primeros,

por sentirse dueños de la institución que, por tradición, atendió a chicos con discapacidad sensorial. Los segundos, oyentes, quienes representaban la minoría en esta institución y que ingresaron en el año 2002 para atender a las políticas de la educación inclusiva aplicada a la inversa.

Sobre esto, muchas situaciones me inquietaban: ¿Por qué éramos un colegio inclusivo?, ¿por qué recibíamos y atendíamos estudiantes de diversas condiciones?, ¿por qué los llevábamos a interactuar y a sentirse parte de una misma comunidad? La respuesta de una compañera fue: “no se inquiete por eso, compañera, con el tiempo se acostumbra”.

Inclusión real en la Educación Media

En el proceso de “acostumbrarme” a trabajar con la diversidad desde la inclusión educativa, comencé a idear cómo hacer que las diferentes comunidades estudiantiles trabajaran juntas, integradas. Lo primero, fue intervenir el plan de área de manera que orientara efectiva y pertinentemente el trabajo a desarrollar en términos de contenidos, metodologías, atención integral y diversa, de acuerdo con las características contextuales y de población y desde las diferentes disciplinas artísticas para cada nivel académico de la secundaria y la media.

Sumado a ello, otro aspecto significativo fue observar las fortalezas que cada comunidad ofrecía y que pudieran

favorecer los objetivos trazados. Se identificaron características específicas de cada comunidad estudiantil. Entre estas, los sordos eran fascinantemente dramáticos, expresaban lo que querían a través del lenguaje corporal y gestual, siendo muy claros, incluso, aunque se desconociera la lengua de señas en algunas ocasiones.

Al contrario de la expresión de los sordos, los chicos ciegos no tienen esa capacidad. No dan cuenta de los gestos, no los veían, ni siquiera tenían conciencia del movimiento propio de las cejas o de la expresión de los ojos. Pero lo que sí tenían muy desarrollado era el tacto, el olfato y el oído. Identificaban el material de trabajo y reconocían a sus compañeros y docentes por la voz, a quienes llamaban por sus nombres, así nunca los hubieran visto.

Sobre los chicos que no presentaban discapacidad, aunque pareciera más sencillo, en realidad encerraban su complejidad en que algunos presentaban una serie de condiciones que no saltaban a la vista, que no se detectan en la “normalidad” de la apariencia, y que pasaban muchas veces desapercibidas en medio del grupo. Que daban como chicos lentos o conflictivos ante los ojos de compañeros y profesores, incluso de sus familiares. También, había factores relacionados con el desplazamiento, la vulnerabilidad y el abuso; situaciones que influían en sus desempeños académicos y sociales.

Además de los hallazgos en los estudiantes, encontré compañeros y directivos muy comprometidos y conocedores de la educación inclusiva, con quienes, de inmediato, tuve conexión y eco en las propuestas de integración que ya rondaban mi cabeza: debía ser un tema común entre todos los estudiantes. Volví a la infancia, a los cuentos, ¡La Cenicienta!, Blancanieves, La Bella Durmiente, cuentos que podrían llevarse a puesta en escena, y que, tradicionalmente, los niños conocen sin importar sus condiciones.

Bajo estas premisas, al año siguiente de mi llegada, inicié el trabajo de integración con los jóvenes de la Educación Media, los más próximos a salir del colegio. Se planteó trabajar el teatro de manera colaborativa con la participación de los grupos de once, sordos y oyentes, en el montaje de La Cenicienta, cuento adaptado a las posibilidades de los estudiantes y la institución.

Para el grado décimo, que también evidenciaba dificultades comportamentales entre ambas poblaciones, se acordó el diseño en la construcción de trajes de fiesta o fantasía con el uso de material reciclable. Se sintió agrado en la socialización de la propuesta. Lo que ellos no sabían era que debían trabajar colaborativamente con compañeros de diferente condición. Los actores de la obra serían de todas las comunidades, y el diseño debía ser para compañeros con condiciones contrarias a las propias,

características del trabajo colaborativo que encajaban efectivamente con los objetivos trazados para este proyecto.

Fue un verdadero desafío acercar a estas comunidades estudiantiles. El rechazo de unos a otros fue inmediato, y se argumentaba con distintas razones... que eran muy groseros, que no se entendían, que con que tiempo iban a conocerse. Las condiciones se mantuvieron. Al inicio de los encuentros en el teatro institucional, se observaban dos bandos... perdón, dos grupos de estudiantes.

Acompañada del intérprete que conocía bien a los estudiantes sordos, partimos de observar la película La Cenicienta. Luego, seleccionamos a los actores por sus características, sin importar a qué grupo pertenecían. Se notaba la inquietud a medida que llamábamos al escenario. Iban acercándose con gestos escépticos, pues no comprendían cómo se comunicarían entre ellos. Hasta que se les dieron las instrucciones a todos: no emplearían ningún código lingüístico, solo utilizarían la expresión corporal. Por aparte, y pensando en la población ciega, un grupo de docentes e intérpretes leerían con voz teatral toda la obra. Así, se hicieron los ensayos, al tiempo que se construían el guion y las escenas de forma colectiva.

Los ensayos fueron determinantes en la integración. Todos proponían acciones divertidas que terminaban

en risas y se reflejaban en la actuación. Se hacían sugerencias amables entre ambas poblaciones. Los actores oyentes acordaron un gesto particular y discreto que le indicaba al actor sordo cuándo le correspondía intervenir. Se articularon de tal manera que no se lograba distinguir quiénes tenían tal discapacidad y quiénes no.

Todos trabajaron. Para el diseño, fue grandioso observar cómo el diseñador, fuera oyente o sordo, le mostraba a su modelo cómo quedaría la vestimenta. Con gestos vivos de aprobación o duda, se involucraban dos códigos lingüísticos opuestos en una discusión amable, risueña, que terminaba en un pacífico acuerdo. Asimismo, diversos estudiantes se ofrecieron a realizar el vestuario para los personajes de la obra, liderados por un intérprete habilitado en el tema.

Fiesta de la Inclusión y la Amistad

En los días previos al evento, se sentía el ambiente de fiesta, color, brillo y nerviosismo. Con la aprobación del rector, se organizaron los comités de apoyo para la ejecución de la Fiesta de la Inclusión y la Amistad, como se denominó el proyecto. Toda la comunidad institucional participó. Desde la psicóloga hasta el vigilante ayudaron a vestir; maquillar; peinar; armar la escenografía, los equipos técnicos, la silletería; agendar los invitados y los jurados que evalua-

rían los trabajos; disponer la pasarela con cordones en el piso que le indicaban a las modelos invidentes por dónde hacer su recorrido y, finalmente, el rector Jhon Mario Garavito se encargó de animar, magistralmente, la primera Fiesta de la Inclusión y la Amistad de la Institución Educativa Francisco Luis Hernández Betancur. El evento, por su éxito, quedó institucionalizado para el cierre del primer semestre académico en el año 2011.

Entre los jóvenes, todo empezó a cambiar. Ya no habían miradas de ira o indiferencia entre ellos. Se miraban y se hacían gestos amables. Los oyentes nos preguntaban constantemente cómo era una y otra seña, empezaron a participar de los cursos de Lengua de Señas Colombiana que se daban en la institución, algo que entusiasmaba a los chicos sordos al ver el interés de los oyentes por aprender su lengua. Sucedió igual en las clases. Se sentía menos tensión, más apertura y compañerismo, se apoyaban en las actividades.

Al iniciar cada año, sobraban las preguntas de los estudiantes, “¿cuándo empezamos, profe?”, con palabras o señas, mostraban gran interés en la preparación de la fiesta: “y este año, ¿cuál cuento vamos a dramatizar?”, “¿qué vestidos vamos a hacer?”. Así, año por año, se diseñaron muchos vestidos y se crearon cinco obras de tipo comedia con estudiantes sordos, oyentes, videntes y cie-

gos. La narración teatral facilitaba la integración de los ciegos. Dos años más tarde, el proyecto se vio fortalecido con la llegada de nuevos estudiantes, los chicos con discapacidad cognitiva diversa se incluyeron en la historia del proyecto, y yo seguía aprendiendo.

Experiencia convertida en conocimiento

En paralelo con la experiencia de esta inolvidable institución, inicié el estudio de la Maestría en Educación. En la inquietud de comprender lo que era realmente la inclusión educativa, esta se convirtió en el tema central de mi tesis que denominé “La Educación Artística como mediadora en la integración social y académica de estudiantes con y sin discapacidad sensorial”. Me gradué en el año 2013 como Magíster en Educación en la Corporación Universitaria Uniminuto, en convenio con el Tecnológico de Monterrey en México, país donde fui invitada a participar en el XIV Congreso Internacional de Educación “Internacionalización y Desarrollo”, en marzo de 2013.

Durante el estudio encontré definiciones muy precisas sobre la educación inclusiva, siendo la de la Unesco una de las más claras sobre el tema:

La Educación Inclusiva implica que todos los niños(as) y jóvenes con necesidades educativas especiales deberán de ser incluidos en los arreglos hechos para la mayoría de los niños(as)... Las escuelas inclusivas deben reconocer y responder a las diversas necesidades de los estudiantes, arreglos tanto en diferentes estilos como al ritmo del aprendizaje y asegurando [sic] la calidad de la educación para todos por medio de un currículo apropiado, dando [sic] lugar tanto a arreglos organizacionales, estrategias de enseñanza, uso de recursos y asociaciones con sus comunidades. (Unesco, 1994, citado en Díaz, 2012)

A medida que leía, investigaba y experimentaba la inclusión educativa, comprendía que todo radica en el niño, en el estudiante, deber ser de la educación. No se trata de educar a quienes cumplan con criterios determinados, se trata de educar a todo niño que requiera el servicio y que aspire a formar parte de una sociedad, sin importar sus condiciones. La escuela debe brindar la educación sin discriminación alguna. De hecho, su dinámica y sus miembros deben estar preparados para implementar diferentes estrategias que permitan descubrir sus potencialidades, más que destacar sus necesidades. Eso fue lo que seguí, no solo con el instinto, sino también con la convicción, basada en los supuestos teóricos y conceptuales que apoyaban mi práctica pedagógica.

Mi tesis se sustentó desde la metodología de investigación cualitativa, bajo el enfoque de Investigación-acción participativa (IAP), que, por su carácter social e integrador, me permitió describir, analizar e interpretar los procesos pedagógicos desarrollados durante la preparación y ejecución de la obra teatral *Negra Nieves y los siete*, presentada en la tercera Fiesta de la Inclusión y la Amistad. Los objetivos de la tesis se centraban en mejorar la competencia de diversidad e interculturalidad de los jóvenes del grado once mediante el trabajo colaborativo como estrategia de aprendizaje. Con esta experiencia, sustenté todo el proceso metodológico que permitió obtener grandes y significativos resultados, como se lee en el siguiente fragmento de la tesis:

De esta forma, transcurrió la obra que logró cautivar la atención constante en los asistentes por la trama y la actuación de sus personajes, generando risas *[sic]* y aplausos hasta el final, cuando salieron todos juntos cogidos de la mano frente al público que los ovacionó por largo rato. Ya fuera del escenario, se abrazaban y felicitaban entre ellos mismos, sordos, oyentes e invidentes por el éxito del trabajo realizado. Asimismo, recibieron las felicitaciones de parte del rector, la coordinadora académica y los funcionarios de la Secretaría de Educación municipal presentes en

el evento, quienes se manifestaron “felicitando a todos los participantes, resaltando que la unidad demostrada en la obra era un excelente ejercicio de educación inclusiva”. (Díaz, 2012, p. 91)

La tesis obtuvo varios reconocimientos. En el municipio de Medellín, el proyecto Fiesta de la Inclusión y la Amistad ganó la medalla Luis Fernando Vélez Vélez en los premios “Maestros para la Vida” de la Alcaldía de Medellín en 2013. Fue algo muy satisfactorio que hoy recuerdo con mucha nostalgia y llevo a la práctica en otros escenarios educativos.

Nuevos escenarios, nuevas experiencias

Realicé la última fiesta en junio del 2015 porque se me presentó la oportunidad de trasladarme para el municipio de Copacabana, Antioquia, mi lugar de residencia. No se volvió a realizar el proyecto. Surgieron otras propuestas que dejaron la Fiesta de la Inclusión en el pasado, en tanto yo me instalé como docente de Artística en la Institución Educativa San Luis Gonzaga.

Encontré nuevas poblaciones, otras realidades en cuanto a la educación inclusiva. En todo lugar hay jóvenes que evidencian diferencias. Diagnosticados o no, demuestran particularidades en medio de sus “normalidades”.

Quizás, para estos últimos, es más complicado porque suelen ser juzgados a la ligera con juicios emitidos sin reflexión, sin una observación detallada que identifique si hay algo más allá de la actitud que influya en su proceso.

En la tradición pedagógica, se permitía la exclusión de los niños y los jóvenes. Todo individuo que presentara algún tipo de discapacidad o que, por cualquier situación, fuera considerado diferente era ubicado al margen de toda actividad social. Los niños y jóvenes con algunas de estas particularidades se consideraban no educables y se les negaban sus derechos básicos como ciudadanos. Se les aislaba en las llamadas “escuelas especiales”, en un acto de inequidad y discriminación histórica. Así, la diferencia era la causa de esta exclusión.

Como oposición, surgió la inclusión, que, de acuerdo con las políticas de la educación inclusiva, considera que la escuela debe estar preparada para atender las condiciones particulares que sus estudiantes presentan. Desde lo aprendido, y ya estando fuera del escenario educativo de Ciesor, es común ver que no se cumplen estas políticas en las instituciones educativas, empezando por la falta de adecuación de espacios y enseres que permitan la movilidad, así como la insuficiencia de herramientas didácticas y tecnológicas, de la iluminación y distribución de las aulas y la carencia de

personal de apoyo para la atención de los jóvenes con discapacidad sensorial, física, emocional o cognitiva. Tratar cada caso requiere voluntad y concientización de la comunidad institucional en general.

Como docentes, deberíamos saber sobre la existencia de síndromes que afectan el comportamiento social de los estudiantes como el Asperger o los trastornos del espectro autista, solo por mencionar algunos de los más comunes. De la mano de su reconocimiento, deben existir las estrategias y el acompañamiento que favorezca una atención oportuna y pertinente. Sin embargo, esto no pasa, se queda en los formatos y las charlas que el docente de apoyo planea eventualmente en las semanas institucionales.

Recuerdo la dificultad que había en el colegio para atender a una joven con movilidad reducida y parálisis cerebral. Aunque asistía al colegio cuando podía, se responsabilizaba a otros compañeros para que la llevaran o trajeran de un salón a otro y la sentaran, como una estatua, en medio de sus pares. No se evidenciaba una conciencia real de las condiciones y necesidades de la niña por parte de los docentes. La trataban con amabilidad, pero no encontraban qué hacer con ella. Su principal actividad era permanecer sentada mientras pasaba la clase. Luego, la desplazaban a otro salón o al patio para el descanso hasta que venían a recogerla sus familiares.

La coordinadora nos hablaba de la responsabilidad que teníamos con el proceso de la niña, pero se encontraban comentarios varios entre los docentes, que no entendían qué hacía una niña así en el colegio, o que, para lo que podía, mejor era dejarla en la casa. Desde Artística, le presentaba ejercicios que favorecieran su motricidad: plastilina, color, manejo de las márgenes, crayolas. No me preocupaba por la teoría o los conceptos, me preocupaba por la rigidez de sus dedos y por cómo ayudar a mantener sus movimientos. Pero esto difícilmente se concibe desde otras áreas. Para esto no fueron preparados, lo que importa es aprender las teorías y hacer los ejercicios de los temas presentes en el plan de estudio. Si estos no se dan, el estudiante diferente sobra.

De la institución urbana a la rural

Después de tres años en la Institución Educativa San Luis Gonzaga, tuve la interesante oportunidad de llegar a la Institución Educativa Rural Granjas Infantiles en Copacabana, Antioquia. Era la primera vez en sesenta y nueve años que un licenciado en Artes Plásticas haría parte del equipo docente de esta institución. En un ambiente totalmente campestre, con estudiantes del sector rural y urbano, comencé a soñar sobre cómo iba a trabajar la Educación Artística, por lo que dediqué mi atención a determinar los gustos e intereses de los jóvenes de la secundaria y media.

La Institución Educativa Rural Granjas Infantiles funciona en una planta física campestre perteneciente a la Arquidiócesis de Medellín. Es un mismo predio con varias casas o edificaciones antiguas, repartidas para el trabajo de la institución y para el Hogar Infantil Jesús Obrero, también de la Arquidiócesis. El Hogar alberga niños y adolescentes de la ciudad de Medellín o de otras regiones y departamentos en situación de vulnerabilidad y otras condiciones especiales. Estos chicos hacen parte de la población estudiantil del colegio, formando una misma comunidad con los que llegan de las veredas y municipios aledaños.

Las condiciones de la institución, al igual que las de su comunidad, no son las mejores. Al no contar con una planta física propia, es poco lo que se invierte en mejoramiento o enseres que permitan una mejor y mayor atención a estos jóvenes. Gran parte de la comunidad institucional son mayordomos o campesinos que viven del trabajo de la tierra y que tienen poco o bajo nivel educativo. También, en algunas veredas, se identifican relaciones incestuosas entre varias generaciones. Se destaca el interés de muchas familias por educar a sus hijos y ofrecerles las oportunidades que ellos no tuvieron, así como están los que solo cumplen la función de enviarlos a “parquear” al colegio.

Además, se cuenta con docentes de apoyo y tiflólogo. Lastimosamente, cada año les cambian las condiciones y funciones en las instituciones o los trasladan, aun cuando ya conocen la población que atienden y las dinámicas del colegio. Así, se convierte en un volver a comenzar cada año, lo cual impide hacer procesos efectivos con los estudiantes y docentes.

Como en otras instituciones, se pueden observar jóvenes con diversas particularidades diagnosticadas o presuntivas, algunos con dificultades más severas que otras. Por ejemplo, el caso de Rubén, un joven de manos grandes que cursaba sexto grado. Siempre se sentaba al lado de su mejor amiga, con quien lograba disimular la dislexia y disgrafía de las que padecía. Se desenvolvía de manera oral algunas veces si lograba vencer la timidez para hablar frente a sus compañeros.

Una mañana, durante el descanso, entró a mi aula ahogado en llanto. Le dije que se sentara y se calmara y le ofrecí un poco de chocolate de un termo. Un trato amable y sin acoso lograron que me fuera contando su angustia. “Voy a perder el año, profe, yo no sé las letras y la profe de Castellano solo dicta, yo miro a los lados a ver qué puedo agarrar, pero no logro entender nada, profe, ¿qué voy a hacer! Ya voy a cumplir quince años y no voy a poder ganar el sexto”, decía, volviendo a caer en el ataque de llanto...

Otra vez, fue Javier. Entró al salón preguntándome si podíamos hablar. “Claro que sí”, le contesté. Me dijo, “profe, a mí me pueden calificar yo hablando... es que todo es escribiendo y a mí me duelen mucho las manos, entonces escribo feo, soy muy lento y me regañan mucho, hablando me va mejor”.

La situación de Juan era la más complicada. Presentaba discapacidad cognitiva, vivía en el campo y no diferenciaba bien la realidad de la imaginación. Reconocí en él habilidades artísticas, tenía total disciplina para iniciar y terminar las actividades de Artística. Usa el color con fuerza y gran creatividad, tonos variados, pero fuertes, creando formas y figuras estéticas e interesantes. No conoce las letras, no sabe leer y escribe de muestra, sin comprender lo que dice. Cursa octavo grado. Entre docentes se escuchan comentarios de malicia frente al chico, “¿cómo es posible que esté en octavo sin saber leer?”, “¿yo no sé qué hace ese pelao’ aquí, debería quedarse trabajando en la finca y no venir a perder tiempo aquí!”, “¿a mí no me entra a clase, se queda mirando los trabajadores que están podando la manga!”.

En reunión con los docentes, los directivos insisten en cómo tratar a estos chicos, la importancia de escucharlos y de conocer sus debilidades, fortalezas y de trabajar con ellos en función de sus condiciones. Pero

no es suficiente con lo que se dice si no se siente. No es suficiente si no se aprende, y menos si no se quiere... Si alguien quisiera mostrarles la razón, miran con indiferencia, como si ese asunto no fuera suyo. No es su realidad, por tanto, no les importa.

Con esto, ratifico que la escuela no está lista para cumplir con las políticas de inclusión educativa, tampoco las entidades ni el Estado. Estas políticas parecen hacer parte de un discurso altruista y de los acuerdos y decretos que se firman en cada gobierno, pero, en la realidad, no se atiende, o peor, no se entiende la esencia de esta inclusión. En cuanto a los docentes, a pesar de escucharse frases como “esos muchachos están buenos para que los metan en escuelas especiales, bien retirados para que no molesten a la gente” —palabras textuales de un docente activo—, también se escuchan comentarios llenos de humanidad y pedagogía que dan cuenta de que no todo es negativo; de que todavía es posible comprender que, más que campos de saber, la meta central de esta educación es el saber del ser y del ser social, y que, por el futuro de esos jóvenes, vale la pena luchar...

Con cariño, Diana Patricia Díaz Chalarca.

Referencias

Díaz, D. P. (2012). *La educación artística como mediadora en la integración social y académica de estudiantes con y sin discapacidad sensorial* [tesis de maestría sin publicar]. Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey.





RECORRIDO PROFESIONAL

con enfoque en la alfabetización inicial
y otras experiencias

Jhon Hawi González Cárdenas*

*Maestro de la Institución Educativa Antonio Nariño del municipio de Puerto Berrío. Correo electrónico: jhonhawigonzalez@gmail.com

Resumen

Siempre he concebido que la educación es el motor de la transformación personal, profesional y familiar. Si buscas calidad de vida, educa tu mente, tu cuerpo y persevera para materializar tus sueños. Este es un punto de partida y una oportunidad para dejar huellas, incitar e inspirar a otros a construir sus propios caminos. Como autodidacta y visionario, con altas expectativas en los procesos educacionales, fue que comenzó mi sueño por ser maestro, como un estilo de vida y una oportunidad de crecimiento profesional y de aprendizaje. Mi trayectoria inició experimentando, practicando y aprendiendo de manera autónoma como Normalista Superior. Es decir, solo con ideas que lograba materializar en mis prácticas educativas para alfabetizar y evidenciar aprendizajes; ideas que me llevaron a estudiar un pregrado y dos posgrados para transformar mis conocimientos disciplinares y didácticos del contenido, con el fin de llevar a cabo procesos innovadores e incluyentes en mis prácticas pedagógicas.

Palabras clave

Alfabetización, transformación, autoaprendizaje, proyección, empirismo.

Mi recorrido profesional inició en el mes de enero del año 2008. Estaba recién egresado como Normalista Superior de la Normal Superior Fabio Lozano Torrijos de Falan, Tolima, y acepté reemplazar a una docente por cuarenta días debido a que ella se encontraba en un embarazo de alto riesgo. Debía llevar a cabo la labor en la sede Bolívar de la Institución Educativa Santa Ana del municipio de Mariquita, Tolima. ¡Oh, sorpresa!, cuando inicié el trabajo, me llevé el gran asombro de que el curso estaba conformado por cincuenta estudiantes del grado primero. ¡Me cuestioné!, y pensé... ¿Cómo haré para enseñar a leer y a escribir a este grupo tan numeroso? En ese instante, comprendí el gran reto que asumí para llevar a cabo mi labor como maestro en el proceso alfabetizador.

Los primeros días pedí asesoría a la maestra, pero, con el pasar del tiempo, tomé la decisión de ser autónomo en mis prácticas pedagógicas, al identificar la importancia de la gestión y el clima de aula para lograr aprendizajes, junto con algunas ideas para realizar el proceso de enseñanza-aprendizaje. Con la mejor energía, centré mis esfuerzos en desarrollar la motricidad fina y la identificación de las vocales. Por casualidad, en mi último día laboral, ¡llegó una visita inesperada! Un vendedor de la Editorial Santillana y me obsequió, ¡un libro de lectoescritura para el grado primero! Así terminó mi historia con este grupo de pequeños infantes.

Durante el mes de abril del mismo año, una colega que se encontraba trabajando en los Llanos Orientales me llamó y me preguntó, ¿estarías dispuesto a trabajar en La Macarena, Meta? ¡Claro, de una!, sin saber a qué me enfrentaba, pero decidido a luchar por mis sueños. Con elocuencia, llamé al jefe de personal de la Diócesis de Granada en Colombia para ofrecerle mis servicios como maestro, quien, sin pensarlo dos veces, me expresó, “lo espero en tres días en Granada, Meta”, a lo que respondí: “muchas gracias, allí estaré”.

Con ello, me llené de sentimientos. ¡Sentí mucha felicidad!, y comencé a realizar todos los preparativos para presentarme en el tiempo estimado. Dicho y hecho, llegué, como estaba acordado, a las tierras desconocidas de Granada, Meta. En este municipio llevé a cabo todos los procesos administrativos y firmé el contrato para laborar en la sede Alto Monserrate de la Institución Educativa San Juan de Arama, municipio del mismo nombre. Inicialmente, no comprendí por qué me asignaron otro pueblo, pero luego llegué a la conclusión de que los tiempos de Dios son perfectos y que, si me ubicó allí, era porque en dicho lugar era donde necesitaban mi servicio. ¡Así comenzó mi primera experiencia como maestro en el sector rural!

Sin dudarle un momento, al otro día me desplazé a este municipio. Durante el viaje me alegró ver tan bellos y particulares paisajes, ¡más aún!, cuando el conductor del taxi me

comentó: “la vereda Alto Monserrate se encuentra ubicada en los pies de las montañas que forman un indio acostado”. Adicionalmente, me dijo, “para llegar allí, es necesario ir en transporte privado hasta la vereda Bajo Monserrate, aproximadamente a treinta minutos de la cabecera municipal, luego, subir la montaña en caballo, aproximadamente durante dos horas, o a pie, pero eso ya depende de su paso al caminar, y se podría gastar aproximadamente cuatro o cinco horas”.

Logré llegar a la vereda con la ayuda de un caballo que me facilitó la comunidad educativa. En la vereda, me apoyaron voluntariamente y me brindaron la mayor cantidad de comodidades para que me quedara por lo que restaba del año, ya que, en años anteriores, los maestros no duraban más de un mes. ¡Claro, con toda razón! No había señal telefónica, energía eléctrica ni agua potable. A pesar de las adversidades, me sentí contento en la escuela porque estaba construida en material, pero estaba abandonada hace tres años. Su pintura estaba deteriorada, lo mismo que los materiales y los recursos educativos. Después de un día de limpieza con algunos padres de familia, comencé a orientar clases y recibí catorce estudiantes de transición a quinto, de los cuales cuatro estaban en el grado primero. Volvió a ser mi reto, ¿cómo enseñarles a leer y escribir si el modelo de Escuela Nueva no tiene material educativo para este grado? Imaginé... “en el camino voy aprendiendo”, mientras tanto, mi rutina diaria consistía en desplazarme desde mi lugar de residencia hasta una quebrada para bañarme

y cambiarme de ropa, ir a una casa familiar para alimentarme; luego, caminar rumbo a la escuela, que quedaba a cuarenta y cinco minutos, y comenzar clases a las 8:00 a.m.

Sin importar las adversidades y mis conocimientos básicos, inicié mis prácticas pedagógicas y comencé a realizar un diagnóstico en cada grado. En particular, en el grado primero, comprendí que algunos niños y niñas solo reconocían las vocales, así que usé como referente mi libro de Santillana para llevar a cabo el proceso de lectoescritura. Además, algunos infantes llevaban la cartilla “Nacho lee”, pero la única funcionalidad que le encontré a este material fue de práctica de lectura. Con el pasar de los días, sentí que era insuficiente el material para enseñar a leer y escribir. Por tal razón, se me ocurrió usar cinco hojas tamaño oficio y cuatro hojas papel carbón de manera intercalada para hacer mis propias fotocopias a mano alzada. En estas fotocopias realizaba fichas de lectoescritura asociadas a la grafía y sus sílabas, una sopa de letras y tres oraciones de lectura cortas. Esa fue mi primera herramienta para alfabetizar. A su vez, se me ocurrió promover situaciones auténticas de comunicación desde el correo amistoso con otra escuela lejana. Cada estudiante escribía una carta, el paquete de cartas se enviaba cuando volvía al pueblo y, después de varios días, les respondían, se lograban cuatro envíos durante el año. Las cartas también recibían una previa realimentación desde lo sintáctico y semántico.

Con el pasar de los días, gestioné ante las autoridades municipales una dotación de materiales educativos, pintura y mobiliario escolar junto con una planta eléctrica de gasolina, un televisor y un DVD, los cuales fueron aceptados y aprobados por el alcalde. En menos de un mes ya estaban en mi escuela. ¡Un gran logro! Con estos materiales y recursos logré pintar la escuela con los estudiantes, ambientar el espacio de aprendizaje, brindarles mayor comodidad e iniciar un proceso formativo en las áreas en que no tenía material educativo. Así que, basado en videos animados sobre educación sexual, historias bíblicas y cuentos infantiles, construí una propuesta pedagógica mixta de Teleducación y Escuela Nueva. Estas propuestas me dieron otras ideas pedagógicas. Por ejemplo, a medida que avanzaba cada video, lo pausaba y realizaba preguntas asociadas a lo que estaba sucediendo o podría suceder. Una vez finalizado, les solicitaba que reconstruyeran la historia con sus propias palabras y realizaran dibujos alusivos.

Volviendo al grado primero, realicé mucho énfasis en actividades prácticas de decodificación de palabras y oraciones durante el año escolar. Para la escritura, me basé en las planas de grafías, sílabas, palabras, en los dibujos como representación de significado y en los dictados para verificar aprendizajes de codificación. Así, logré que los cuatro infantes del grado primero logaran leer y escribir. A su vez, los estudiantes de los otros grados también aprobaron el año escolar.

Al año siguiente, por cuestiones de cobertura y cantidad de estudiantes, la Diócesis de Granada en Colombia tomó la decisión de trasladarme para otro centro educativo y sede del mismo municipio. Así, llegué al Centro Educativo Rural (CER) Francisco de Paula Santander sede Bajo Curía, al lado de la cabeza de las montañas del indio acostado. Esta se encuentra ubicada a treinta minutos de la cabecera municipal, así que tomé la decisión de vivir en el pueblo y comprar una bicicleta para viajar todos los días hasta la vereda.

Nuevamente, inicié un año escolar con dieciséis estudiantes en un aula multigrado, con la particularidad de que solo una estudiante se encontraba en el grado primero. Volví a aplicar las fichas construidas para alfabetizar y agregar el material educativo de sellos del alfabeto (grafía, tres imágenes, y con líneas, para completar las palabras asociadas). Este estaba en la sede y se requería de una almohadilla con tinta para colocar el sello en alto relieve y plasmarlo en el cuaderno de Lengua. Logré realizar ejercicios prácticos de lectoescritura y hacer mucho énfasis en el sonido de las grafías desde palabras, ya que la niña presentaba un ritmo de aprendizaje lento. Aquí comprendí que el acompañamiento familiar es una pieza clave en el proceso alfabetizador. Con este apoyo, logramos que la niña aprendiera a leer y a escribir, y aprobó el año escolar junto con los demás compañeros del aula.

Ese mismo año, me inscribí al concurso de ingreso docente a nivel nacional. Aprobé para la ciudad de Villavicencio, y me vinculé al Ente Territorial Certificado (ETC) de Antioquia. Muchos me preguntaban, ¿por qué en ese departamento? A lo que respondía, con mucho orgullo, que es una tierra pujante, próspera, de gente amable, querida y talentosa. Además, les expresaba, “¡si quieres ser grande, rodéate de un círculo social y profesional con altas expectativas!”.

En enero del 2010 me fui de los Llanos Orientales para mi tierra querida, la tierra que me vio crecer, ¡Falan, Tolima! Una vez allí, decidí descansar por unos meses mientras surtía efecto el proceso de selección de plaza en la Secretaría de Educación de Antioquia. Así que compré mi primer computador portátil y sistematicé las experiencias adquiridas en alfabetización inicial, y logré diseñar un banco de guías de aprendizaje de lectoescritura del grado primero. Intenté comercializar el banco de guías, pero fui un fracaso como vendedor de productos educativos, solo vendí algunos ejemplares en el Tolima.

Es imposible olvidar un 14 de mayo del 2010 cuando estaba en la Secretaría de Educación de Antioquia y seleccioné la plaza docente del Centro Educativo Rural La Florida de Puerto Triunfo. Ese día firmé e ingresé como maestro en periodo de prueba. Me desplazé hasta la vereda para conocer a la escuela y a los cinco colegas con los que iba a hacer

equipo. ¡Dicho y hecho! Rápidamente, me acostumbré a dar lo mejor en los procesos de enseñanza-aprendizaje y a recrear situaciones de aprendizaje en el grado quinto, teniendo en cuenta mis experiencias en el sector rural. ¡Gracias a Dios! Al finalizar ese año aprobé el periodo de prueba y me vinculé como maestro en propiedad del ETC de Antioquia.

En ese entonces, comencé a escuchar diariamente los diez principios del éxito de Augustine Og Mandino, con lo cual me visioné con una vida perseverante, próspera y de muchos logros. De ahí que tomara la decisión de continuar dando clases en los grados tercero, cuarto y quinto desde el 2011 al 2013, tiempo en el que llevé a cabo diversas experiencias significativas con los estudiantes a cargo, como la huerta escolar “Cultívate”, el Proyecto Pedagógico de Aula (PPA) “Tabla de la sabiduría” a través del uso de tangram y las salidas pedagógicas.

Además, durante el 2012, aproveché mis conocimientos en Tecnologías de la Información y las Comunicaciones (TIC) y diseñé el sitio web del CER La Florida¹. A su vez, como equipo de maestros del CER, acordamos que cada maestro se quedaba con su grupo hasta el grado quinto y luego volvía a iniciar retomando el grado primero. Durante el año 2013, organicé el Microcentro

Formadores Rurales Activos “FRA”, con el apoyo de maestros del sector rural de los CER del municipio. Fue un espacio pedagógico liderado por mí, donde se realizaban reuniones periódicas de docentes rurales para brindar formaciones de maestros a maestros, compartir experiencias y unificar criterios mediante la construcción y ejecución de un plan operativo anual. Además, diseñé el sitio web² donde se alojaban todas las evidencias de las diferentes acciones y proyecciones del equipo de maestros.

Me gradué como Licenciado en Educación Básica con énfasis en Tecnología e Informática a comienzos del 2014. En el mismo año, como ya estaba establecido, me asignaron el grado primero. Decidí tomar este grado como mi gran desafío ya que era necesaria la atención a la diversidad desde las particularidades de cada estudiante para lograr la alfabetización inicial. A su vez, consideré que la calidad de un maestro se mide en el grado primero porque se vivencian prácticas diferenciales y auténticas desde el acompañamiento formativo para lograr aprendizajes significativos en la construcción de conocimiento.

Aunque decidí implementar mis guías de aprendizaje sistematizadas en el 2010, seguía sintiendo vacíos en los apren-



dizajes de los estudiantes. Esto me llevó a reflexionar de manera crítica e intencionada para recrear un ambiente de aprendizaje desde la significación, y para implementar las TIC con el objetivo de alfabetizar a través del PPA “Diviértete con las letras”. Diseñé entonces la primera versión de los Libros Interactivos Multimedia (LIM) del abecedario, los cuales publiqué en el sitio web ABC Docente⁴. Al finalizar el año, con mi propuesta metodológica, logré la aprobación de veintitrés estudiantes de veinticuatro posibles, es decir, solo uno reprobó el año escolar, lo que me llenó de mucha satisfacción.

Con el éxito logrado durante el 2014, para el 2015, solicité la asignación del grado primero nuevamente. Esta fue aceptada, en vista de que deseaba continuar construyendo mi propuesta pedagógica e investigativa llamada “Recursos Educativos Abiertos para apoyar los procesos de comprensión lectora en el grado primero” en dos instituciones de la subregión del Magdalena Medio: Hermano Daniel de Puerto Triunfo y Filiberto Restrepo Sierra de Maceo. La investigación la hice en compañía de Paula Muñoz para obtener el título de Magíster en TIC como becarios de la Gobernación de Antioquia.

Con el pasar de los días, comencé a inventar historias con cada letra del abecedario, a construir un ambien-

te de aprendizaje con piezas comunicativas basadas en la palabra como unidad mínima de significación, junto con dos productos interactivos innovadores para apoyar la alfabetización inicial. Estos eran el “Lim del abecedario 2.0” y los “Test de comprensión literal 2.0”, los cuales están publicados en ABC Docente. Con ellos, logré la aprobación de veinticinco estudiantes de veintiséis posibles.

En el 2016, ingresé a la Institución Educativa La Sierra del municipio de Puerto Nare como docente tutor del Programa Todos a Aprender (PTA). Este programa transformó mi visión sobre los procesos de enseñanza-aprendizaje. En particular, he afianzado progresivamente mis conocimientos disciplinares y didácticos del contenido en las áreas de Lenguaje, Matemáticas y en la línea de educación inicial. A su vez, he capacitado a los docentes focalizados en conocimientos específicos de cada área en el uso pedagógico del material educativo del PTA (para Lenguaje, *Entre textos* y para Matemáticas, *Prest*), en la evaluación formativa, y en el seguimiento al aprendizaje desde el uso de varias pruebas para caracterizar las habilidades matemáticas, la fluidez y comprensión lectora. También, las capacitaciones se han enfocado en asesorar a los directivos en procesos pedagógicos y académicos para llevar a cabo

³ Para visitar el sitio web ingrese a <http://abc-docente.blogspot.com/>

Figura 1.

Formato de planeación institucional aprobado en el Establecimiento Educativo La Sierra.

INSTITUCIÓN EDUCATIVA		FECHAS dd al dd/mm/aaa	Semana del ____ al ____/mm/aaa	CURSO Y GRADO	–	PERIODO		ÁREA	
DOCENTE				TEMA					

1. CONTEXTUALIZACIÓN	1.1 REFERENTES DE CALIDAD DEL MEN			1.2 OBJETIVOS DE APRENDIZAJE
1.1.1 Estándar Básico de Competencia (EBC)				
1.1.2 Malla de aprendizaje y/o DBA				
2. METODOLOGÍA EN SECUENCIA DIDÁCTICA (Momentos de la clase)	2.6 MATERIALES Y RECURSOS	2.1 EXPLORACIÓN (_min) Ambientación y motivación	4. ESTRUCTURACIÓN (_min) Conceptualización, modelación o enseñanza explícita	2.4 TRANSFERENCIA (_min) Aplicación del aprendizaje
			2.3 PRÁCTICA (_min) Ejercicio guiado e independiente + cooperativo y con roles	2.5 VALORACIÓN (_min) <u>Cierre:</u> Valoración de aprendizajes
3. EVALUACIÓN Verificación de aprendizajes	3.1 DESEMPEÑOS ESPERADOS Describa lo que espera observar como resultado del proceso de aprendizaje de sus estudiantes		3.2. EVALUACIÓN FORMATIVA Evidencie mecanismos de evaluación formativa para el logro de aprendizajes planteados y ejercicios o instrumentos para verificar aprendizajes	
			Evaluación formativa: Ejercicios o instrumentos:	
4. DIARIO DE CAMPO Reflexión: Describa lo que sucedió en la ejecución				

Fuente: Elaboración propia.

la transformación de las prácticas de aula y mejorar los aprendizajes de los estudiantes. Es de anotar que me gradué como Magíster en TIC en dicho año.

En el 2017, continué acompañando al mismo establecimiento educativo y logré establecer un formato de plan de aula, con el apoyo del rector Jaime Mejía, como propuesta de planeación institucional para sistematizar los procesos de enseñanza-aprendizaje y realizar seguimiento formativo, como se muestra en la Figura 1.

En este mismo año, a partir de una formación recibida sobre alfabetización inicial, concluí que mis productos interactivos empíricos y mi visión sobre el proceso alfabetizador eran correctas, al comprender que la conciencia fonológica es un factor clave que permite jugar con la sonoridad de las palabras para fortalecer la lectura y escritura. Además, se me ocurrió diseñar otro producto, al convertir mis historias de los *Test* de comprensión literal 2.0 en talleres imprimibles de fluidez y comprensión lectora, basados en la conciencia fonológica, (material publicado en ABC Docente) para el grado primero. Estos talleres fueron usados por varios docentes de la institución educativa para nivelar estudiantes en otros grados.

Durante el 2018, fui asignado al Establecimiento Educativo Rural San Miguel del municipio de Sonsón, donde

viví muchas experiencias de crecimiento personal, especialmente, en torno a la llegada al corregimiento San Miguel y al traslado a las veredas Piedras Blancas y Los Limones. Allí, comprendí lo que era conducir por trochas lloviendo, cruzar sectores inundados por crecientes y pasar como fuera por los derrumbes para llegar puntualmente a cada una de las sedes y realizar acompañamiento formativo a los docentes en sus prácticas pedagógicas. En este establecimiento educativo, también logré establecer el mismo formato de planeación institucional relacionado anteriormente. Es de anotar que, a mitad de año, comencé a estudiar el doctorado en Ciencias de la Educación en la Universidad de Cuauhtémoc de México, ¡otro gran sueño que tenía proyectado realizar!

A partir del 2019, fui reasignado por el PTA en el Establecimiento Educativo Antonio Nariño de Puerto Berrío, donde continué apoyando y acompañando las prácticas de aula de los maestros y asesorando a los directivos. En este tiempo, hice mucho énfasis en el uso del material educativo del PTA, las caracterizaciones de Lenguaje y Matemáticas, los talleres de fluidez y comprensión lectora, el sitio web ABC Docente y el análisis del Sistema Institucional de Evaluación de Estudiantes (SIEE). A comienzos del 2020, logré la aprobación del formato institucional de planeación, el cual es muy si-

Figura 2.
Formato de planeación aprobado en el Establecimiento Educativo Antonio Nariño.

INSTITUCIÓN EDUCATIVA		CURSO Y GRADO	–	PERIODO		ÁREA	
DOCENTE		Nombre de la unidad, secuencia didáctica o proyecto		FECHAS dd al dd/mm/aaa		Semana del __ al __/mm/aaa	

CONTEXUALIZACIÓN	1. REFERENTES DE CALIDAD DEL MEN Estándar básico de competencia, derechos básicos de aprendizaje, matriz de referencia, mallas de aprendizaje		2. OBJETIVOS DE APRENDIZAJE
MOMENTOS DE LA CLASE BASADA EN EL DUA	3. EXPLORACIÓN (__min) Ambientación y motivación		8. MATERIALES Y RECURSOS
Múltiples formas de representación y motivación	4. ESTRUCTURACIÓN (__min) Conceptualización, modelación o enseñanza explícita		
Múltiples formas de acción, expresión y motivación	5. PRÁCTICA (__min) Ejercicio guiado e independiente + cooperativo y con roles		
	6. TRANSFERENCIA (__min) Aplicación del aprendizaje		
	7. VALORACIÓN (__min) <u>Cierre:</u> Valoración de aprendizajes		
EVALUACIÓN Verificación de aprendizajes	9. DESEMPEÑOS ESPERADOS Describa lo que espera observar como resultado del proceso de aprendizaje de sus estudiantes	10. EVALUACIÓN FORMATIVA Evidencie mecanismos de evaluación formativa para el logro de aprendizajes planteados y ejercicios o instrumentos para verificar aprendizajes	
4. DIARIO DE CAMPO <u>Reflexión:</u> Describa lo que sucedió en la ejecución			

Fuente: Elaboración propia.

milar al aceptado en los dos establecimientos educativos anteriores, pero con algunos cambios de forma, como se muestra en la Figura 2.

Además, durante el 2020, llegó el material educativo de Aprendamos Todos a Leer (ATAL) para los grados transición y primero a los establecimientos educativos focalizados por el PTA. Este material educativo, junto con el de Lenguaje *Entre textos*, favorece los procesos de alfabetización inicial, ya que cada uno tiene un enfoque en particular y se pueden aplicar de manera coordinada. Lo anterior, me llevó a proponer una articulación entre estos materiales educativos con mis productos de investigación de la Maestría en TIC, para generar una propuesta metodológica ecléctica que permitiera fortalecer los procesos de enseñanza-aprendizaje de la lectoescritura en el grado primero desde los textos como situaciones de aprendizaje. A partir del cuarto trimestre del año 2020, comenzó mi dirección de tesis de doctorado con enfoque en la alfabetización inicial en el grado primero, que aspiro a terminar a finales del 2021 o a comienzos siguiente año.

En conclusión, este recorrido profesional ha sido una situación de aprendizaje a lo largo de mi vida laboral. He logrado fortalecer mis conocimientos y proyecciones realizadas en la autoprogramación siguiendo los

diez principios del éxito de Og Mandino. Me siento orgulloso de narrar mis sucesos y aprendizajes en el trasiego de mi vida académica, laboral y personal, para visualizar que cada año trae consigo experiencias y aprendizajes que, si son bien canalizadas, se convierten en el motor de transformación de vida, como sucedió conmigo. Nunca olvidaré mis frases célebres “Deja huellas y serás recordado, pisa las huellas y serás olvidado” y “Dame una idea, y te pintaré un paisaje”, además de haber logrado enfocar me en los procesos alfabetizadores de grado primero, grado en donde se requieren más ideas y estrategias para alcanzar aprendizajes significativos en los estudiantes.





**QUERÍA ENSEÑAR,
PERO TAMBIÉN APRENDER**

Diego Alejandro Guerrero Rodríguez*

*Maestro de la Institución Educativa Rural Belisario Betancur Cuartas del municipio de Amagá. Correo electrónico: maestroalejandroguerrero@gmail.com

Resumen

A través de este texto se lee la vida de un educador en orden cronológico, desde sus inicios en preescolares hasta la rectoría que ocupa en la actualidad, pasando por su experiencia como docente y orientador escolar en diferentes instituciones y regiones del país. El relato de cada experiencia concluye con los principales aprendizajes que le brindaron estas como educador, y reflexiona sobre las principales características de cada contexto educativo, así como de cada rol docente.

Palabras clave

Experiencia, vocación, educación popular, emprendimiento.

La Corporación La Cometa

La primera vez que recibí ingresos por educar fue en la Corporación La Cometa, cuando aún estaba en la universidad. Siempre he pensado que mi mejor modelo de colegio ha sido la Corporación La Cometa, a pesar de que no era un colegio; así como pienso que mis mejores modelos de educadores han sido los educadores populares que fundaron y mantienen La Cometa. Allí supe qué era trabajar por la comunidad.

En La Cometa, participaba del Grupo Juvenil Unicornio y lideraba grupos del programa Clubes Infantiles y Juveniles del Instituto Colombiano de Bienestar Familiar. El propósito pedagógico en estos clubes era la formación en investigación para niños y jóvenes.

La política, la cultura, la reflexión, el debate, las actividades comunitarias, la toma de decisiones colectivas, el respeto y la vida puesta al servicio del otro, pensando siempre en el bienestar de la otra persona; ello era La Cometa. Un aprendizaje pedagógicamente relevante de ese tiempo en La Cometa fue la importancia de la organización comunitaria.

Tren al sur

Luego, trabajé como profesor de primaria en un colegio privado, el Colegio Pedagógico La Alborada. Antes de empezar como profesor en este colegio, ya asistía periódicamente como orientador escolar. Cuánta paciencia debe tener un maestro ante tanta expresión de energía infantil que busca manifestarse en los espacios y en la estructura educativa que les ofrecemos.

En los libros de primaria, me gustaba ver lo básico, lo fundamental, y, luego, enseñarlo. Somos seres vivos que, junto con otros seres, hacemos parte de una sociedad. La Mate-

mática se lee en el mundo, el Lenguaje construye nuestra realidad y, aún mejor, podemos transformarlo en nosotros.

Aquí hay otro espacio pedagógico que se derivaba de este trabajo. Iba en bicicleta en las mañanas desde el Barrio San Francisco en Ciudad Bolívar hasta el colegio en el Rincón de Suba, al otro lado de la ciudad; más de dos horas de recorrido. Esa distancia tenía una belleza, me permitía pasar por muy variados escenarios. Y, por supuesto, se convierte en tiempo para elucubraciones mentales y diálogo consigo mismo, para autoconstruirse, a veces con música y a veces orando. Me gusta esa imagen de mí mismo en ese tiempo, el profe de primaria yendo en bicicleta de madrugada hacia su primer trabajo formal como profesor, mientras que escucha en sus audífonos *Tren al sur*.

Un aprendizaje personalmente significativo como docente de primaria fue que la didáctica hace al maestro. Otro aprendizaje fue comprender que una cosa es ir como orientador a dar una charla de vez en cuando a un curso, y otra es estar cinco horas, todos los días, todo el año.

Emprendimiento

Luego, fui contratado como profesor de Emprendimiento y Estadística en bachillerato en un colegio privado de Bogotá, Colegio Mi Patria. Me gustaba hablarle a los jóvenes de

la curva normal, lo que ello nos decía sobre el ser humano y el lugar en el que estábamos nosotros. ¿En el medio o en alguno de los extremos? Relacionaba la curva normal con las ideas de *El hombre mediocre* de José Ingenieros.

Cómo no agradecerle al Colegio Mi Patria que haya permitido que mi primera experiencia educativa en bachillerato fuera con la asignatura de Emprendimiento, preciso cuando iniciaba una nueva vida familiar. Era una asignatura para enseñar, pero, sobre todo, para alimentar mi propio espíritu.

Se construyeron grandes amistades con quienes fueron mis estudiantes en ese tiempo, y con todos sigo en contacto. Esa experiencia de amistad es un gran aprendizaje y una gran vivencia para el docente y para el estudiante.

Ciudad Bolívar

Por fin, apareció la oportunidad de ser docente en el sector público a través de un concurso docente. Me convertí en profesor de bachillerato, a cargo de las áreas de Educación Ética y Valores y Educación Religiosa en la Institución Educativa Acacia II. Mi escenario laboral y existencial por muchos años sería la localidad de Ciudad Bolívar.

Mi mejor referencia al recordar esta experiencia docente son las subculturas que los estudiantes vivían: el

hip hop, el rastafarismo, el metal, el rock, el punk, el parkour, entre otros. Múltiples submundos creados, en buena medida, por la riqueza creativa juvenil. Aprendí no solo lo bello, sino también lo cuestionable de esos submundos.

Recuerdo con especial cariño dos procesos. El primero, el Elmer (Encuentro Local de Maestros de Ética y Religión), que organizamos con varios amigos docentes del colegio y de La Cometa, que ahora también eran docentes en Ciudad Bolívar. El segundo proceso que aprecio de ese tiempo fue el Lacha, un grupo de investigación educativa que fue apoyado por el IDEP (Instituto para la Investigación Educativa y el Desarrollo Pedagógico) y con el que alcanzamos a hacer una publicación de una investigación.

Fue también el tiempo de las reflexiones propias sobre los temas a los que, afortunadamente, las asignaturas me llevaban: ¿Qué enseñar y cómo enseñar Ética y Valores y Educación Religiosa?, ¿cómo hacerlo algo legítimamente correspondiente a mi manera de ser y de pensar? Quería hacer algo no solo para los estudiantes, sino también para mí. Un camino pedagógico que me gustara andar al tiempo que a los estudiantes. Así que hice mi propio pénsum de Ética y Valores y de Educación Religiosa. Creo que mi mayor logro, y que recoge mi experiencia como maestro de secundaria, ha sido ese plan de estudios.

Una idea-fuerza surge de esta experiencia, los planes de estudio que construyen los docentes son una de las obras cumbre de su arte de educar en una escuela.

El vallenato

Mis dos pequeños hijos empezaron a enfermar de los pulmones. Los edificios fríos del centro de Bogotá empeoraban su salud. Así que, una vez salió el concurso docente, la iniciativa obligada era: “buscaremos tierra caliente para que los niños terminen de ‘madurar’ sus pulmones”. Y es así como llego a ser orientador escolar en Santa Marta.

La mejor descripción que podría hacer del clima laboral y de la cultura en Santa Marta es la del carnaval. No es sino iniciar el año académico y se empieza a sentir el Carnavalito, el evento escolar que antecede al Carnaval de Barranquilla, que es de toda la costa. Esa asociación psicológica es clave. Iniciar el año escolar es iniciar el carnaval. La risa, el chiste, el canto, la música, los colores, la ligereza de la ropa, la mamadera de gallo, el calor, el mar, el baile. Esa es la cultural del contexto educativo samario que viví.

No exagero al decir que una de mis primeras experiencias educativas significativas en la Institución Educativa Edgardo Vives Campo fue ayudar a cuidar el restaurante escolar todos los días. Cuántas posibilidades educativas

tiene el restaurante escolar, y cuántos aprendizajes para el maestro que se involucra en ese proceso. Recuerdo con cariño que, vigilando la entrada de los estudiantes que ingresaban en fila al restaurante, me acostumbré a saludarlos y ellos a responderme así:

Yo: “Se lavan las...”. Estudiante: “manos”.

Yo: “Se comen...”. Estudiante: “todo”.

Yo: “Y dicen...”. Estudiante: “gracias”

Y ahí sí los dejaba ingresar. Un bonito ritual diario que me gustaba hacer y que ellos repetían a gusto, como si fuera parte de una ronda. Fue una gran experiencia el trabajar con estudiantes ciegos y con problemas de aprendizaje. Aprendíamos mucho mutuamente. Alguna vez hablamos sobre el amor, ¿cómo se enamora un ciego?

Ese rol como orientador también me permitió trabajar en otros colegios privados y acercarme a ejercer algunas funciones directivas. Tener dos o más trabajos al tiempo es una experiencia agotadora que algunos docentes asumen, a veces, por muchos años o incluso por toda su vida laboral. Para mí, fueron importantes estos trabajos paralelos para poder seguir avanzando.

La cercanía con las culturas indígenas de la Sierra Nevada de Santa Marta nos permitió organizar el primer y segundo

Encuentro Distrital de Estudiantes Indígenas. Cuánta importancia tiene escuchar los mensajes de los Koguis, Wiwas, Arhuacos y, en general, de las culturas ancestrales. Cuánto les debemos por ser los guardianes de la Tierra y de su Corazón.

Un evento significativo para mí fue dar la conferencia “Maestros pioneros de una nueva humanidad”. Esta fue la primera conferencia dada en el que era el nuevo auditorio de la Cooperativa de Educadores del Magdalena. Por fortuna, la conferencia coincidió con la celebración de los cincuenta años de la Marcha del hambre, un hito de la historia sindical y magisterial colombiana, a la que quisimos hacer homenaje con la conferencia.

Un trabajo que me quedó pendiente como orientador fue construir el “Maletín del orientador”. Lo pensaba como un *pull* completo de herramientas sicoeducativas, esenciales para cualquier orientador escolar. Principalmente, pensaba en herramientas sicométricas, proyectivas, formatos y rutas de acción para tan diversas problemáticas que un orientador debe resolver.

En Santa Marta, aprendí la importancia de un buen ambiente y unas buenas relaciones entre los docentes. Ese buen ambiente genera el deseo de estar en la escuela, muy importante para la calidad de vida del docente y para la calidad de la educación.

La tierra de la trova y la música parrandera

El Suroeste antioqueño, municipio de Amagá. La tierra de los Omogaes y también la tierra de la música parrandera. Nos acercamos de nuevo a la zona andina con un rol educativo diferente. Me posesiono como rector en la Institución Educativa Luis Carlos Parra Molina en la vereda La Ferrería. La llegada a las montañas del Suroeste antioqueño, donde la música de parranda nace, donde la trova permea todo acto cultural y madrugan los arrieros junto con los estudiantes; tierra de mineros... Amagá, la mejor arcilla del país.

Una institución que tiene como auditorio el Centro Histórico y Cultural La Ferrería, primera siderúrgica de Antioquia en la que se forjaron herramientas para que el antioqueño se abriera paso por la montaña, así como para construir el Ferrocarril de Antioquia. Iba con la idea de que me encontraría con una cultura reconocida como pujante, echada pa'lante, emprendedora, trabajadora. Y así, efectivamente, la encontré.

Un municipio al que quisimos desde la primera vez: sus calles, sus casas, su biblioteca, el Hogar Juvenil Campesino y Minero Cultivarte, sus montañas, sus tiendas, sus motorrones, sus jeeps, su comida, el acento paisa, la bandeja paisa, el guarapo, la destreza lingüística, su sinceridad, el café, el territorio campesino, su historia, su cultura... un

mundo de una gran riqueza cultural. Esta cultura enmarcó mi proceso individual de adaptación a los roles de docente orientador y de rector de una institución educativa rural.

Resalto con especial cariño los convites, la mejor muestra de trabajo comunitario que haya visto. Reunida la comunidad por iniciativa de alguno, guadañan la escuela, la pintan, la asean. Esto hace que sean comunidades que se funden como miembros vivos de la vida institucional porque participan, colaboran, se organizan. Demuestran con sus actos lo que también dicen con sus palabras: quieren a su escuela.

Me gustaba levantarme en las mañanas y enviarle un saludo a la comunidad a través de la emisora La Voz de Amagá, dirigida por mi amigo, Alfredo Martínez. El encuentro con el increíble asesor pedagógico que era el director de núcleo, Francisco Marroquín, tuvo un impacto gigante en mi ser como educador y como rector. No hubiera podido la vida darme mejor guía como rector en el momento en que empezaba a aprender a ser directivo; educar en la ruralidad, con las bellezas y los retos de la educación rural. En la ruralidad, estudiantes, acudientes y docentes deben ser considerados héroes.

La fusión

La noticia que se rumoraba en el ambiente educativo de Amagá a mediados del año 2019, finalmente, se anuncia como cierta. No es una noticia menor: para el año 2020 nacerá un nuevo colegio en el municipio.

El nacimiento de esta institución en el año 2020 se dará por la fusión de las tres sedes de la Institución Educativa Luis Carlos Parra Molina y la sede Maní de las Casas de la Institución Educativa San Fernando. En el 2020 deberíamos construir en comunidad los procesos académicos, administrativos y convivenciales, además de construir un Proyecto Educativo Institucional (PEI).

¿Y cómo nos llamaríamos? El nombre estaba cantado. En diciembre de 2018, meses antes de iniciar el proceso de fusión de las sedes que generarían el nuevo colegio, muere el amagaseño más ilustre, el hijo de arrieros que llegó a la Presidencia de la República, el presidente poeta, Belisario Betancur Cuartas.

Iniciamos el 2020 con la mirada puesta en construir una nueva institución educativa rural, reconociendo el gigante que fue Belisario Betancur, y pensando en el PEI, los símbolos, la organización académica y administrativa. Pero una pandemia nos sorprende apenas a ocho

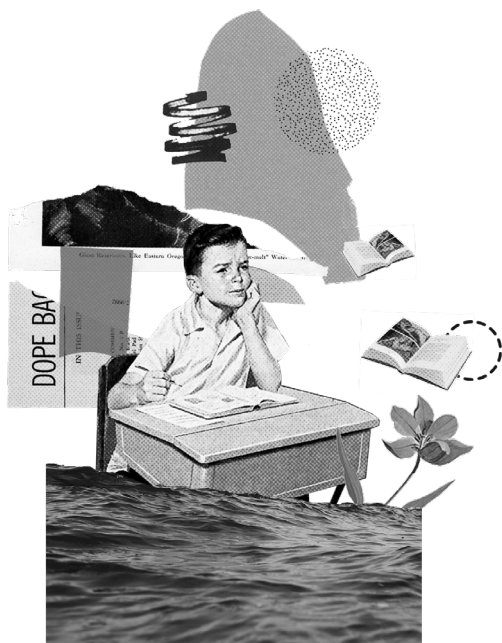


semanas de haber empezado todo ello. Un virus que nos manda a crear procesos educativos a distancia, en confinamiento en casa. Una experiencia inaudita que, así como ha sido de individual, también ha sido de colectiva.

El 2020 ha sido la experiencia de iniciar un nuevo colegio, al mismo tiempo que se responde a las circunstancias educativas no presenciales. Yo podría resumir esta experiencia en una idea: trabajo en equipo.

Aquí y ahora

Mirando hacia atrás, creo que hay un principio que he intencionado y he buscado siempre mantener desde mis inicios como educador hasta el día de hoy: gozarme la experiencia educativa. Ese gozo solo puede hacerse en el aquí y en el ahora.



CONTRA VIENTOS Y MAREAS

Adela de Jesús Jaramillo Aguilar*

*Maestra del Centro Educativo Rural San Juan sede El Diluvio del municipio de San Roque. Correo electrónico: jaramilloaguilara@gmail.com

Resumen

La vocación es el motor que me impulsó a superar tantas dificultades a lo largo de mi existencia, pues con ella llegan el amor por lo que se hace, la responsabilidad, la dedicación y el esmero en el cumplimiento de mis deberes. De ahí que, a cada instante de mi vida, tenga presente aquella frase célebre que me enseñó mi profesora de primaria: “querer es poder”. A raíz de mi vocación para ser maestra, logré superar las tantas dificultades con las que transcurrió mi niñez. Ese querer alcanzar mi superación fue lo que me hizo luchar contra todo lo que llegara, pero, gracias a Dios, experimenté y confirmé mi verdadera vocación. De ahí, surgió llamar a mi publicación “Contra vientos y mareas”. Hoy, con mis veinticuatro años de servicio a la comunidad de El Diluvio, doy infinitas gracias a Dios por que fue allí donde corroboré mi verdadera vocación.

Palabras clave

Vocación, superación, amor, entrega, dedicación.

Cuando era una pequeña, conmovida por la vocación de ser maestra, pasé mi niñez jugando a la escuelita. Desde entonces, brotaban desde mis adentros esas ansias de llegar a ser maestra. Pero, para mí, no era más que un sueño difícil de alcanzar. Mis sueños eran inútiles y mis padres, de escasos recursos económicos, a lo que se sumaba la enfermedad de mi madre, que no me permitía correr a la escuela de la vereda. Mis sueños solo se cumplían cuando se me daba la oportunidad de jugar a la escuelita. Recuerdo el tablero, una caja de cartón y la tiza —un carbón—, pero así yo era feliz.

Un día de 1968, cuando cumplía tan solo seis años, mi madre viajó por cosas del destino... sí... Dios me la quitó. Cada día se alejaban más y más mi deseo y mi vocación. Aun así, mi vida continuó con mi padre, a quien la educación poco le importó. Ya ni con los niños me dejaba jugar. Lo importante para él era trabajar y trabajar, cuidar cerdos, recoger leña y caña, subir el agua para lavar café, entre muchas otras faenas propias de la gente campesina.

Un año después, un ángel encontré. Sí. Encontré a una mujer dulce, tierna y luchadora. Era esa maestra de campo, maestra de vocación, y, por cosas del destino, a su casa me llevó. A ella la llevo en mi corazón, ¿saben por qué?, porque fue ella quien me enseñó las primeras letras, los números y el amor, el amor por lo que se hace sin importar la condición. Todas las tardes me llevaba al comedor de su casa y,

después de darme una cena, me explicaba sin compasión, no importaba si era tarde o si ya había cumplido su misión, lo importante para ella era cosechar mi vocación. Así pasó el tiempo y de quinto me sacó.

Estaba motivada para seguir mi educación, pero, de un momento a otro, una noticia corrió. Sí. La maestra se trasladó y desde ahí mi vida cambió. Ya no vivía en el campo, a la ciudad una tía me llevó y, desde entonces, otra historia comenzó. Corría el año de 1972. Recuerdo de aquella época los regaños y las pelotas que a diario me gané por no saber hacer oficios como lavar y barrer. Allí, de todo se hablaba, menos de mi educación; seguía mi vida como un barco sin timón, sin saber qué pasaría con mi vocación. Cada día que pasaba era más mi desilusión, nadie me ayudaba a buscar la solución. Mientras tanto, los días pasaban y perdía mi ilusión.

Años más tarde, regresé a mi pueblo natal, allí de donde me habían sacado en contra de mi voluntad. Fue entonces cuando llegué a trabajar como empleada doméstica al casco urbano de mi pueblo en casa de la señora que se desempeñaba como secretaria de uno de los colegios del pueblo. Fuera de hacer los oficios de la casa, ayudaba a los niños vecinos en sus tareas, les hacía carteleros, les escribía versos y resúmenes, entre muchas otras tareas asignadas por la institución. Yo soñaba con ser maestra, pero estaba cada vez más lejos de cumplirse ese sueño y lograr mi superación.

En un día cualquiera, llevando el desayuno de mi patrona al colegio, ella me relacionó con la psicóloga de esa época, quien, a menudo, me interrogaba: ¿Estudias? ¿Hasta qué año estudiaste? ¿Por qué no estudias-te? Y, después de responderle y contarle toda la historia de mi vida, me preguntó, ¿quieres estudiar? La verdad, titubeé, pues mi edad era ya avanzada, creí que no me recibirían en el colegio. Sin embargo, en ese instante retomé mi vocación y mi tan anhelado sueño.

Fue así como inicié mis estudios secundarios en 1982 con muchos temores y miedos. Sin embargo, la oportunidad no desprecié. En un momento creí no ser capaz de responder por mis labores de casa y del colegio también. De esta experiencia aprendí que cuando las cosas se quieren lograr, sacrificios hay que afrontar.

Llegué entonces a la Institución Educativa Rogelio Ruiz Pérez del municipio de San Roque para una entrevista con la coordinadora académica de la época, momento que nunca olvido por las palabras que ella pronunció: “uno no atiende a dos señores”, “¿es usted capaz de atender a su trabajo y a las obligaciones de estudiante?”, “aquí no se viene a jugar”, sin embargo, sin pensarlo, le contesté: “si me dan la oportunidad, les demostraré que soy capaz de eso y también de mucho más”.

Días después, fijaron los cupos asignados para el ingreso al colegio, pero corrí con tan mala suerte que allí no pasé. Seguí en mis quehaceres, pero siempre ilusionada con poder iniciar mis estudios secundarios. Me dirigí a la psicóloga, le expliqué lo que me había pasado en la entrevista con la coordinadora académica y me dijo: “sí, ella me habló a mí personalmente, además, te notó la discapacidad en tu mano izquierda y argumentó, ‘cómo se va a defender en una escuela si prácticamente tiene solo una mano, se imagina una clase de Educación Física’”, esas fueron las palabras que le expresó la coordinadora a la psicóloga cuando ella quiso ayudarme. Pero esto no terminó aquí. Continué insistiendo. Cada vez más, sentía pasar por mi mente y mi cuerpo esos deseos de ser maestra y de demostrarle al mundo de lo que se es capaz cuando se quiere. Así que, después de todo, me llamaron del colegio, un ángel intercedió por mí y fue entonces cuando me notificaron del ingreso. Una puerta se abrió, una nueva ilusión brilló en mi mente y se removieron de nuevo mis juegos de niña y las ganas de ser maestra.

Desde entonces, soñaba con que, el día en que fuera maestra en una escuela de campo, sería la mejor maestra, dedicada, responsable, solidaria, entusiasta y, sobre todo, entregada a mis obligaciones, no solo con los niños, sino también con la comunidad. Entre tanto, mis deseos y mis ganas de servir a la comunidad me empujaban a ser cada día mejor.

Así fue como inicié mis estudios secundarios en el año 1982, con muchos temores, pues habían pasado ya doce años de haber terminado mi primaria. Además, mi edad era ya avanzada para entrar a compartir con compañeros de edades entre once a catorce años, pero el apoyo de los maestros y las demás personas fue incondicional. Con el pasar de los días, afianzaba más y más mi vocación de ser maestra. Movida por esa ilusión, me volví una mujer incansable, hice mis quehaceres como empleada doméstica y cumplí los deberes como estudiante.

Había algo que me empujaba a no desfallecer, por el contrario, cada día y cada año que pasaba me llenaba de ilusión y de grandes satisfacciones por el deber cumplido. Mis desempeños demostraban que el querer es poder. No fue fácil, pero mi vocación era única, fue ella el motor para mi verdadera superación.

Transcurrieron seis años de estudios secundarios, años en los que se me dio la oportunidad para demostrar de lo que se es capaz cuando hay una vocación de verdad. En 1988, culminé mis estudios en el Liceo Rogelio Ruiz Pérez del municipio de San Roque, Antioquia, y se me otorgó el título de Bachiller Pedagógico. Con este, se abre una nueva historia en mi vida.

Inicié mi experiencia docente entre los años 1989 y 1991, cubriendo licencias de maternidad en el mismo municipio. En el año 1992 inicio en la Escuela Rural El Táchira en contrato con el municipio, tiempo en el cual presenté el concurso para ingresar a la planta docente de la nación. El 15 de mayo de 1994 se me notificó mi primer nombramiento para la Escuela Rural Policarpa Salavarrieta, que solo tenía dos aulas de clase sin energía eléctrica ni servicio de agua, y estaba ubicada en la vereda El Iris del municipio de San Roque. Me posesioné el 25 de julio del mismo año. Son momentos difíciles de olvidar, entré a debatir con grupos al margen de la ley. Son historias que marcaron mi existir. Pero, aun así, viví hermosas experiencias con niños y padres de familia, buenas y malas, que aún llevo en mi corazón.

De allí, recuerdo con aprecio esas caras alegres, humildes y sencillas de su gente campesina, cada minuto, cada hora, cada día, cada mes y cada año los viví con un profundo amor por lo que hago. De ahí en adelante, me convencí más y más de que “quien ama lo que hace, lo hace bien, lucha y supera dificultades”. Una de las dificultades más grandes en esta primera experiencia fue el no haber podido vivir en la misma vereda a causa de las discordias entre sus mismos habitantes. Allí solo existía una familia con los servicios básicos en su vivienda, lugar donde llegué a hospedarme, pero aquella familia no era compatible con las demás. Desde entonces, empezaron los llamados de atención por parte

del grupo al margen de la ley que operaba en la zona: “profe, esa casa no le conviene, retírese de ahí”, una, dos, tres y cuatro veces, “profe, ya no le decimos más, si no se retira, no respondemos por lo que le pueda pasar”, palabras textuales de quienes trabajaban en dichos grupos.

Septiembre de 1994. Ya no fui capaz de más. Le conté a mi esposo, que en paz descanse, y me respondió: “usted verá, o si quiere renuncie”. Recuerdo aquella tarde cuando él y yo platicábamos al respecto. La nostalgia me embargó, no sostuve mis lágrimas, fue un momento difícil para mí, sobre todo, por la decisión que debía tomar en ese instante. Por un momento, mi vocación se derrumbó entre miedos y angustias, así pasé todo un fin de semana. De regreso a la escuela, y sin saber qué me podría pasar, mi voluntad y vocación fueron enormes. Cada vez aseguraba más y más el querer ser maestra. De repente, llegó mi esposo a acompañarme y a ver cómo me podía ayudar a solucionar tan difícil situación, después de que, de muchas maneras, me hablaba y de mí no escuchaba respuesta para un retroceso en mi proyecto de vida. A él se le ocurrió llegar a la vereda vecina, El Diluvio, y allí, una vivienda me consiguió.

Caminaba bajo la lluvia, bajo el sol, bajo la luz o bajo la oscuridad los sesenta minutos que tardaba en llegar de la casa al trabajo, pero, cada minuto, cada hora y cada día, sentía más amor por mi profesión. No tardó mu-

cho tiempo, veintidós meses, en encontrar la verdadera solución. Quince días después de pasarme a vivir a la vereda El Diluvio, hombres mal intencionados y rencorosos apagaron la vida del padre de esa familia que con tanto amor me acogió.

En 1996, llegué a la vereda con mi hijo de brazos, y, ¡qué milagro!, la jefe de núcleo de la época me visitó con personal de la administración municipal para corroborar las principales necesidades de la sede que días antes se habían solicitado. ¿Saben?, eso fue una bendición, pues, al ver las incomodidades de estar allí con un niño recién nacido, una permuta me ofreció. Sin pensarlo y sin saber para dónde, dije sí. Aunque llevaba tan poco tiempo allí y no había alcanzado las metas propuestas en esta vereda, como era el solicitar la construcción del apartamento, el parcheo para la escuela y algunas casas vecinas y la consecución del agua para la escuela, no lo dudé.

Inició una nueva etapa en mi historia laboral. Adelantaron trámites para la permuta hacia la Escuela Rural El Diluvio. Pasaron veinte días, se firmó el traslado y el 28 de mayo de 1996 ingresé a la vereda El Diluvio. No fue fácil el cambio. Era una comunidad grande con ciento cinco estudiantes y cuarenta y ocho madres de familia y acudientes, en su mayoría analfabetas, y solo dos docentes. Gente difícil con ideas y genios diferentes. Cada vez se tornaba más com-

plicado mi entorno laboral. Sin embargo, con empatía y ganas de hacer bien mi trabajo, fui cambiando, poco a poco, las mentalidades e ideologías de su gente.

El 17 de junio de 1996 llegaron a la región las autodefensas, queriendo acabar con todos aquellos supuestos colaboradores de la guerrilla. ¡Qué horror! El 19 de junio asesinaron a mi esposo, dejando huérfana a una criatura de tan solo cinco meses de nacido, ¡oh, Dios! Los momentos más traumáticos de mi vida empezaron a transcurrir, pero aún seguía firme mi vocación, y mi deseo de superación era cada vez mayor. Ya solo rondaban por mi mente dos motivos para vivir: la crianza de mi hijo y la culminación de mi vocación. Siempre cosechaba la ilusión de hacer historia y dejar historia en mi sitio de trabajo. Historias, lágrimas, miedos y temores... muchos, pero a Dios gracias doy por acompañarme y brindarme su mano cada que lo necesito.

Continuó mi historia cuando una de las tantas madres de familia quiso hacerme la vida imposible y, como yo siempre digo, “uno no es hueso gustador de todo el mundo”. Sin motivo y sin razón, hizo demandas en la inspección de policía, la personería municipal, el juzgado y, finalmente, se apoyó de las autodefensas con el único propósito de desplazarme de la vereda. Estos momentos me sirvieron para afianzar mis ganas de hacer

las cosas bien, convencida de que cuando uno hace las cosas con transparencia, dedicación y responsabilidad, la única defensa es la misma comunidad.

Cada vez, mi esfuerzo era mayor y en agosto de 2005 se reunió la comunidad en pleno con la presencia de la personera municipal y el inspector de policía, con el único objetivo de aclarar los hechos ante la comunidad. Inició la reunión la personera, exponiendo el caso y expresando que ese era el único objetivo de su presencia en la vereda, para lo cual pidió mucha discreción y que lo que se dijera fuera claro y conciso. Yo dije: “doctora, yo no tengo problema en empacar e irme de acá, siempre y cuando se compruebe que el problema soy yo, y es la comunidad quien habla. No considero pertinente perjudicar a toda una comunidad por una o dos personas”. Y agregué, “si la mitad más uno de los acá presentes está de acuerdo con mi retiro, tarde será mañana para salir de acá”.

Habla la comunidad

Nuestra educadora es una persona con gran capacidad de liderazgo, responsable, puntual y dedicada a su trabajo, con gran sentido de pertenencia y amor por lo que hace, además de su espíritu noble y desinteresado de servicio a la comunidad, aspectos que, de una u otra manera, han repercutido notablemente

en el cambio de las relaciones interpersonales entre la comunidad educativa hasta llegar a posesionarse como la mejor líder dentro de nuestra comunidad. Su carisma, alegría, responsabilidad, respeto y entrega han hecho que se gane el aprecio de todos nosotros, por lo que no vemos motivos ni razones para que sea trasladada a otro lugar. De cuarenta y ocho padres de familia, solo una quiere hacerle la vida imposible, valiéndose de calumnias y falsos testimonios.

Su gran vocación le ha facilitado su labor, sin importar su jornada de trabajo. Es un ser incansable que dedica su tiempo a la comunidad en grupos como la Junta de Acción Comunal, el grupo de la tercera edad, el grupo Asprodi (Asociación de Proyectos Diluvianos), conformado por padres de familia con miras a trabajar la huerta escolar y la avicultura para el mejoramiento del restaurante escolar. Por esto y por muchas otras cosas más, nos oponemos al traslado de la docente.

Una vez más, me sentí feliz al ver el total respaldo brindado por la comunidad en ese instante, motivo que auguró la importancia de actuar con responsabilidad y transparencia, de amar lo que se hace y de hacerlo bien. Son los hechos los que hablan. Entre tanto, siguió mi devenir al afrontar grandes retos en mi trabajo. Pero esto no terminó aquí.

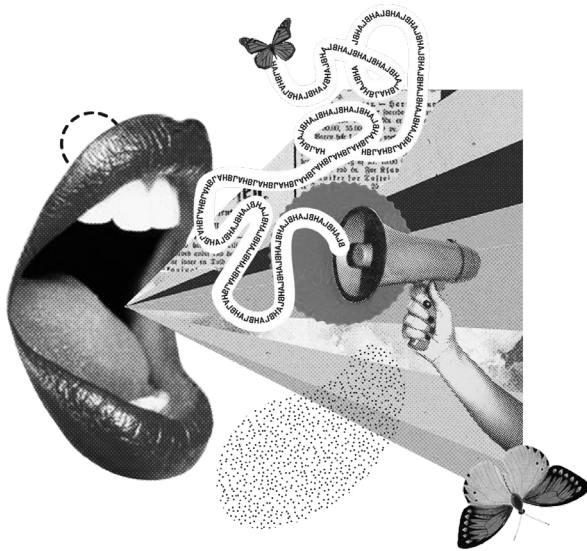
Continuó la intriga con personas pertenecientes a las autodefensas. Sin embargo, mi tranquilidad era enorme, no tenía motivos para que me judicializaran. Entre tanto, la sede fue fusionada con la Institución Educativa Rural Cristales y desde allí empecé a recibir la visita del rector, en compañía de la policía, a cualquier hora, en busca de corroborar las quejas expuestas por la señora en mi contra. Sin embargo, no encontraban motivos para clausurarme, cada vez me sentía más aferrada a mis quehaceres y al cumplimiento de mis deberes como docente.

La comunidad, en su setenta por ciento, no conocía de letras, por lo que se volvían apáticos a ayudar en las tareas de sus hijos. También, su mentalidad era una en que educar correspondía solo a los maestros... la típica frase, “para eso les pagan, si fuera para nosotros enseñarles, no los mandábamos a la escuela”. Esto me inspiró a iniciar el proyecto de alfabetización con adultos (padres, madres y acudientes), en el que participaron con entusiasmo. Sin importar horarios, allí asistían. Con ellos se trabajaban los temas vistos con los estudiantes. Para mí fue la mejor experiencia y sentí satisfacción al ver una comunidad integrada a las actividades de la escuela, el apoyo recibido en las actividades programadas y la ayuda a los estudiantes en sus tareas.

Sentí una gran satisfacción y orgullo el 29 de mayo de 2008 cuando se me postuló, por parte del Consejo Directivo de la Institución Educativa Rural Cristales, a representarlos en la ceremonia de exaltación “Maestros por la excelencia” en el Teatro Metropolitano de la ciudad de Medellín. Fue un motivo más para sentirme realizada en mi labor docente.

Un año más tarde, se me postuló nuevamente por parte de la Institución Educativa Rural Cristales al programa “Maestros de corazón”, en el cual se hizo un reconocimiento a mi labor docente por parte de la Secretaría de Educación para la Cultura de Antioquia. Mediante la Resolución 009846 de mayo 18 de 2009 se me otorgó el “Premio a los mejores maestros”. Así, continuó mi razón de ser maestra, maestra de verdad, este y muchos otros reconocimientos por parte de la administración municipal y de la comunidad me hacían enamorar cada vez más de mi profesión, profesión que nace desde mi corazón. Cada día crece más mi vocación y el deseo de hacer de mi trabajo una fiesta. Cada vez me siento más orgullosa de mi trabajo, aunque haya pasado momentos de grandes dificultades, no dejé de hacer las cosas bien. Por el contrario, ello me sirvió para afianzar mi verdadera vocación.

Mi experiencia laboral vivida hasta hoy, con los bue-



PALABRAS VITALES

para cambios reales

Diana María Jaramillo Gómez*

*Maestra de la Institución Educativa Nuestra Señora del Pilar del municipio de Guatapé. Correo electrónico: docenteamigo14@gmail.com

Resumen

La palabra es, sin lugar a dudas, una herramienta poderosa para aprender, enseñar, generar acciones y provocar cambios. Cobra un papel protagónico en el contexto educativo y “no puede ser un mero instrumento al servicio de la transmisión de saberes, valores y normas, sin descubrir que es el factor clave en el proceso de educación y humanización” (Urgilés, 2016, p. 221). Es a través de ella que realizamos nuestra labor de enseñanza-aprendizaje. En consecuencia, lo dicho y lo no-dicho incidirán tanto en la forma en la que nuestros estudiantes aprenden un saber específico como en su motivación para aprenderlo, en la optimización de los procesos de aprendizaje, en el clima escolar, y, más importante aún, en cómo se proyectan en la vida, es decir, cómo aquello que decimos y la forma en la que lo expresamos en el aula impacta positiva o negativamente la construcción del proyecto de vida del niño-joven.

Palabras clave

Palabra, maestro, aula, enseñanza-aprendizaje, transformación.

Ser maestro es ante todo aportarle a la vida, ver la esencia y sus fines
Juan Mosquera Restrepo

Dice el evangelio de San Juan que “en el principio la Palabra existía, la Palabra estaba con Dios y la Palabra era un dios” (Reina Valera, 1969, Juan 1:1). No cabe duda de que estas líneas ponen de manifiesto que el mundo se funda a través de la palabra, y, si esta es dios, entonces crea. Y es que, ciertamente, la palabra es nuestro principio y fin. Antes de pertenecer a este plano, fuimos la palabra “hijo” de algún hombre solitario que añoraba una familia. Luego vino el nombre, ese que cargamos de historias que no son más que palabras que se van quedando en la memoria y que salen de allí hechas ficción para mostrar lo que somos o creemos ser.

Todos nos conocemos a través de las palabras. Ellas son las mediadoras de todo acto comunicativo humano. Son nuestras compañeras permanentes, incluso, en la soledad. Van de boca en boca, se sientan en todas partes, son diminutos cuerpos sonoros que se deslizan en el chat, que se immortalizan en los libros y que protestan en las calles. Son partículas vivas y versátiles que median, atacan, sosiegan, irritan, ocultan, descubren, pero, sobre todo, posibilitan. Esta última cualidad de las palabras es, quizás, la más imperativa en el aula. Todo lo que

decimos en ese espacio sagrado del conocimiento deja ecos infinitos en nuestros estudiantes, así que lo que se escapa de nuestra boca puede ayudar a transformar los sueños en realidades o, por el contrario, ser como estocadas de una espada que hiere y desangra la quimera.

En este orden de ideas, las palabras y el discurso en el contexto educativo en sí cobra un papel protagónico, al ser este el medio por el cual realizamos nuestra labor de enseñanza-aprendizaje. En consecuencia, lo dicho y lo no-dicho incidirán tanto en la forma en la que nuestros estudiantes aprenden un saber específico como en su motivación para aprenderlo, en la optimización de los procesos de aprendizaje, en el clima escolar, y, más importante aún, en cómo se proyectan en la vida; es decir, cómo aquello que decimos y la forma en la que lo expresamos en el aula impacta positiva o negativamente la construcción del proyecto de vida del niño-joven.

Ciertamente, esa relación con el conocimiento del mundo y el modo en que el maestro lo asocia con él le va a indicar en qué creer, a qué aspirar y hasta dónde puede llegar, a propósito de su condición social, económica y cultural. En efecto, la experiencia me ha ratificado que nuestro “poder” en el salón de clases va más allá de cumplir un rol formativo en el que priman las competencias académicas (saber y saber hacer) y un currículo que, en

muchas ocasiones, desconoce el ser y, con ello, sus necesidades emocionales o, sencillamente, omite la ilusión que se alberga en el corazón de nuestros chicos.

Precisamente, tras ocho años de servicio en el sector privado, llegué a una comunidad rural ubicada en Marinilla en el Oriente antioqueño para dar mis clases magistrales de Español en Básica Secundaria y Media. Sabía que sería una experiencia completamente distinta. Venía de Medellín, acostumbrada a instituciones grandes, dotadas de todo recurso educativo y en las que las prioridades eran la academia y trabajar por conseguir uno de los mejores resultados en el ranking de pruebas Saber 11, a propósito, bastante útiles como estrategia publicitaria.

Puedo decir que la mayoría de los estudiantes con los que tuve la oportunidad de compartir ya tenían un proyecto de vida “armado” por sus padres. Económicamente, no tenían carencias y la educación universitaria no era una posibilidad lejana, por el contrario, era inherente a su proceso formativo que culminaba con alguna pasantía en el exterior para fortalecer sus competencias académicas y sus vínculos sociales propios de un contexto privilegiado.

En contraste, me vi llegar a una institución pequeña en la que era difícil pasar desapercibida. No olvido que, al

ingresar, no solo yo me encontraba expectante a lo que encontraría allí, sino que me rodeaban cientos de ojos inquietos que seguían mis movimientos y que especulaban sobre mi edad, mi forma de ser y mi origen.

Mi presentación contó con receptores atentos, en quienes podía percibir curiosidad y unos deseos vehementes por lanzarme las preguntas que ya cavilaban en sus cabezas. Recuerdo que mi primer encuentro se vio atravesado por una de ellas, posiblemente, una de las menos esperadas en mi carrera docente, pues cuestionaba toda mi función y dislocaba mi concepción sobre ser maestra: “profe, ¿usted qué viene a hacer aquí?”. Pensé que era claro que, al ser docente de Lengua Castellana, iba a darles las herramientas para aprender a leer comprensivamente y para escribir con un propósito claro. Pero la pregunta precisaba una respuesta más profunda. Brahiam, un estudiante de séptimo de catorce años, repitente y en quien pesaba una hoja de vida llena de faltas disciplinarias, la esperaba.

Ahí estaban, cuatro palabras que me interrogaban y que en ese momento me descomponían y me exigían pensar una buena respuesta y no una ridiculización o un “usted si pregunta bobadas” para salirle al paso. Después de sonreírle, caminé directo hacia mi puesto. Él me siguió como si fuera tras las pistas que lo llevarían a resolver

un caso. Esperando que le revelara mi propósito, lo miré y le dije: “a cambiarles la vida”, pero me sorprendió, aún más, su réplica: “eso dicen todos”. Los demás estudiantes del salón, atentos a lo que sucedía, no vacilaron en acompañar dicha respuesta con un “¡Uy!”, exclamación usual en el ámbito escolar que en aquel momento declaraba el primer nocaut del *round*. Acepté mi derrota momentánea, pero me di cuenta de que debía prepararme para cambiar esa percepción incrédula. Durante cuatro años fui su profesora de Español, su directora de grupo y su principal admiradora.

No fue nada fácil. Al principio, me sentía desorientada para trabajar con estos nuevos estudiantes en los que muchos, incluso otros profes, no veían más que los futuros obreros o las operarias de máquina plana que trabajarían arduamente por la recompensa de un salario mínimo. Su destino estaba cruelmente fijado en repetir la historia de sus familias, cuya protagonista era la pobreza en doble vía. Su interés por la vida académica era mínimo, sus necesidades económicas en casa los llevaban a la búsqueda constante del rebusque para suplir alguna carencia. Ya se habían acostumbrado a las palabras que cantaban el dolor y les reforzaban su infortunado devenir. Algunos solo se dedicaban a dibujar en clase, otros manifestaban su desgano recostados en la silla, y los pocos que querían estudiar se sentían en el lugar equivocado.

Luchar con ello no era sencillo, pero me exigía repensar mi práctica y actuar diferente. Así que me di a la tarea y principié cambiando la metodología, no solo en la forma de dar la clase sino también en la forma de relacionarme con ellos. Entonces, comenzaron a ser parte de mis clases las palabras mágicas. Les llamé mágicas al inicio, luego fueron las palabras vitales y, en mis reflexiones pedagógicas, iba registrando mis propios cambios y lo que ganaba con ellos. El reclamo por no participar en las actividades de clase lo cambié por un “vamos a hacerlo juntos”; la respuesta contestataria: “¿Cómo así que no sabe eso?” se convirtió en “para eso estamos en la escuela, para aprender lo que no sabemos”; la expresión “a usted no le gusta hacer nada”, por un “sí eres capaz de hacerlo”, y leer en voz alta pasó a ser el ritual más gratificante.

A partir de allí, se despertó un interés genuino por descubrir el libro que tocaría nuestras mentes. Cada pieza literaria llegó a ser el motor de las clases de Español, y, el portafolio literario, la evidencia de un aprendizaje significativo en donde yo podía comprobar sus avances en los procesos de lectoescritura propios de mi asignatura. Aprendieron a aplicar las estrategias de lectura y comenzaron a reclamar con autoridad las actividades previas a cualquier historia para hacer las predicciones concernientes al nuevo universo que nos convocaba. Trémulamente, comenzaron a representar algún personaje mientras practicábamos la lectura a voces, cada cla-

se era la oportunidad para fabular, para adentrarnos en esa fragilidad humana que es objeto de la literatura. Las pasiones y derrotas de los protagonistas despertaban en mis estudiantes empatía, y no tardaban en expresar su indignación o su sorpresa ante algún final inesperado.

Así fue como empezaron a forjar un criterio frente a la vida, a entender un poco más sobre el porqué de muchas realidades y a plasmar sus inquietudes y puntos de vista en el ejercicio complejo de la escritura. Cabe mencionar que el dibujo también comenzó a ser una forma de manifestarlo.

El tiempo pasó y, a la vuelta de cuatro años, estaba al frente del mismo grupo, pero no de las mismas personalidades que me recibieron en mi primer día. Ya no eran los niños desinteresados y echados a cualquier suerte. Las palabras vitales habían surtido efecto, y ellos mismos se demostraron que “no hay soñador pequeño ni sueños demasiado grandes”. Esa generación del grado once de 2019 de la Institución Educativa Rural Francisco Manzueto de Marinilla marcó mi camino en esta profesión. Fui bastante presuntuosa en decir que había llegado para cambiarles la vida, pues, realmente, fueron ellos quienes me cambiaron a mí como maestra y como persona.

Aprendí a hacer en contexto, a comprender los intereses de mis estudiantes, a ponerles metas en función de esos de-

seos, a salirme de la zona de confort y a creer plenamente en el poder que tienen nuestras palabras dentro de la práctica pedagógica. El mayor logro no fue haber subido el nivel en los resultados de Pruebas Saber 11 a nivel municipal, tampoco que, por primera vez, quienes se presentaron a la Universidad de Antioquia hubiesen aprobado el examen y se estuvieran abriendo otras puertas para sortear de otro modo la vida, ya no bajo los malos augurios de quienes no creen en la capacidad de estos jóvenes para salir adelante. Realmente, el logro más importante fue el cambio de mentalidad como resultado de un discurso positivo en el aula.

Definitivamente, es allí donde es inexcusable generar espacios en los que se aporte al desarrollo de una actitud resiliente, sobre todo, en los contextos que circundan las escuelas públicas de nuestro país donde conviven los menos favorecidos. Esto, reitero, puede lograrse a través de la palabra vital, una palabra que dé vida, que sea

(...) esa herramienta poderosa para aprender, enseñar, crear un mundo humano, generar acciones y provocar cambios a nivel personal como en el entorno (...) y no un mero instrumento al servicio de la transmisión de saberes, valores y normas, sin descubrir que es el factor clave en el proceso de educación y humanización. (Urgilés, 2016, p. 221)

Como maestros del sector público, tenemos en nuestras palabras un poder transformador. Tenemos la capacidad de hacer que las cosas sucedan. No podemos quedarnos en el discurso de que la educación es la clave del cambio y en la práctica no hacer nada para que esto ocurra o, por el contrario, seguir ridiculizando en las aulas o despotricando de las capacidades y alcances de nuestros estudiantes. Las metas y expectativas que ponemos en ellos deben generar realidades distintas para sus vidas. La palabra debe estar a un paso del corazón para motivarlos a creer que sí pueden lograrlo. Su efecto ha de repercutir en un ser humano que construye su mundo y que es feliz con su proyecto de vida. Amén por quienes se la juegan día a día para alcanzarlo y por quienes vemos en la educación, como lo expresó Nelson Mandela, el arma más poderosa para cambiar el mundo.

Referencias

Reina Valera. (1960). *Evangelio*. <https://bit.ly/3zRWYP>

Urgilés, G. (2016). Aula, lenguaje y educación. *Sophia, Colección de Filosofía de la Educación*, (20), 221-244. <https://bit.ly/3h8Kbp9>

Resumen

El siguiente texto surge de los momentos y los esfuerzos que me permitieron reflexionar sobre mi labor docente desde mi primera experiencia en la Institución Educativa Cristalina del municipio de El Carmen de Viboral. Desde allí, he podido entender las dinámicas de lo rural, lo comunitario y, en conjunto, las dificultades, los retos, las violencias y las fuerzas que se ejercen en las condiciones particulares de la educación rural.

Palabras clave

Ruralidad, experiencia, educación, comunidad, resistencia.

Al llegar a la docencia, mis primeros pensamientos solo podían materializarse desde el miedo y el desconocimiento. Era extraño que las primeras dos emociones fuesen así de negativas, pero es parte de entender, un poco desde el pesimismo, lo extraordinario que se convierte el recorrido para transformar las emociones y, en el fondo, que la escuela también te transforma como docente. Ese entendimiento debería ser el más natural, puesto que la labor docente nos pone a prueba como transformadores para otros. Los primeros transformados no son los niños y niñas, sino el mismo docente que sitúa

su devenir y su labor desde ese lugar en el mundo, desde el aula como la mejor escuela para la vida.

Comencé mi labor educativa a los diecinueve años, recién egresado de una institución normalista en el municipio de Marinilla, de donde soy oriundo y donde he vivido toda mi vida. Una de las ventajas de nacer en el pueblo es que las dinámicas comunes de la vida urbana y rural no te son tan desconocidas, parecen poder coexistir con más naturalidad, en comparación con la vida en la ciudad, donde la ruralidad puede verse como un asunto distante y lo urbano está más enfocado en la atención de las periferias.

Marinilla es un municipio de clima templado, con fuertes arraigos religiosos y con tradiciones culturales y artísticas de amplio espectro. La idea de poder comenzar mi recorrido en Marinilla era un ideal y, a la vez, era difícil, dadas las condiciones particulares de la vinculación al mundo educativo y ministerial. A esa edad, con el concurso docente recién ganado y la nula experiencia en educación, más allá de las prácticas educativas de pocas horas a la semana y con planeaciones que podían ejecutarse paso a paso, no tenía las mejores herramientas para comenzar mi recorrido, más que la emoción de haber logrado algo, que, en ocasiones, me ha costado llevar a cuestras.

Para muchos docentes, la vinculación es una panacea y la respuesta a los esfuerzos de haber culminado procesos desde la academia y desde las escuelas normales de formación docente. A ese punto, poco o nada tenía de idea sobre la escuela, sobre los procesos, sobre el trabajo o las vinculaciones. No tenía idea de que las decisiones que tomas en la recién inaugurada vida adulta son decisiones trascendentales.

A este punto, Marinilla no era una posibilidad para laborar como docente. Su cercanía a la ciudad, su clima y su población eran apetecidos para los docentes que habían ganado los primeros lugares en la elección de plazas. Yo, un recién graduado, con un puesto que superaba el trescientos, no tenía un amplio catálogo de posibilidades cercanas.

Luego de ser citados a la audiencia pública para la escogencia de plazas, me encontraba, con lista en mano, con más de cincuenta posibilidades; varias muy lejanas, ninguna en Marinilla. No me encontraba solo. Mi cuñada, la esposa de mi hermano mayor, se encontraba a mi lado y, a su vez, a un puesto de diferencia para escoger. En determinado momento, su compañía nos había entusiasmado a escoger un mismo territorio, en caso tal de que debiéramos escoger una escuela lejana como primera opción. A medida que los primeros puestos delante de nosotros iban escogiendo sus plazas, se sumaba la presión de ir descartando muchas de las posibilidades de la enorme lista que tenía pensada.

Al llegar mi turno, no podía mediar palabra. Más de cuarenta opciones habían sido tachadas y, procurando escoger algo que no me obligase a dejar mi hogar, elegí la última escuela de mi lista que hacía parte del municipio de El Carmen de Viboral, sede La Cristalina. Mi cuñada había decidido tomar Yolombó como su nuevo trabajo, y ni siquiera entendía en qué lugar del montañoso panorama antioqueño se ubicaba. No era del Oriente antioqueño.

Mi decisión hizo que una mujer del público, muchos puestos tras de mí, gritara con fuerza: “un pelao’ berraco”. Esto me llenó de incertidumbre, ¿qué había escogido para iniciar mi trasegar docente? “¿Yo para dónde me fui?”, pensé. Corrí entre el público, le pregunté su nombre a aquella mujer y le pedí indicaciones del sitio. Solo pudo dibujarme una espesa marejada de selva virgen, de perfecto caudal de aguas, de completa y absoluta lejanía. Me marché con más preocupación que entusiasmo. En el fondo, sentía una chispa insana de querer huir, mezclada con cierta emoción. No podía arrepentirme en este momento de la decisión... o bueno, sí podía, pero no iba a desistir sin conocer el sitio. Le agradecí sus palabras a esta mujer, me dio su número y se puso a disposición. Ella conocía el sitio porque había estado de excursión, una antigua amiga suya había sido profesora allí, pero renunció muy pronto. ¿Renunciaría yo?

Las indicaciones de aquella mujer del público me ayudaron a ubicarme y llegar, al menos, a la boca de entrada de la escuela escogida. Me proporcionó datos de familias que podrían ayudarme con el préstamo de mulas o caballos para poder llegar a la escuela sin dificultades.

Eran tres horas de recorrido en auto, con otros varios minutos de espera debido a la necesidad de empujarlo en ciertos puntos donde la vía tenía accidentes de roca. La mejor opción para esa parte del recorrido son dos horas y media en moto. Por carretera, se toma la vía Medellín-Bogotá hasta el caserío de La Piñuela, de allí se toma el desvío de San Francisco, un camino de piedras hacia el desconocido Cañón del Melcocho en la Cordillera Central colombiana. De abrebocas al destino: el río Pailania, de pureza imperdible; luego, otra hora más hasta la vereda El Retiro, perteneciente a Cocorná. De ese punto, a lomo de bestia, macho o yegua, se tarda tres horas aproximadas para llegar a mi escuela, mi nueva vivienda.

Dos niños, Adrián y Alejandro López, nos prestan las bestias. Estaba con mi mejor amigo y mi padre que, a pesar de su estado de salud, quería acompañarme hasta la escuela. Nos habían traído para el viaje dos machos y una yegua. Entramos a bocajarro en la selva espesa, de un bochorno profundo que atosiga el respirar constante de las bestias. De paisajes increíbles, espacios de fotografías negadas. ¿Esto es Colombia? Vaya ignorancia, vaya capa de desco-

nocimiento. De montañas insuperables, que se ven puestas de fondo, sin modo de ascenso. Esto es un universo visual que me hace despertar del sueño de la vida calmada y llana. Montado sobre la yegua, solo podía sonreír, sonreírle al sol y a la vida. Estaba siendo traspasado por ese lugar hasta puntos inexorables de mí; padecimiento experiencial de un camino de etnógrafo borgiano que, en su nuevo saber, puede vivir y crecer en cualquier tierra.

Parte de las aventuras para llegar al sitio que se esconde tras el aforo de cuatro montañas (una de ellas con rostro simiesco, si se mira en perspectiva horizontal desde el municipio de San Francisco), es la corriente avasalladora de los ríos que puede llevarse todo, incluida la humanidad de la que hacemos parte.

Después de cuarenta y cinco minutos sobre las bestias, nos topamos con la primera experiencia de peligro: un paso con cascada cuya fuerza caía sobre nuestras espaldas, a tal punto, que era necesario agarrarnos de la crin con fuerza para no caer. Nos empapamos y, en una maniobra para no mojar las maletas, las lanzamos a quienes ya habían pasado. Con la fuerza suficiente, Adrián las recibía. Él es uno de los alumnos de la sede, que nos acompañaba de guía. Trece años, estatura mediana, una piel morena y tersa, un tanto lastimada por las labores pesadas de la carga de café y del trabajo al sol. De una sonrisa implacable, de una pureza indudable. Tenía en su voz aún los rasgos de la niñez, pero hablaba con tal argumento

de la zona que fácilmente su prosopografía había hecho de la imagen del terreno un paraíso insondable e impensable.

Continuamos el resto de camino escapando de otros inconvenientes sin fin como cruzar un caudaloso río que tapaba las piernas enteras de las bestias; esperar el salto del caballo entre divisiones de una porción de montaña a otra; escapar de riscos que desfiguraban el camino y nos lanzaban una mirada afrentosa, como recordándonos la posibilidad de caernos al cercenado camino de piedra; o, debido al clima, toparnos de frente con una serpiente de la zona. Así sucedió con la primera bienvenida de la naturaleza a su zona: una serpiente equis mapaná amenazaba con lanzarse, ahí, en medio de la boca de una pequeña cuenca de agua. Alejandro tomó un palo, sacó el machete de la funda e inició un emblemático baile que embistió a la mapaná.

La serpiente intentaba atacar a las bestias a sus pies y no pudo. Más tarde, Adrián nos informó que la picadura del animal “hubiese matado a las bestias, profe”. El susto se apoderó fácilmente de nosotros, quedamos sentenciados a observar desde la distancia el baile de Alejandro, y a esperar a que este saliese limpio y sin ningún riesgo adicional. Pero, Adrián y Alejandro, entre risas, ya habían asumido el papel de sus vidas. Esto es de lo que está hecha y forjada la valentía de los niños que viven en tales condiciones.

Alejandro la golpea rápidamente en la cabeza sin siquiera darle la posibilidad de que comience el baile. Se ha tomado toda la pista. Con el brazo izquierdo, con un machetazo sin vislumbre de duda, le corta el cuerpo a unos diez centímetros de su cabeza. La mapaná ha muerto y la sangre con la que se tiñe el machete (o peinilla, como le llaman) no deja preguntas. El cadáver, antes de ser arrojado a las vertientes del río, nos deja sin palabras, una configuración continua de equis de color negro preceden unas a otras. Felicitamos al pequeño gran hombre, me río por miedo porque me siento marcado por la vivencia. Había dejado una impresión, un primer gran cambio, mi primera risa en medio de la espesura de la selva. Esa equis sería luego una verdadera marca en mi brazo izquierdo, no solamente como una forma de recordar los acontecimientos, sino para hacerme recordar las verdaderas cosas importantes sobre la vida y la distancia.

Para llegar a la escuela y, ante el cansancio que provocaba todo el recorrido, le preguntamos a ambos niños, ya cómodos con estos hombres visitantes con porte de extranjeros, sobre cómo llegar a la escuela. Adrián, solo con su sonrisa, pudo decirnos que estábamos cerca. Debíamos subir al Jardín, una montaña imponente que puede verse desde el municipio de San Francisco, como pudimos corroborar después. Su cúspide puede dejar boquiabierto a cualquiera, ya que su altura sobrepasa el resto de las montañas. Realmente no subíamos Jardín, la bordeábamos, pues entrar a ella era imposible,

como cuenta don Obdulio, el presidente de la Junta de Acción Comunal de la vereda La Cristalina: “no se puede entrar porque ese es el verdadero monte, allá hay tigres, profe, créame, porque los hemos visto”.

Llegamos y me dejé invadir por la belleza de la escuela. Era azul, cristalina, como el azul de arriba, del esplendoroso cielo, y el azul de abajo, del río que nos hizo de guía. Dos salones, un cuarto de baño, la cocina, el restaurante y mi habitación. La magnificencia del camino había valido todo. Estaba en mi nuevo hogar, fortuito y temporal. Al llegar, el desconsuelo de mi padre se manifestó como nunca ante mis ojos. Lloraba. Tal vez el cúmulo de sensaciones recorridas, el impetuoso viaje, el calor extenuante de un clima sofocante, la vida inefable y mi dejación daban en él esa emoción. Pidió que renunciara, que no quería enterrarme vivo.

Pude decirle que sí, entregarme de nuevo a los brazos de la comodidad y del poco esfuerzo, dejarme llevar por los sentimientos del momento y el agotamiento que sería cada semana la ascendida a este lugar, pero he de decir que el azul me ató, tal y como Prometeo fue atado a sus columnas olímpicas. Estoy atado no solo a la escuela como espacio, sino a mis decisiones y al destino que esas decisiones me habían traído. Le dije que no. Sabía de antemano las condiciones del juego y el contrato con el Estado. Que el estar aquí sería como todo, un asunto temporal, y quería vivirlo. Quería y necesitaba vivirlo.

A él solo le quedaba darme un abrazo y marcharse, le pedí a Sebastián, mi mejor amigo y compañero de recorridos, que fuese compañía para él, que yo podría afrontar esto. A mi padre el trabajo lo esperaba al día siguiente, y a mí también.

Pedí a Adrián y a Alejandro que llevaran a ambos de nuevo a la salida. A regañadientes, dijeron que sí, debido a la hora para regresar a sus casas. Se despidieron, nos veríamos mañana, les agradecí la grata compañía y sonrieron. Comenzaron de nuevo el descenso.

Tal vez esta era la forma de asumir mi vida, más actitudinal, más activa y, ante todo, más humana. No es que me malacostumbrara a las condiciones de una vida fácil a lo largo de los años, entre las comodidades que ofrece una vida en el pueblo y toda una serie de composiciones económicas derivadas del fuerte trabajo de mis padres. Por el contrario, mis padres trataban de no hacerlo, como todos los padres que tienen entre sus haberes un montón de historias difíciles: venir desplazados de Medellín y convivir con la miseria en la llegada a Marinilla. Estas no eran opciones para negar una posibilidad. La burbuja había explotado con formas tan bellas como crudas.

La mayor restricción terminó por ser la dificultad de encerrar algo que no comprendía en un archivo bajo parámetros estructurales. De esa sensación de impotencia, de tratar de explicar algo más grande que yo —puesto que

una buena historia debe ser siempre mejor que su autor—, surge, en parte, la necesidad de escribir como un asunto de liberación. Al principio y sin darle mucho mérito a las configuraciones de la escuela rural donde estaba, empecé a sospechar que mi trabajo no podría consistir en satisfacer necesidades administrativas, mucho menos, al entender las cosas de la misma forma que funcionan en las cercanías de lo urbano o en presencia de otros entes municipales. La segunda burbuja explotaba sin resistencia, pero con un fuerte olor a desacomode.

Lo que estaba sucediendo en mí era que las configuraciones sobre la idea de escuela no tenían cabida, como no tenían cabida en su momento las historias de familias maltratadas por la violencia y el olvido estatal. Y es fácil entender el porqué. Las mismas leyes que pretenden regir la educación no aplican en lo urbano y en lo rural. No tienen forma de ser aplicadas puesto que los contextos, más que diferentes, están hechos para pensarse de otro modo. Aquí di mi primer paso en pro de convertirme en un buen docente, en jugarle al parámetro y la estructura. No había forma de pensar que la vida que estaba viviendo debía ser la misma que en el pueblo. Ya me lo habían demostrado mis estudiantes con sus historias particulares: Adrián y Alejandro, con su fortaleza frente a la imponente selva o Jhojan y Mónica, con un viaje que supera la hora y media para llegar a la escuela y que los llevaba a un desgaste. ¿Es justo que siguiese tratando de llenar expecta-

tivas de personas que no conociesen este sitio? Mi labor había comenzado, y el plano de las vicisitudes apenas se estaba mostrando tenuemente.

Mientras pasábamos los días en medio de la risa en el enorme patio de la escuela, comencé a preguntarme por esta idea de escuela que surge de las risas. Ahí empecé a entender aquello de la resistencia. Desde Foucault (2001) hasta Giroux (1986), muchos autores han comprendido que la resistencia no es aquello que se opone sistemáticamente al poder, sino que es posibilidad de cambio dentro del mismo enmarañado sistema del poder. Esta noción, que apareció de repente frente a la risa de los niños, me hizo comprender que, más que la resistencia como sobreponerse a las condiciones del lugar donde trabajaba, debía transformar y decidir frente al marco de un poder que el Estado no reconoce por entero.

No sabía si a lo que estaba empezando a resistir, desde esa medida transformadora dentro de las mallas del poder y con mi sonrisa, era al sistema educativo que apenas estaba conociendo y que podía juzgar mal en la inexperiencia de las cosas vividas, o si me resistía al sistema impuesto por las medidas que la rectora empezaba a imponer, no solo en mi escritura, sino en las formas como esperaba que yo tomase este empleo.

¿Este empleo? La sola palabra empleo le quitaba todo a la mismísima experiencia que era llegar a la escue-

la. Le quitaba montañas al asunto, secaba ríos y cuencas, insonorizaba a los animales, aves, monos y tigrillos que podías escuchar en el silencio, ponía en *off* al trotar de los caballos mientras zigzagueaban las rocas y a mi respiración pesada por el calor intenso.

Este empleo, tal y como lo entendí, había sido para ella solo un juego de entrada al mundo de los adultos. Pero, para mí, se había convertido en la experiencia de toda una vida, casi en el sentir de una labor misionera, no como monje religioso, pero sí como maestro. Y como maestro que debe asumir todos los roles, desde lo educativo hasta el cocinero, el sicólogo, el didacta, el funcionario público, el médico, el asesor comercial, el curador de museo (de las grandes obras de una infancia que se suelen desechar con los años) y el constructor que procuraba mirar con detalle las grietas de una comunidad y ayudar a cerrarlas. Debía cambiar, era una deuda con una comunidad que me había recibido y que había hecho más por mí que yo por ellos. Resistir a este sistema fue mi primer paso para asumir una vida en coexistencia, luchando desde adentro.

Qué importaba la rectora. Sin conocer el punto en el que me encontraba, quería llevar lo educativo a un extremo estructural. Yo estaba resistiendo desde el aula, desde el contacto con la comunidad y desde la conversación conmigo mismo.

Más adelante, después de lo vivido en esa ocasión con las sonrisas de los niños y la propia, las jornadas de trabajo me eran más armónicas, desde aplicar la metodología Escuela Nueva y sus cartillas hasta conversar con los niños con la confianza que me entregaban. Los niños sentían en mí una menor carga, lo decían, me sentían más tranquilo. Y, en conjunto, emprendimos otros caminos, un ritmo de días y de juegos más reflexivos. Leíamos a diario, nos narrábamos cuanto pudiésemos. Ellos, siempre con el ánimo de la oralidad, contaban lo que les sucedía en el recorrido diario. Para ellos, llegar a la escuela era todo un recorrido de aventuras. Eso fue lo que más valoré. Eran felices allí, en este ir y venir porque, precisamente, eran libres, podían andar las montañas con total libertad. Desde Adrián, de trece años, hasta Felipe, de ocho, podían ir y venir por todo un pueblo montañoso sin afán, sin temor al atraco, sin miedo a los vecinos.

Otra burbuja explotó, la del pensamiento acomodado, la de la vida en el pueblo. Y yo, que me quedaba cuidando en las tardes una fortaleza que yacía vacía después de las 3:00 p.m., empecé a andar, a recorrer rincones, a sudar sonrisas y a transpirar emociones. Nadé en ríos perfectos de agua cristalina y cascadas; caminé sobre campos de flores que te hacen tapete al caminar; corrí colina abajo y subí peñascos, casi escalando, para llegar a vistas inigualables. Comprendí que la escuela no solo es el espacio; la

escuela somos quienes hacemos parte de ella.

Empecé a recorrer casa a casa y a conocer a mis vecinos. A dejarles hablar, a que me contasen sus vidas, que eran para mí más interesantes que la mía. Y ahí, la burbuja más dolorosa empezó a acontecer. ¿Por qué estaba yo dejándome llevar por historias no vividas del pasado? Porque ellos, como yo, como miles de hombres como yo, también habían hecho actos de resistencia.

La primera vez que inició ese juego de verdades sucedió en la escuela, con una de esas pruebas internas de la institución elaborada por nosotros mismos, los docentes. Una prueba que no pretendía evaluar los contenidos, sino que quería dar cuenta, solamente, de cómo reconoces tu existencia. Parte de ello quedó plasmado en un escrito corto sobre Marley, una de las estudiantes del grado primero. Me seguía dando sorpresas.

Esta imagen me dejó sin palabras. En una sola imagen está contenida la historia de la guerra en Colombia. Quien la dibujó tiene siete años, es muy juguetona, le encanta el amarillo y, en ocasiones, es distraída. No le gusta estar en el pueblo porque no siente la libertad de la vereda. “No puedo caminar por todas partes”, comenta ella mientras señala las montañas. En aquella imagen, digna de la completa inteligencia y honestidad de un niño, describe cómo

la violencia le ha arrebatado a muchos su tranquilidad, su vida, y los vuelve nómadas sin tierra propia. En ella se ve a su abuelo sin una pierna. No es que en su abuelo solo esté la ausencia de su pierna. Está también la ausencia de un Estado que no lo reconoce, un país que no entiende su historia porque no la padeció. Triste pecado. Como ella, me gusta pisar las montañas con completa libertad y, como él, he sentido en las historias un verdadero dolor. “En todos hay ausencias”, dijo don Martín, antes de perderse en su pasado doloroso y en el verde montañoso.

Cuando hablé por primera vez con don Martín, estaba picando caña de azúcar, sostenido con un bordón improvisado del palo de un papagayo. Me había invitado a su casa por medio de su hija, doña Marta, quien me dio la razón, casi como una obligación. Debía ir y, con la sensación que me dejó el dibujo, decidí ir. Su finca estaba a cuarenta y cinco minutos de la escuela. Tocaba atravesar varias cañadas, una cascada, dos subidas y una bajada de montaña, un viaje que me hizo buscar sombra a mitad del camino. Al llegar, me recibió Doña Clara con una sonrisa tan infinita como el terreno del que era dueña. Le di la mano. Cojeando y con esfuerzo, vino hacia mí don Martín, ayudé a llevarlo de nuevo a casa y me contó lo inevitable. La forma en que había perdido su pierna:

Caminaba allí, al filo de esa cuchilla, llevando una carga para donde mi otro hijo que estaba caminando por un matorral. La guerrilla ya nos había amenazado de que [sic] si no nos íbamos nos mataban enteritos con metralla. Nunca les hice caso, yo no conozco otra vida que no sea esta y no tengo otra finquita que no sea La Clarita (así se llama en honor a su esposa). Cuando la pisé, solo pude caer, la mulita también pisó otra y se me murió ahí mismito. La mina tenía clavos, vidrios y hasta mierda de esos malparidos. Me amputaron la pierna por riesgo de infección, pero me ha dolido más, profe, cómo el Estado no respondió por nosotros, a nosotros nos tocó solitos buscarnos las ayudas para desminar. (...) Para curarme. (...) Y nos quedamos y aquí seguimos. (M. Buitrago, comunicación personal, agosto de 2015)

Tal vez, cada hombre tiene su forma de decidir su destino. Decidir es, ante todo, una forma de resistir a la vida y no dejarse decaer por las circunstancias. Yo había decidido ser profesor en lugares tan lejanos e inhóspitos como La Cristalina. Pero también había decidido vivir en todos los papeles que la vida me pusiera. Era el profe allí y el profe allá, me reconocían porque me gustaba caminar. “Al menos, profe, a usted le gusta visitarnos”, me dijo don Gregorio, otro vecino más que ni siquiera tenía contacto con la escuela. Yo era el Estado que por fin había pisado su casa.

Lo bello de la labor de lo rural está en la medida en que, como persona, eres capaz de ver esto como una experiencia que te determinará, no como un empleo, aunque lo es. Es tu trabajo y en él pueden resultar favorecidas o afectadas generaciones enteras de nuevos hombres y mujeres.

Houellebecq (1994) decía que la vida es un campo ampliado de batalla. Ampliado porque es hacia el exterior de nosotros donde la guerra del sentir se posesiona y causa estragos. Y es allí, en ese campo de batalla, donde se luchan las grandes guerras que todos queremos ganar. Pero la gran guerra no es contra otros, sino contra nuestra propia imposibilidad de ser dignamente humanos. La educación rural supone un campo ampliado de batalla. La primera de ellas es contra ti mismo y contra tus paradigmas.

El desconocimiento de un sitio siempre supone un riesgo y una ampliación de tu zona cómoda. Pero, el adentrarte a estos sitios no supone una ruptura con tus viejos modelos. La escuela rural lejana pone en entredicho lo que eres como persona y las implicaciones que ello supone para tomar este empleo. No solo de entrada te topas con un método que supone una dificultad y un aprendizaje. Escuela Nueva, la metodología rural, es un cuestionarse frente a los modelos educativos bajo los que te formaste y sobre los que quieres trabajar para no desajustar la vida. Hasta en esas viejas formas de la educación tradicional se observan los fuertes arrai-

gos que tenemos todos; el miedo es la primera sensación con esto. Pero, al sentirlo, sabes que te estás adentrando al gran campo de batalla de tu vida y de tu vocación.

Mi primera gran dificultad no estaba en la imposibilidad de reconocer lo humano, sino en reconocermi en una diagonal distinta. La educación en la escuela es siempre planeada como una línea vertical. Y las nuevas formas de educación, esas que van en contraposición a las formas viejas y tradicionales, sitúan al aula como un ambiente de relaciones horizontales. Pero ¿qué tan horizontal puede ser la escuela? De algún modo, me encontraba engañado debido a que la rectora mantenía una latente verticalidad rústica conmigo. ¿Y ella no es acaso otro pilar de la escuela? Estaba confundido. ¿Dónde inicia y dónde termina la escuela? ¿Comienza esa verticalidad con la rectora y, de alguna forma, esa línea se convertía en horizontal en el aula? Mi primera gran guerra fue convertir mi aula en una inusitada diagonal ascendente, que no fuese resultado de la imposición o de la rendición. Debía permitirme ser quien era en el aula, sin que ello constituyera una medida reforzada para mis alumnos. Era el docente, pero, al entrar aquel primer día, sentí que era yo quién debía aprender.

Mi primera gran burbuja había explotado: la soledad fue el primer pensamiento que tuve para abandonar forzosamente la experiencia. Con la marcha de mi padre, estaba contra un territorio que ya se había mostrado hostil, crudo

y difícil. Un cúmulo de dificultades estaban por presentarse de maneras mucho más directas en ese primer día de permanencia en este espacio alejado de todo y, en ese entonces, alejado de mí. Una puerta que no se abre, la lluvia tormentosa del monte con sus rayos y truenos, la falta de energía, un techo roto, una cama mojada. Y yo, en mitad del colchón duro y mojado, mirando hacia el techo mientras se me asoma la luz de dos velas. ¿Y qué hago aquí? La burbuja de la vida cómoda y sencilla había explotado.

No explotaba la burbuja solo de la vida cómoda, sino el paradigma de cómo, desde mi concepción, debían ser las cosas. Toda mente humana es un conjunto de configuraciones que, adecuadas o no, nos llevan a permanecer en decisiones cómodas o a tomar pequeñas dosis de riesgo, que no suelen ir más allá de cambiar el sabor del helado o la combinación arriesgada de ropa para un día lluvioso. Por mis padres, me fue negada la posibilidad de la dificultad, del nomadismo experiencial. Lo había asumido ante mi padre con más naturalidad que dolor. Pero la burbuja no explota ahí, solo vengo a despertar de ese letargo cuando asumo el regreso a casa por primera vez. Me derrumbo ante la puerta, lloro sin parar. Mi madre me levanta con fuerza puesto que en ese momento yo parecía rendido, no solo del camino, sino de mi primer éxodo. He de suponer que no cualquier docente se mide a la auto-crítica y a la dificultad para permanecer en sitios tan alejados de todo aquello que se quiere: familia, amigos, pare-

ja, mascotas. Las escuelas rurales están hechas solo para aquellos que quieren transformarse. Son espacios hechos en medio de todas las vicisitudes y dificultades para enseñar. Y, puesto que los adultos no queremos aprender, sino certificar lo que ya sabemos, las escuelas rurales te muelen de entrada para que aprendas sobre ti mismo. Algunas te golpean, por supuesto, en el sentido metafórico de la palabra, en el orgullo, en el ego, en la autocomplacencia y, sobre todo, en la comodidad. El explotar la primera burbuja es para mí tanto la conservación del telar más profundo como el mecanismo de defensa más absurdo frente a la vida. Conservo los restos, no para reconstruirla, sino para saber que había superado esa fase.

He sido parte de otros territorios y ninguno me ha dejado tantas enseñanzas como La Cristalina. Y es que pude habitar mi cuerpo desde esa primera experiencia. Hubo un rompimiento de burbujas mentales que me han permitido entrar en conversación con la escuela, con sus repercusiones, con sus dilemas y posturas. Más que eso, la escuela se ha convertido en un espacio de contemplación de la vida, un ser en territorio.

El miedo y el desconocimiento han sido reemplazados por el asombro y la identificación. El primero de ellos, el asombro, me ha permitido conectarme emocionalmente con el territorio y sus habitantes; la sorpresa y la admiración de

quien puede entender con los otros una realidad que atraviesa su ser; un espacio compartido que conversa con mi ser y establece un diálogo tan necesario tanto en la escuela como para habitar en comunidad; y, el segundo, la identificación, puesto que es la forma de habitar la escuela desde la otredad, desde un compromiso ético con mi labor que me invita no solamente a entender al otro, sino a empatizar.

La escuela, la labor educativa y el docente tienen como materia prima al ser humano. Esta debe ser tratada con la delicadeza y el temple de quien solo puede sostener en sus manos los mejores materiales, de quien se esmera por diseñar la mejor fórmula para construir y deconstruir imaginarios. La escuela no es una fábrica de reproducción, es un escenario donde se pone en acto la vida misma. Y he decidido con firmeza ser resistencia de mí mismo desde mi labor.

Referencias

- Foucault, M. (2001). *Los anormales. Curso en el Collège de France (1974-1975)*. Fondo de Cultura Económica.
- Giroux, H. (1986). Teorías de la reproducción y la resistencia en la nueva sociología de la educación: Un análisis crítico. *Revista Colombiana de Educación*, (17). <https://bit.ly/3hp062K>
- Houellebecq, M. (1994). *Ampliación de campo de batalla*. Anagrama.



LA VIDA,

una piel tatuada con abrazos de escuela

Edison Alberto Jiménez Valdés*

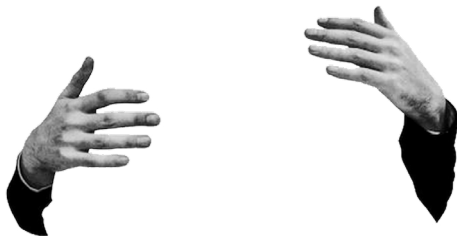
* Maestro de la Institución Educativa Escuela Normal Superior del Nordeste del municipio de Yolombó. Correo electrónico: edisonjimenez02@gmail.com

Resumen

Este ejercicio de narrativa autobiográfica, enmarcado en el contexto educativo de un docente tutor del Programa Todos a Aprender (PTA), recrea su relación afectiva con la sensibilidad que representa la escuela desde su esencia pedagógica a través de la palabra y desde la sonoridad afectiva que cubre y moviliza emociones y sentimientos. Máxime, en los nuevos tiempos donde se fortalece el quehacer educativo desde el escenario natural del hogar, pero se extraña la verdadera pedagogía del afecto, del cariño, del encuentro con el otro y con lo otro; y desde ese gran universo cargado de sentido y significado: la didáctica de los pequeños detalles que enmarcan grandes aprendizajes en la mejor escuela: la vida.

Palabras clave

Afecto, abrazo, aprendizaje, vida, esencia.



No hay colores ni sones en sí, desprovistos de significación: tocados por la mano del hombre, cambian de naturaleza y penetran en el mundo de las obras. Y todas las obras desembocan en la significación; lo que el hombre roza, se tiñe de intencionalidad: es un ir hacia... El mundo del hombre es el mundo del sentido. Tolerancia la ambigüedad, la contradicción, la locura o el embrollo, no la carencia de sentido. El silencio mismo está poblado de signos.

Octavio Paz

Mi vida dentro del huevo de mi madre fue un acto inconsciente que se conecta de forma profunda, como punto de partida, con la experiencia sensible de llegar a la luz después de nueve meses de una insondable oscuridad, abrumadora y desconocida, pero trascendental. Mi territorio llamado “cuerpo” inicia una metamorfosis angustiante y necesaria. Mis extremidades inferiores y superiores, lo mismo que mi tronco y toda la piel, empiezan a dilatarse en el huevo. Ese hoyo o agujero matriarcal gesta y concientiza la identidad dactilar que nos hará únicos ante el contexto, en medio de tantas similitudes de la especie humana. Las diversas células inician, en forma rápida y genuina, el proceso de multiplicidad, y forman un verdadero croquis de lo que sería mi cuerpecito.

Llego a este supuesto mundo, o esa es la idea que me habían fabricado. Venía cargado de materia y energía que formaban mi verdadero mundo. Mi cuerpo es la repre-

sentación tangible de ese universo que vive en mí desde el momento de mi concepción. Abro mi mente y me sumerjo en mi propio territorio, mi cuerpo, dándole un poco de conciencia a todas aquellas vivencias que están tatuadas en el acto dar mis primeros pasos. Pigmentos de sangre, ese líquido vital que recorre todo mi cuerpo y lleva, del cerebro a los pies, información fundamental para cumplir funciones biológicas conectadas con mi piel. Tengo la imagen de raspones y aporreones en mis manos y pies, que resignifican el caminar como un proceso: caer, levantarse y continuar. Esto, en el momento, no solo representaba un acto físico, sino que proyectaba desde la energía uno de los grandes sentidos de la vida.

Cuando mi universo interior me conecta con el patrimonio intangible que está tatuado en todo mi cuerpo, denominado memoria, se empiezan a dilucidar esas sensaciones donde mis pies, rostro y manos, táctilmente, experimentan el contacto con el prado, el pantano, el barro, la arena y el agua. Mi cuerpo y mi memoria son cómplices de albas laceradas por el calor del sol y las tardes pueblerinas, aturdiditas y apabullantes, con el eco de la sonrisa y el llanto de aquellos infantes homogéneos con la cara enrojecida, las manos sucias, los mocos visibles y el alma ahincada por cantar, bailar y entrecruzar las palmas de las manos como sellos imborrables de amistad.

Mi memoria de la niñez es agradable, maravillosa, enriquecida por múltiples sensaciones que entran por mi piel y que se adhieren a mi memoria para siempre. Jugar se convierte en un ritual familiar; caminar, en un homenaje y hazaña heroica que delimitaba la acción de valerse por sí mismo que, más que un acto físico de las extremidades, es un acto consiente que simboliza el proceso evolutivo de la vida; el nadar en los charcos de mi pueblo, el contacto con el agua, una especie de retorno al útero, a lo líquido y a embadurnarse con todo lo que se encuentre. Era desdibujar un ADN oculto que seguiría su proceso, cada vez más receptivo y altruista.

Con la llegada expectante de mi adolescencia, inicio un proceso angustiante y doloroso que, naturalmente, era normal, aunque adormecía y apabullaba mi interior. Ese pequeño era cada vez más invisible en mi cuerpo, lo recorría y empezaba a descubrir elementos hormonales extraños que se pegaban a la piel y a mi desarrollo biológico. Recuerdo el áspero aspecto de mis vellos en gran parte de mi territorio, especialmente en las axilas y en las partes íntimas. Me sentía invadido de algo que no comprendía. El engrosamiento de mis músculos, especialmente de mi voz, todo mi cuerpo lo veía como un caos. Cada día, semana, mes y año de esa época se convertían en la personificación de un “Gregorio Samsa” creado por Kafka en su maravillosa *Metamorfosis*, que cambiaba su exterior en

forma monstruosa. Este cambio dolía más en el interior, así su respuesta fuera en el exterior, y negaba la formación del pensamiento en toda su complejidad de forma oculta... vaya tatuajes en el alma que me deja esta oscura etapa.

En ese laberinto de mi adolescencia, mis manos o brazos eran el refugio vivo de una experiencia que recuerdo inconscientemente en mi niñez, pero aún no creía que el abrazar era un verdadero encuentro con uno mismo desde su esencia y con el otro. Ese abrazarnos de una forma tierna en un pasillo de nuestro colegio fue un acto que dilató mi espíritu para siempre. El abrazo como una transferencia de energía, de intimidad, de seres. Lo asumo como una manifestación primitiva de arraigo, de pertenencia al otro, de unidad en la que hay una resistencia a separarse después del encuentro. Las manos y los dedos, como extensión de los largos brazos, se posan sobre la espalda del otro e intentan fundirse caprichosamente sobre la amplia y cálida superficie.

Con la llegada de mi edad adulta, la soñada desde la cuna, esa que te pintan con las palabras tus padres, maestros, familiares y la sociedad en general, mi piel empezó a generar cambios. Pero no me refiero a ese sentido vital que cubre mi cuerpo, sino a ese engranaje del alma que configura los entrañables momentos de la existencia. Inicié mi carrera de maestro... jum, ¡vaya dicha que la vida me regala! Volverme amante de la

pedagogía, encariñarme con la didáctica y el currículo, pero, en especial, abrazar ese maravilloso contexto que empiezo a leer y que sigue vivo en la génesis de mi labor educativa, un aventurero soñador. A mi espalda se colgaba el título “Bachiller pedagógico”. Para finales del siglo XX, este título era un honor y representaba estar en una vanguardia que desapareció con el paso inclemente de Cronos, en el vertiginoso proceso que delimita la esencia de aquellos claustros educativos que formaron maestros en su tiempo.

A mis dieciocho abriles, como lo rezaba la abuela, llegué a una maravillosa comarca rural. Mi mente, ojos, oídos, lengua, corazón y, en especial, toda mi piel del alma empezaron a abrazar ese territorio llamado Miraflores. Era una comunidad campesina de mi bello, amado y entrañable Carolina del Príncipe, pedacito de tierra que me alumbró la vida. Allí, en esa escuela que aún abrazo fuertemente desde mi corazón, encuentro las risas escandalosas de mis estudiantes, las tiernas y trágicas miradas de sus caritas; me encuentro con una polifonía de emociones y sensaciones cargadas de sentido para lo que me esperaba en esta bella labor de la educación. Allí, en esa insondable escuela, abracé fuertemente la miseria, el dolor, la tristeza y la injusticia de la violencia opresora de principios del siglo XXI. Aquella monstruosa catástrofe que enlutó a mi amada Colombia y que no fue la excepción para mi tierra

y mi gente. Aún tengo tatuadas las miradas angustiantes, lúgubres y tenebrosas de aquellos rostros de padres de familia que me abrigaron en su regazo, a los que la inhóspita, sanguinaria e injusta violencia les arrebató de los brazos de la vida, pero que continuó abrazando con fuerza e intensidad desde la inmensidad del ser.

Recuerdo los rostros de tantos niños y jóvenes que, con el pasar del tiempo, forman parte de mi bello patrimonio de trascendencia como maestro. ¿Saben algo?, tuve la fortuna de ser maestro rural, luego, fui trasladado a mi colegio, allí donde terminé mi primaria y bachillerato. Qué hazaña la de volver a abrazar y retatar esos espacios y a algunos maestros que fueron mis maestros, para ahora percibirlos como mis compañeros. Pareciera estar protagonizando la famosa película *La sociedad de los poetas muertos*, una personificación antioqueña de Mister Keating. Fui maestro de bachillerato, encantado con el arte, el deporte, la palabra y, en especial, con la pedagogía. ¿Saben cuál pedagogía?, la de los pequeños detalles, la que te conecta con una mirada, una sonrisa, un apretón de manos, una palabra de aliento, un aliciente para continuar.

Esa misma pedagogía me caracterizó cuando me desempeñaba como maestro en este mismo colegio y la vida me concedió la oportunidad de continuar apren-

diendo como directivo docente. Ni se imaginan cuántas emociones abracé, solté y apreté desde mi ser. Se mezclaron miedos, angustias, sueños, retos, pero, como coordinador, siempre dibujaba la esperanza de encontrarnos desde el amor con una sonrisa de mis compañeros, padres de familia y estudiantes; en aquellos sueños del pretérito que hoy son realidades y mañana serán solo recuerdos empapados de las caricias que nos brinda la mejor escuela: la vida.

Pasé a la universidad, la mejor de mi país, la Universidad de Antioquia, Facultad de Educación, bloque 9. Obtuve mi título de licenciado. Más tarde, realicé dos especializaciones y, por fortuna del destino, el Estado me concedió una beca para terminar la maestría. Solo con la suavidad o tortura de los años, descubrí que fui a la universidad a certificarme ante una sociedad de consumo. Es algo angustiante, pero, a la vez, fue el insumo fundamental para descubrir la verdadera esencia del aprendizaje en la vida, que no requiere títulos o condecoraciones, sino comprensión, en todo el buen sentido de la palabra.

Completo veinte años al servicio de la educación colombiana. No aseguro que la experiencia, tanto en la vida como en esta loable profesión, se mida por la cantidad de años, pero sí estoy convencido de que esta se nutre

con la calidad de vida que se le inyecta a los años. Calidad que he inyectado con orgullo como maestro rural, directivo docente, maestro de bachillerato y como tutor de maestros. ¡Vaya coincidencia!, en mis veinte años de experiencia y en el 2020, Dios y el universo me continúan abrazando con un maravilloso programa conocido como “Programa Todos a Aprender”, un colectivo de maestros que se camufla de un chaleco azul y una mente abierta y fortalecida para llegar a los rincones más apartados de Colombia, esta patria tan nuestra.

He recorrido territorios que me estrechan entre sus lechos para brindarme la posibilidad de encontrarme como parte de este maravilloso mundo. Sigo bajo el lema “maestros formando maestros”, un colegaje que se convierte en una cultura del abrazo desde la esencia y la naturaleza del saber pedagógico. Ser tutor es empuñar el alma y estrechar en el vientre la razón de comprender la educación en cualquier dimensión. El Programa Todos a Aprender y el ser tutor me retan a continuar abrazando y visibilizando al maestro desde su lecho, desde su propia piel, esa que se transfiere de generación en generación con la sutileza y la creatividad de construir mundos cargados de sueños y esperanzas.

En esa búsqueda de esperanza, en esos ires y venires de la sociedad, en esos abrazos matutinos de colectivos so-

litarios y ansiosos de la supuesta globalización, y en esas sociedades que nos desabrazan desde el ego polifónico del poder, llega un minucioso ser escondido en las micro visibilidades del mundo y nos saca a empujones de la escuela. Nos encierra, nos aprisiona, nos apabulla, nos adormece y hasta nos asfixia, y apaga los abrazos de luces que siguen titilando en la inmensidad. Vaya silencio tenebroso, sacudón y escalofrío que mi piel dilata. Esta experiencia, desde un inicio, nos movilizó; en su inconclusa oscuridad, empezaba a brillar una luz.

Extrañaba el abrazo de la escuela, de sus muros, tableros, pasillos, pupitres. Me agudizaba pensar en los rostros de las almas infantiles que allí alimentaban su esencia. Desdibujaba sus manitos de mi memoria con las nubosas realidades que los rodean. Sentí un eco entrañable y era la voz de ese niño interior y de ese maestro solitario que lucha incansablemente. Es ahí donde aún sigue tatuada la escuela, no la mía, ni la tuya; la de todos. Imaginar una realidad que creíamos ficticia era volver a empezar, volver a creer, y así fue como ser tutor en esta realidad remota me invitó a continuar abrazando la vida desde mi cuna, desde mi casa, con ese bello ángel que nunca me suelta de sus brazos y que llamo “mamá”, esa linda vieja que siempre me arrulla desde su regazo y me acaricia desde la plenitud plena del amor; sin tocarme me abraza, sin mimarme me comprende, y sin tenerme me extraña.

Desde mi humilde casa, detrás una pantalla, entre audios, llamadas y correos, abrazo a los seres reales, a los que pertenezco, de los que hago parte. Esa es mi conexión material y espiritual con cada ser del universo que he abrazado, que he considerado mío, parte de mí, a quien pertenezco. Abrazo a esos maestros de la Escuela Normal Superior del Nordeste del Municipio de Yolombó, un colectivo que también me abraza como soy, desde mis luces y mis sombras, y que permite la transferencia de energía, de espíritu, de complicidad. Esos abrazos están ahí presentes, alivian, calman, revitalizan, así no sean tangibles, permean tu esencia de maestro al ser parte del otro y de lo otro, al reconocer lo pasajeros que somos en este mundo y al reconfigurar nuevas caricias de realidades retadoras.

Escribir en mi piel, tan mía, pero tan ajena, en esa piel que no se ve, es tatuar poesías a través de un abrazo profundo que transforma el mundo. Es saber que cada hora se vive al máximo, que en cada gota de lluvia florece de nuevo la armonía de vivir, de existir y de saber hacerlo. Se desploma un infierno incierto y se construye una coraza hecha de un gran sentido donde la piel no es cobarde, como en ocasiones lo es el corazón.

Acá, desde mi casa, mi madre en sus silencios me piensa, me espera, me abraza y, en medio de su angustia, su esperanza resuena:

Mijito de mi vida, aquí desde mi entraña, en esta noble casa, tus sueños tan ruidosos, algunos sin sentido y otros altruistas, aquí se alimentaron y emprendieron su vuelo. Levanta tu cabeza, la vida nos espera, en medio de este virus, alcemos nuestras penas, iniciemos el día, hay mucho por hacer: recoge la basura, reguemos el jardín; y, entre miedos y suspiros, la esperanza sigue viva.

Qué rico, madre mía, tu vida entre la mía, juntemos nuestros brazos y alcemos nuestras voces. Extraño mi escuelita en medio de los valles, llanuras y montañas, pero ella sigue viva aquí en mi humilde lecho. En día de aprendizajes, nuevas aventuras emprendo. Vaya dicha, vieja mía, tantas cosas que olvidamos y otras que descubrimos. Vamos, madre querida, no perdamos la ilusión y, en medio de esta pandemia, continuemos abrazando y construyendo esta gran nación.





CUANDO SEA MAESTRA...

Carmen Emilia Londoño Chica*

*Maestra de la Institución Educativa San Francisco de Asís sede El Carmen del municipio de Liborina. Correo electrónico: emille345@yahoo.es

Resumen

¿Qué beneficio puede traer a un estudiante conocer algunas leyes, teorías y clasificaciones de la ciencia, si no sabe cómo manejar sus emociones? Puedo revisar con el estudiante parte de la anatomía y la fisiología del sistema nervioso; puedo mostrarle lo que sucede cuando se desencadenan una serie de hormonas que le conducen a un estado de furia, y la forma en que la ciencia ha comprobado que esos estados pueden ser puestos bajo control voluntario, pero hay un componente esencial que debe tener cada ser humano para poder convivir consigo mismo y con los demás: el respeto de sí mismo, para poder estar en condiciones de ofrecerlo a otros.

Palabras clave

Currículo, construcción, escuela, valores, autorrespeto.

Crecí en la ciudad de Medellín en un barrio popular marcado por la violencia. Mis papás y otros parientes salieron del campo, huyendo de la violencia. Eventualmente, visitábamos a los parientes en el campo, o ellos se acercaban a la ciudad en visitas esporádicas. De esas visitas

de los parientes recuerdo algunos comentarios que hacían a mis hermanas mayores de quince y dieciséis años: “jovencitas, ¿a ustedes no les gustaría ser maestras? Miren que en la vereda estamos sin profesores y que el alcalde dice que, si hay una persona interesada y capacitada, la pone en ese cargo, pero nadie ha podido. Los colegios están muy lejos y la estadía cuesta mucho. Allá nadie tiene los recursos. Ustedes que tienen el colegio aquí tan cerca, ¿por qué no se animan?”.

Mis hermanas se miraban y no respondían, pero, cuando se iban los parientes, hablaban de lo enamoradas que estaban y de que su único deseo era casarse y formar un hogar. A mis casi siete años, escuchaba y envidiaba la edad de mis hermanas. Yo sí quería ser maestra, pero, para cuando lograra terminar mis estudios, seguramente ya tendrían maestra en la vereda. Recuerdo que casi toda mi infancia estuvo orientada hacia ese anhelo y puedo evocar algunos acontecimientos que me marcaron profundamente con relación a este deseo...

Estudio en la Escuela Asia Ignaciana, curso el grado primero. La docente es la hermana Luz Elena. Esta es una escuela de niñas y la hermana pidió que usáramos el vestido de domingo y un bonito peinado. Estoy en el mismo salón que mi prima Blanca Lilia. Ella lleva su vestido vaporoso y de boleros color lila, su pelo es negro y liso. La hermana Luz Elena le dice que está muy linda.

Yo llevo un vestido azul. Era de mi hermana mayor y mi mamá lo recoge con algo para que no se vea muy grande. Mi pelo es claro y ondulado, pero en la frente se levantan algunos mechones. La hermana Luz Elena se acerca y trata de sujetarme esos mechones al peinado, pero es inútil, se salen nuevamente. Me reprende diciendo que siempre estoy despeinada. Al salir, la profesora entrega un papelito a algunas niñas; a mí no, a mi prima sí.

Vivimos en la misma casa dos familias, cada una con ocho hijos, es más fácil pagar el alquiler. Blanca entrega el papel a su mamá y ella la llena de besos. Es muy cariñosa. Una semana después, Blanca usa otra vez su vestido de domingo para ir a la escuela. Quiero ir, es día de escuela, pero no se puede. Blanca está invitada, yo no. No entiendo lo que pasa, pero, en la tarde, Blanca regresa feliz con una canastica como de hilos de plástico de muchos colores y llena de dulces.

De treinta, solo invitaron a quince. Me cuenta que las llevaron a un edificio muy grande, lujoso y bonito, le decían convento. Les agasajaron con comida, dulces y juegos. Mientras saboreo la mitad de un delicioso dulce relleno de miel, le digo: “cuando yo sea maestra, las voy a llevar a todas”.

Curso el grado segundo, tengo que llevar un cuaderno para artística, pero mi mamá dice que no hay con qué

comprarlo. Mi papá es camionero, viene una vez por semana; algunos adultos dicen que gana mucho dinero, pero es extraño, a mi casa no alcanza a llegar ese dinero.

Mi mamá me rebusca un cuaderno viejo, le corta las hojas usadas y me lo entrega. Está ajado y algunas hojas tienen los bordes doblados. Quiero llorar, pero me va a regañar, mejor hago mi dibujo. ¡Me quedó tan bonito! ¿Cómo se vería en un cuaderno nuevo?

La profe Celina, que no es monja, es muy buena conmigo. Dice que leo muy bien y que soy la mejor en Matemáticas. Le mostré mi dibujo. La profe ve mi dibujo y va a decir algo. La veo enojada y le suplico con la mirada: “no, por favor, no, no delante de todas”. Ignorando mi mirada, grita: “¿Qué pegote es este?” Todas las niñas se ríen. Yo quiero desaparecer. ¿Por qué, Celina? Eras mi profe adorada. Estoy muy triste. Siento esa burla como una herida profunda. “Cuando yo sea maestra no diré cosas feas a las niñas, menos delante de las otras”, le digo a mi compañera, que no me hace caso y sale corriendo para coger turno en los baños.

Estoy cursando el grado tercero, la profesora se llama Olid Barrientos Martínez y es muy joven y pequeña. Sus clases son suaves, su voz, como una brisa, siempre con una sonrisa para todas. No permite la discriminación ni la injusticia. Cuando sea maestra quiero ser como Olid.

Grado quinto, es el primer día de clases y estoy muy asustada. Hay dos profesoras que dictan clase en el grado quinto. Cristina, rubia, con ojos verdes y siempre sonriente. Gloria, alta, corpulenta, muy blanca, con un cabello negro esponjado. Gloria se peina y su cabeza se ve enorme y cuadrada, su piel dice que de joven tuvo mucho acné, es muy seria y callada. Tengo miedo. En vacaciones soñé que me tocaba con ella y la vi llegar sin una pierna, en muletas, pero no caminaba, sino que se deslizaba y venía directo hacia mí. Desperté muy asustada. Más que nunca, quiero que mi profesora de grado quinto sea Cristina. Nos filan en el patio y leen la lista de las que se van con Cristina. No estoy en esa lista. Vamos al salón de Gloria. Olga Lucia, mi compañera, ve mi pánico y trata de animarme.

Pasan los días y Gloria me parece la profesora más maravillosa de todas. Es muy amable, muy cálida y afectuosa. Se preocupa por mí. Es el primer adulto que se interesa por mi vida privada y me habla con suavidad, mirándome a los ojos. Me pregunta si desayuné bien, me estimula para que juegue en los descansos, pero no me gusta jugar. Cuando corro, llego al salón sudando y con sed, no logro concentrarme y, con tantas niñas usando los baños, no hay forma de tomar agua. Prefiero quedarme sentada en los muros del jardín, charlando con Olga Lucía y comiendo hojas de trébol.

Finaliza quinto y tengo que decir adiós a Gloria. La secundaria es en otro edificio. Tal vez no la vuelva a ver, pero llevo en mi corazón su secreto. Cuando sea maestra diré al oído de mis estudiantes, así, muy bajito, lo maravillosas que son y que solo deben mejorar un tris, una migajita en algo...

Sexto grado, son dos edificios, uno en frente del otro. Sexto y séptimo en un lado, octavo y noveno en el otro. Allí esta Luz, mi prima, es hermana de Blanca. Ya no vivimos en la misma casa. Luz es alegre, extrovertida y revoltosa. Está en noveno y me da algunas indicaciones: todos los profesores son horribles, pero el de Matemáticas es el peor. Se llama Uchima y si se pierde su materia... a repetir año. No hay manera de habilitar. ¿Cómo se llama? U-CHI-MA, es el apellido. "Haga desorden en todas las clases, menos en la de él", me dice mi prima. Suena el timbre, debemos entrar a clase.

Clase de Matemáticas, tengo miedo de entrar. Decido irme a la biblioteca. En las tardes, pido un cuaderno para desatrasarme y estudio mucho, mucho, para los exámenes de periodo.

Es fin de año. Aprobé todas las áreas, incluso Matemáticas, aunque dice la hermana directora que no podré pasar a séptimo. Tengo muy buenas notas en Matemáticas, pero la cancelé por inasistencia, nada que hacer. Las que perdieron pueden habilitar, yo no. Nunca podré ser maestra. No hay más colegios cerca y mi mamá no puede costearme pasajes hasta otro barrio.

Ninguno de mis hermanos ha pasado de sexto o séptimo grado. Es mal de familia. Mi mamá no abogará por mí. Siento un dolor profundo, una desolación que no había experimentado antes. Si lloro, van a preguntar. No se lo diré a nadie. Qué angustiada noche... no hay futuro... sin posibilidad de estudiar no seré nada.

Una estudiante de séptimo, de las que le tocó habilitar, me informa que debo ir al colegio a solicitud de la hermana directora. Entro en pánico, voy lo más rápido que puedo, son solo dos cuadras. La hermana directora, de muy mal genio, dice que, de ser por ella, me ponía a repetir sexto, pero el profesor Uchima dice que soy muy buena estudiante. Que si dependen de él, paso a séptimo. Los otros profesores estuvieron de acuerdo con él. “Gracias, gracias, Uchima; gracias, profesores, por devolverme mi futuro”, digo para mí.

Grado octavo, terminó el descanso, voy corriendo al salón. El profesor de Historia nos deja afuera si no llegamos a tiempo. Somos treinta y cinco niñas, y siete siempre se quedan por fuera, se hacen llamar grupo “jopeco” (jodidas pero contentas). Creo que no les importa que las dejen fuera, igual siguen llegando tarde.

Hoy pasa algo extraño. Cuando llego a la puerta del salón, hay un tumulto y todas somos empujadas hacia adentro. Nos golpeamos, nos caemos. Hay algarabía. Las “jopeco” están

gritando y pidiendo silencio. Es la venganza. El profesor no podrá entrar al aula. Vemos llegar al profesor, quien, a través del vidrio, pide que le abramos. Una de las niñas se levanta para abrir y las “jopeco” la detienen. La que abra será esperada y golpeada a la salida. No es justo. Nosotras siempre llegamos a tiempo, no necesitamos esta venganza. El profesor se va y las “jopeco” aprovechan para amenazarnos a todas.

Mi compañera Adriana está junto a mí. Siempre la he admirado. Es muy exitosa en todo, en lo académico, en el arte y en el deporte. Hoy la admiro más. Está en silencio y muy tranquila. Yo estoy muy asustada y tengo mucha rabia. ¿Cómo hará Adriana? Es la menor de su familia, sus hermanos mayores están en la universidad y su papá estudió algo... creo que por eso ella es tan superior en todo. Yo la igualo en lo académico, pero no en lo demás, hay quienes la igualan en arte, otras en deporte. Es la única que está muy calmada. Todas gritamos. Algunas felicitan a las “jopeco”, otras les gritamos “abusivas” en coro.

Llega la hermana directora con el profesor. Estas niñas están locas, no nos dejan abrir, pero nos tiramos en tumulto y abrimos. Nadie responde a las preguntas de la hermana. El profesor está furioso, empieza a gritar y a gesticular. Hay risitas. El profesor se descompone más, las venas de su frente y cuello se brotan. Sigue vociferando. Yo no escucho. Siento mucha lástima por él, y rabia conmigo por cobarde.

Suspenden al grupo en general y no podemos volver hasta que todos los padres o madres se presenten a una reunión. Si algún día soy maestra, necesito la calma y la serenidad de Adriana. Creo que ningún maestro se debería poner iracundo en un salón de clases y que ningún estudiante debería pagar injustamente por las acciones de otros.

Grado décimo, estoy en uno de los colegios más exclusivos de la ciudad de Medellín. Debo atravesar toda la ciudad en buseta para llegar, pero el transporte está incluido en la beca. La profesora de Matemáticas de mi escuela anterior, que también trabaja aquí, informó en mi antigua escuela que se ofrecían becas para estudiar desde noveno grado. Adriana y Olga se entusiasmaron, pero sus familias no se lo permitieron. Finalmente, quedamos una vecina y yo. Estamos aquí desde noveno.

Fue un alivio dejar a las “jopeco” atrás. Aquí no hay niñas así. Somos veinticinco, todas de barrios marginados, estudiando en horas de la tarde en un colegio de El Poblado. Comentan algunas que, en la mañana, están las niñas más adineradas de la ciudad. En la tarde, tenemos este lujo de colegio para nosotras solas hasta las 7:00 p.m. Las profes son un amor. Es una tarde de mucho calor, falta la última clase y mi vecina me pide que la acompañe fuera, que se está ahogando. Todas esperamos muy juiciosas, la profe aún no llega. La acompaño porque sé que está muy triste. Está enamorada de uno de mis primos que vino del pueblo. Ella le envió un

mensaje conmigo y quiere saber la respuesta, pero yo no se la puedo decir. Tiemblo cada vez que recuerdo lo que dijo mi primo: “prima, no me traiga razones de nadie, que la que me gusta es usted”. Es el primer piropo en mi vida. Le digo a ella que aún no he dado su mensaje.

El celador nos ve y llega con la profesora. Ella nos lleva a la oficina y dice que le va a decir a la directora que yo me volví un desorden, que ya no quiero atender a la misa y, además, que me llevé esta niña para el jardín, quién sabe con qué intención. Escucho a la profe Laura y siento que algo se rompe en mí... Laura sabe que estoy enojada con Dios. Mi papá, de cuarenta y cinco años, con tantos hijos para mantener, murió hace unos días en un accidente. No entiendo cómo Dios lo permitió; yo, que gustosa asistía a misa cada día, ya no quiero. Se lo conté a Laura y hoy lo usa contra mí. Dos años con las mejores orientaciones, con el trato más afectuoso, y hoy me señala no sé de qué. “El mal existe”, dice ella, “¿por qué se llevó a su amiguita al jardín? ¿Qué estaban haciendo?” Intento explicarle que se ahogaba en el salón y que me pidió que la acompañara, pero Laura no me deja hablar. Quiero decirle que lo que nos une es la atracción por el mismo joven, pero se niega a escucharme. No insisto, para qué. Esta no es la amorosa Laura, la profe de Religión. Es pura teoría. Es una mentira.

Un día después, estoy en la oficina con la coordinadora. Dice que lo sabe todo y que tengo dos alternativas. Una, es quedar-

me en el colegio, muy obediente, asistiendo a la santa misa, y dejar esas lecturas tan raras, como *La Peste* de un tal Camus, y otros libros que han visto en mi bolso (me pregunto en qué momento). Además, debo aceptar una cita con la psicoorientadora y contarle a ella si es verdad que me gustan las niñas. Nada más alejado de la realidad, pero no puedo discutir. Ellas tienen el poder, yo solo una beca.

La otra alternativa es buscar otro colegio. Pienso en mi mamá. Ahora limpia casas para alimentarnos. Cómo le doy esta noticia. Pero quedarme aquí no es opción. Falta una semana y termino décimo, después, no quiero volver por aquí. Ya ni siquiera quiero ser maestra. No de las que juzgan, critican y señalan mientras predicán respeto, caridad y amor. No de las que imponen su poder y convierten a la escuela en un espacio de injusticia.

Voy a terminar once en Támesis, un pueblo del Suroeste de Antioquia. Mi hermana mayor vive allí con su esposo y me aceptan para que termine mi bachillerato. Creo que me voy a reconciliar con Dios.

Ahora han pasado siete años desde que me gradué del bachillerato y seis y medio desde que me casé con mi primo, tenemos dos hermosos hijos de tres y cuatro años. Vivo en un pueblo a seis o siete horas de la ciudad. Mi querida amiga de la escuela, Olga Lucía, y su esposo me ayudaron

con todo lo relacionado con el ingreso a la educación a distancia. Seré una Licenciada en Biología y Química de la Universidad de Antioquia. Hoy es mi primer día en la universidad, el paraíso. Dios existe. Dios es bueno.

Es mi cuarto año de licenciatura. El alcalde me pide que acepte dar unas clases de Ciencias estos últimos tres meses del año. Creo que aún no estoy preparada. Voy por la mitad de la licenciatura, no puedo avanzar como mis compañeros que pueden ver laboratorios y algunas clases en semana, pero es mi sueño, se adelantó.

He pasado mis primeras tres semanas en los salones de clases. No puedo susurrar ni hablar suave como Olid. Los cuarenta, o más, niños y niñas gritan y hablan al mismo tiempo. Intento hablar alto para ser escuchada, y de mi garganta salen ruidos extraños y desagradables. Ni siquiera puedo gritar, mi voz se apaga y siento un fuerte ardor en la garganta. Debo diseñar trabajo de equipo para ir por los grupos explicando, orientando.

Gracias a algunos acuerdos en los grupos, se mejora mucho la comunicación con los estudiantes, pero me enfrento a otras dificultades como lograr la relación entre los componentes educativos, es decir, establecer coherencia entre los fines de la Ley General de Educación, los lineamientos curriculares del área, el modelo pedagógico de la

institución, las necesidades del contexto, los intereses de los estudiantes, la ciencia que se enseña y la ciencia que los niños y niñas ya saben. Debo encontrar la forma de lograrlo. Creí que en los colegios todo estaba hecho, que yo solo llegaba con mis conocimientos, mis libros, mis ganas de enseñar, de acompañar, de orientar, y que esto se articulaba al currículo institucional de manera mágica. Pero no es tan simple, mucho menos tan estático y predeterminado.

Con indagación, lecturas y búsqueda, empiezo a entender que es a través de mi práctica pedagógica al interior de las aulas y de la interacción con los estudiantes como se va construyendo currículo. El currículo institucional es más que un conjunto de normas y de planes de estudio. Según Lafrancesco (1998), este debe responder

(...) a los retos ontológicos, epistemológicos, metodológicos, antropológicos, axiológicos, formativos, psicológicos, cognitivos, sociológicos, interactivos, pedagógicos, y didácticos, que demanda la educación del siglo XXI. Para esto es necesario asumir una clara postura holística frente al conocimiento, la ciencia, la tecnología, el hombre, la cultura, la sociedad, los procesos, las estrategias, y las formas de concebir la educación.

Es así como, además de llevar al aula las Ciencias Naturales, debo buscar la forma de sumergir al estudiante en la cultura del saber. Que interaccione, no solo con los conceptos, teorías y leyes de la ciencia, sino también con todo lo que la ciencia ha generado en la sociedad; la forma como hace presencia en nuestra vida, oscilando entre el progreso y el retraso, y desarrollar en el estudiante la capacidad de analizar de forma crítica y reflexiva los daños y beneficios que ocasiona esta. Con ello, también se busca un cambio de actitud y de hábitos que mejoren la relación del estudiante con todos y con todo lo que le rodea, en especial consigo mismo.

Para llegar a esto no es suficiente con ir a la universidad y combinar los conocimientos con las claves de las profes más queridas, ni con erradicar de mi práctica los desaciertos de aquellas y aquellos profesores que me marcaron de forma dolorosa o negativa. Debo ampliar mi perspectiva y aceptar que, si bien es cierto que para entender las Ciencias Naturales el estudiante debe adquirir algo así como un nuevo lenguaje, no basta con llevar al aula un glosario de cada tema. No es suficiente con que los estudiantes enfilen sus mejores argumentos en los debates; no alcanza con que algunos estudiantes exhiban sus dotes de oradores, y defiendan con pasión aquellos argumentos cuya preparación les implicó un fin de semana de encierro y lectura. Mucho menos, cuando la impotencia

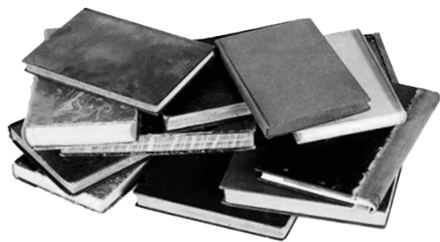
ante la no aceptación de sus opiniones les impulsa a agredir verbal o físicamente a quienes no comparten sus ideas.

¿Qué beneficio puede traer a un estudiante conocer algunas leyes, teorías y clasificaciones de la ciencia si no sabe cómo manejar sus emociones? Puedo revisar con el estudiante partes de la anatomía y fisiología de su sistema nervioso; puedo mostrarles lo que sucede cuando se desencadenan una serie de hormonas que le conducen a un estado de furia; y la forma en que la ciencia ha comprobado que esos estados pueden ser puestos bajo control voluntario, pero hay un componente esencial que debe tener cada ser humano para poder convivir consigo mismo y con los demás: el respeto de sí mismo, para poder estar en condiciones de ofrecerlo a otros.

A algunos docentes se nos escapa que, en la escuela, “el mecanismo empleado para inculcar valores es el de la prédica, la imposición de normas y la represión, antes que el buen ejemplo, el análisis y la práctica reflexiva” (Ministerio de Educación Nacional, 2002, p. 43). Para trascender el proceso de enseñanza-aprendizaje, los docentes necesitamos adquirir herramientas que puedan ayudar al estudiante violento, al tímido, al que discrimina y al que se deja discriminar, a la víctima y al victimario, pero que también sirvan para fortalecer las cualidades, los valores, los dones, los talentos y las habilidades. Es una búsqueda constante del quehacer docente, entre muchas otras.

Personalmente, me siento aludida cuando escucho los juicios que se hacen a la escuela, culpándola de no enseñar lo que debería enseñar. Cito algunos ejemplos que se escuchan a menudo: la escuela debería enseñar finanzas; los pobres no saben manejar su dinero, lo dejan en las cantinas y sitios de vicios; la escuela debería enseñar a los adolescentes la planificación familiar; la escuela debería enseñar el respeto y la equidad de género; la escuela debería enseñar a las niñas a respetarse desde pequeñas y a sentirse valiosas y suficientes; la escuela debería enseñar al pueblo a elegir bien a sus gobernantes; la escuela debería enseñar la compasión y la caridad; en la escuela se debería enseñar a respetar; la escuela debería enseñar cómo ser feliz... hay tantas cosas que la escuela debería enseñar... de hecho, muchas de ellas se enseñan, cuando el educador las ha aprehendido y son parte de su esencia.

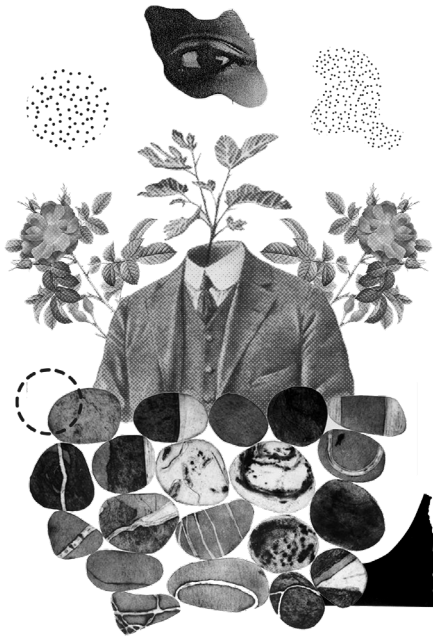




Referencias

Lafrancesco, G. (1998). *La gestión curricular: problemática y perspectivas*. Libros y libros.

Ministerio de Educación Nacional. (2002). *Lineamientos curriculares para el área de ciencias naturales y educación ambiental*. Ministerio de Educación Nacional.



UNA HISTORIA DE VIDA PARA INSPIRAR

Edgar Martín Osorio Sepúlveda*

*Maestro de la Institución Educativa Mariano de Jesús Eusse del municipio de Angostura. Correo electrónico: edos29@gmail.com

Resumen

Bienvenidos a una historia de vida para inspirar. Aquí se dan a conocer los apartes de una historia de vida en la que muchos pueden sentirse identificados. Se muestran las luchas, los sufrimientos y las satisfacciones de una persona que, desde su deseo por ser un maestro, no se amilanó ante las adversidades y pudo obtener su sueño con esmero y ahínco. El propósito de este ejercicio es reflexionar sobre el quehacer del maestro como un ser sintiente, colmado de emociones y con la diáfana vocación de educar. Con esta producción escritural se espera que, quien la lea, se sienta instado a valorar el rol que los maestros desempeñan en la sociedad.

Palabras clave

Cooperación, educación, esfuerzo, motivación, vocación.

Solo está vencido quien decide no avanzar

Era 1985 cuando un niño de doce años estaba a punto de recibir el diploma que le acreditaba que había terminado su primaria en la Escuela Agustín García de su natal Don Matías.

Aquel delgado y pequeño muchacho, que aparentaba ser dos años menor, estaba feliz. Sus grandes ojos color café brillaban de emoción. Aunque ninguno de sus padres estaba allí, no le importaba, ya estaba acostumbrado porque ellos nunca pudieron estar cuando se trataba de reclamar las notas académicas. Le bastaba con la compañía de su madrina, que cumplía las veces de acudiente, y de su tía Rosa María, la consejera y cooperadora de sus sueños, como algún día le llamó.

Cuando comenzaron a llamar por los diplomas, el niño estaba muy ansioso porque debía esperar mucho. Él era el número treinta y ocho en la lista. ¿Por qué mi apellido no comienza por la letra A?, musitaba mientras observaba repetirse la misma escena: el director de la escuela entregando un diploma a un estudiante. De pronto, quedó absorto al imaginar cómo sería estar estudiando en bachillerato. Mientras eso ocurría, alguien con tierna voz le susurró al oído “¿Qué quieres ser cuando seas grande?”, era la voz de su maestra preferida, que se le acercaba con cariño. Él, en ese momento, no atinó qué responder. Entonces, su recuerdo viajó a 1981 cuando empacaba su maleta —una caja de cartón que hacía las veces— para trasladarse desde su vereda, Matasanos, al pueblo Don Matías, para iniciar su primaria. Era el mismo año en que su tía Rosa María le besó, diciendo, “hoy va a iniciar sus estudios para que sea alguien en la vida”. Fue en ese momento que, abriendo aún más sus ojos cuan-

grandes eran y con una tímida sonrisa, le respondió a su maestra: “voy a ser alguien la vida”. La maestra le sonrió, a la vez que le acariciaba su arisco y liso cabello, y, así, con esa grata compañía, el tiempo de espera se hizo más corto. Entonces, la profe maestra de ceremonia pronunció su nombre. Era su turno de recibir el diploma que, además, estuvo aderezado con una mención de honor por su excelente rendimiento académico y comportamental.

Es pertinente aquí hacer una pausa e indicar *grosso modo* cómo fue la niñez del protagonista de esta historia. Él nació un 12 de abril de camino al hospital porque su madre no alcanzó a llegar para el alumbramiento. Una vecina hizo las veces de partera. Luego, fue registrado como nacido en Don Matías, donde su madre pasó la “dieta”¹. Después de ello, regresaron a la vereda.

Los padres del niño vivían en un sobrio lugar de paredes de bahareque², techos de lata y patio de tierra. Aquella casa, por así llamarla, era tan humilde como acogedora. La niñez del primer hijo varón de aquellos humildes padres estuvo colmada de caricias y de escasez, sin embargo, era feliz. Sus días pueriles eran casi una fotografía, sobre todo, en su forma de vestir —o de ser vestido—: camisetas, pantalones cortos remendados por su madre y pies descalzos... porque

los zapatos solo eran para salir al pueblo. Pero eso no era óbice para correr, saltar y jugar con su hermana mayor. En esa época, no faltó uno que otro fuetazo a causa de sus exageradas pilatunas, y así fue pasando esta primera etapa de su existencia. Cuando cumplió siete años, acordaron que el pequeño fuera a vivir a Don Matías con una tía madrina. Entonces, se iniciaron los preparativos para el viaje.

En 1981 inicia su periplo educativo cursando el primer grado de primaria, como se mencionó, en la escuela Agustín García. Su buen rendimiento era de esperarse. Para el primer mes de clase ya sabía leer bien, a tal punto que, en el primer acto cívico del año, fue a él a quien eligieron para leerlo. Pero era tan pequeño que lo tuvieron que subir a un pupitre para que lo pudieran ver. Aunque las risas no se hicieron esperar de cuenta de aquel improvisado pedestal, pronto se cambiaron por aplausos y admiración ante lo bien que leía. Fue así que, entre buenas calificaciones y excelente conducta, terminó su primera experiencia en la escuela. Pasó al segundo grado, que fue igual de excelente que el primero. Para tercero y cuarto grado, la conducta ya no fue excelente, sino buena, porque el niño era inquieto en clase cuando no encontraba qué hacer después de terminar muy rápido los talleres.

¹ Cuidado especial que una mujer debía tener durante 40 días, después de dar a luz.

² Material utilizado en la construcción de viviendas compuesto de cañas o palos entretejidos y unidos con una mezcla de tierra húmeda, por lo general de color amarillo y estiércol de equinos o paja.

Al iniciar el grado quinto, la primera preocupación fue la falta de unos zapatos para ir a la escuela. Los que tenía ya no le servían desde hacía mucho tiempo. Entonces, su tía Rosa María entró en acción. Vendió tres de sus gallinas y le compró unos nuevos zapatos. Eso sí, de un número más grande para que le durasen bastante, aunque esto le propinó muchas caídas y unas tantas burlas. Pero lo cierto fue que esto le importó poco al niño. Más bien, se dedicó a estudiar y terminó con excelentes notas el grado quinto.

La cooperadora de los sueños

En este apartado se hace necesario hablar de la tía del muchacho, en vista de la influencia que esta mujer tuvo en su vida. Era Rosa María, una bella y elegante dama que, para el año en que nació el niño protagonista de este relato, tenía cuarenta años. En este tiempo tuvo una decepción amorosa que coincidió con la pérdida de su padre. A partir de aquellos duros acontecimientos, la buena mujer optó por quedarse soltera y virgen, por lo cual no tuvo hijos. De ahí que todo su amor e instinto materno lo desbordó en sus sobrinos, especialmente, en dicho jovencito.

Ella siempre soñó con ser maestra e inculcó en su sobrino el deseo de estudiar. Por eso le decía, “mijo, estudie, ojalá para que sea un gran maestro o si no para que sea alguien en la vida. Ser alguien en la vida quiere decir que, desde la

profesión que elija, siempre busque el bien de los demás como si fuera el propio”. La amable tía también le contaba al niño que ella era una alumna muy aventajada en su época de escuela, y la profe —señorita, como llamaba a su maestra en ese tiempo—, le pedía ayuda para que le enseñara a los más pequeños. Desde entonces, se enamoró de la profesión de ser maestra. Pero esto solo se quedó en deseo porque su padre no le pudo dar estudio dada la precariedad económica en la que vivían. Por eso, ella veía en su querido sobrino la oportunidad de ver realizado su frustrado sueño.

A esta mujer, tan bondadosa como inteligente, le gustaba mucho leer y escuchar noticias. Siempre se mantenía al tanto de la actualidad. Vivía al pendiente de los programas educativos y culturales de la radio y, además, tenía una colección de cartillas sobre el cuidado de los animales y el campo. Es de destacar que el afecto entre tía y sobrino era recíproco. En parte, era porque el niño, después de ser amamantado por su madre, pasaba más tiempo en casa de los tíos que con su propia progenitora. La tía dedicaba ratos a enseñarle a leer, los números, geografía o a explicarle las noticias que escuchaba. Esta gran mujer en la actualidad tiene ochenta y siete años, y ha sido la guía y referente del protagonista de esta historia; en otras palabras, ha sido la cooperadora de sus sueños.

Nunca es tarde para estudiar

Es tiempo de volver a la historia del personaje central, que iniciaba el bachillerato en 1986. Era una incógnita. Nadie cercano a su familia había llegado tan lejos. La tía Rosa María estaba feliz, su sobrino querido iba a estudiar. Todo estaba ya listo, aunque a los papás del niño no les gustaba mucho la idea de que estudiara porque, al fin y al cabo, según ellos, eso no era necesario. Pero el poder argumentativo de la tía terminó por convencer a los padres del niño.

Sin embargo, en la vida las cosas no son como se planean, sino como suceden. Precisamente, al niño se le vio truncado su sueño apenas en la primera semana de estudio de bachillerato porque su padre perdió el empleo a causa de una enfermedad. Se requería entonces de alguien que se hiciera a cargo del hogar. Fue así como, con apenas doce años, aquel niño tuvo que cambiar el lápiz por un azadón para arar la tierra y los cuadernos por grandes canastos para recolectar el café producido en las laderas de su bella región.

Luego de recibir tal noticia, el pequeño, con los ojos llorosos, regresó a casa. Nunca los ocho kilómetros que distaban el pueblo de su domicilio le habían parecido tan extensos. Aquel verano arduo de febrero contrastaba con el gélido frío que sentía en su pecho y que se reflejaba en la tristeza de sus ojos por no poder estudiar para ser alguien en la vida.

Cuando por fin llegó a casa, destrozado, esperaba consuelo de sus padres. Pero lo que le expresaron acrecentó más su dolor porque ellos, casi al unísono, le dijeron: “usted se preocupa por eso, ninguno de nosotros estudió y no nos hemos muerto de hambre”. El chico calló por un instante y, frotándose los ojos para ver con claridad, fue a casa de la tía Rosa. Tía y sobrino se fundieron en un abrazo. Mientras aquello ocurría, la intelectual mujer le dijo: “comprendo su dolor, miijo, pero no se preocupe, nunca es tarde para estudiar, ya vendrá la oportunidad y yo voy a estar allí para apoyarle, si Dios quiere”. El muchacho asintió y asumió su realidad con gallardía.

Entre 1986 y 1994, los lugares de aprendizaje fueron los cañadulzales, los cafetales, las fincas ganaderas, además de los sitios de construcción y las porquerizas. Es decir, iba a trabajar donde le tocara. Era un todero, como coloquialmente se le dice a este tipo de personas, desde que el trabajo fuera honrado —cualquier trabajo es digno, repetía con dignidad y orgullo—. El trabajo lo alternaba con el deporte que lideraba en la Junta de Acción Comunal (JAC) de su vereda y con el teatro desde el grupo juvenil, además de las buenas lecturas nocturnas. Todo esto lo hacía sin desistir de la oportunidad de estudiar, pero teniendo claro que la prioridad era abastecer a su familia de lo necesario.

Fueron varios los intentos de iniciar su bachillerato hasta que, en 1995, se pudo matricular en una institución priva-

da e inició en modalidad semipresencial. Asistía los sábados y realizaba todas las tareas en semana. Tareas que asimilaba muy bien porque, de manera autónoma, siempre había estudiado. Fue entonces cuando tomó confianza y, como pagar la mensualidad le demandaba mucha inversión pecuniaria, decidió no continuar en esta institución. Optó por, validar dos años después de iniciar allí el bachillerato. Como era de esperarse, lo logró con muy buen puntaje. Para 1997 se graduó de bachiller, pero sin ceremonia de grados porque su diploma fue enviado por correo.

Era mayo de 1997. Para entonces tenía veinticuatro años. Ya era bachiller, pero en el horizonte no se vislumbraba la posibilidad de estudiar en universidad alguna. No obstante, no dejaba de desearlo, máxime después de tener su diploma. Orgulloso, se lo enseñó a su tía y, por primera vez, la llamó “la cooperadora de mis sueños”.

Aunque su tía le había preparado una pequeña reunión familiar para celebrar aquel logro, el joven no la disfrutó a plenitud, pues aún estaba convaleciente a raíz de un accidente en una porqueriza. Un cerdo le había propinado un mordisco que le desgarró el músculo vasto interno del muslo izquierdo, y lo incapacitó por tres meses. Así que, con un dolor tan emocional como físico, lloró imaginando cómo hubiese sido recibir aquel diploma de bachiller en una gran ceremonia.

Lo cierto es que el joven guerrero, como su tía le decía, soñaba con ser maestro y luego casarse. Pero, nuevamente, la vida le invirtió los deseos. Como el amor es caprichoso, para enero de 1998 inició por lo segundo. Su tía se sintió un poco triste porque pensó que, tal vez, no continuaría con su deseo de seguir estudiando. Pero él le prometió que sería un gran maestro.

Para ese 1998 las cosas mejoraron un poco económicamente y compró un terreno para trabajar por su cuenta. Comenzó a ahorrar para ir a la universidad, pero ¿cuál universidad? En 1999 le hablaron de la Fundación Universitaria Católica del Norte, una universidad que recién iniciaba en la formación virtual. No pudo iniciar porque los ahorros fueron invertidos en atender el nacimiento de su primer hijo. Por fin, para el 2002, no postergó más su deseo y, junto con el nacimiento de su segundo hijo —una hermosa niña— inició su aventura en la misma universidad. Empero, surgió otro reto; no sabía manejar un computador, solo los conocía de lejos. Entonces, pidió el favor a la secretaria amiga de la institución educativa donde trabajaba como vigilante los fines de semana.

Con una corta explicación, le bastó para entender un poco. Luego, a partir del ensayo y error, fue mejorando. También lo hizo en su capacidad para digitar porque, al inicio, se demoraba hasta cuatro horas para escribir una página en Word.

Su primer computador lo compró con un préstamo que su suegro le hizo generosamente. Esto fue todo un acontecimiento porque llevar un computador a una zona rural tan alejada del pueblo se convirtió para muchos en novedad, a tal punto que, algunos de sus vecinos, que no conocían un computador, le visitaban para que se los mostrase.

Cada día le era más fácil trabajar en el computador, pero enviar los trabajos era toda una odisea porque en su finca no tenía internet. Guardaba entonces sus tareas en un disquete para luego auparse en su Perla, como llamaba a su ejemplar equino, que le hacía más fácil el recorrido de su casa al municipio de Barbosa —el más cercano en ese entonces— para enviar los trabajos a los profesores.

Así pasaron cinco años de muchos trasnochos porque el día era para trabajar, las tardes para acariciar y jugar con los hijos, y la noche para estudiar, lo cual dejaba tan solo cuatro horas para dormir. Todo este esfuerzo fue recompensado en julio de 2007 con la culminación de la licenciatura con muy buenas notas, sumada al reconocimiento por dedicación y compromiso. A raíz de esto, lo eligieron para dar el discurso en la ceremonia de graduación.

“He sido un hombre afortunado: nada en la vida me ha sido fácil”. Con esta frase de Sigmund Freud inició aquel discurso, que continuó con la gratitud a Dios, al rector, a los maes-

tros y compañeros y a la muy querida cooperadora de sus sueños. Al finalizar, emitió esta frase de su autoría: “solo está vencido quien decide no avanzar”. Cuando terminó el discurso, estaba pletórico. Ya era un licenciado idóneo para enseñar. Recordó cuando, en antaño, como catequista de la parroquia y cuando dirigió un grupo de teatro, los niños le llamaban “profe”... Ahora sí le podían decir profe de verdad.

Recordó a todos quienes le apoyaron, pero también a quienes no. Le vinieron a la mente muchos sinsabores, especialmente, el de una pariente que era profesora y que se burló de él cuando le pidió asesoría para una tarea. Aquella humillación del momento la convirtió en un aliciente para, a partir de allí —herido en su amor propio—, demostrar que solo se apedrea al árbol que está dando frutos. Luego de ese incidente, asumió como moraleja la siguiente tesis: “en la vida necesitas dos tipos de personas para triunfar, quienes te apoyan y quienes no; las primeras están ahí animándote y confiando en ti, y las otras están allá, deseando verte fracasar, pero sin saber que sirven de aliciente para demostrar con hechos lo que eres capaz de hacer”. Frases, experiencias y moralejas como estas han hecho parte de las clases con los estudiantes porque él las utiliza para motivarlos, para que tengan amor propio y para que no se dejen mutilar sus sueños.

Un maestro para la vida

Una semana después de los grados, inició a trabajar con el Sistema de Aprendizaje Tutorial en las veredas de Barbosa. Para el año 2008, comenzó su periplo con la Secretaría de Educación de Antioquia en calidad de provisional en Don Matías. Su experiencia fue muy dura, puesto que venía de trabajar con grupos de pocos estudiantes con quienes, además, tenía empatía por su afinidad hacia la vida en el campo. Pero esto no lo amedrantó, y pronto se adaptó a los nuevos ambientes. Como él muy a menudo repetía, “para ser feliz en la vida, lo primero es tener la capacidad de adaptarse a las circunstancias”. También recordaba las palabras del maestro Freire (1993): el proceso de enseñar implica el proceso de educar, y viceversa, en el que la pasión por conocer es una búsqueda placentera, aunque nada fácil. De ahí que una de las razones para la osadía necesaria de quien quiere hacerse maestro sea la disposición para aprender y aceptar muchas cosas.

Poco tiempo después de la experiencia en su pueblo, fue trasladado a Pueblorrico, Antioquia. Estando allí, ganó el concurso de méritos para vincularse al magisterio en propiedad. Para el año 2010 estaba trabajando en Campamento, Antioquia. Luego, se especializó en pedagogía de la virtualidad en el año 2011. La alegría de aquel otro logro contrastó con la tristeza de perder a su padre. Pero, eso es

la vida, y debía acometer con valentía la situación porque aquellos que continúan llenos de temores y no trascienden los obstáculos de la vida se estancan en la desazón. El hombre debe ser el forjador de su destino, nada carece más de sentido que huir de nosotros mismos (Mandelbaum, 1998) y de las circunstancias, sin que ello implique insensibilidad.

Al iniciar el 2013, tenía otros retos en mente. Esta vez, con el traslado a Santa Rosa de Osos, inició actividades extra-curriculares que terminaron con la creación de clubes digitales conformados por chicos gomosos de las nuevas tecnologías. El objetivo de estos clubes era incorporar el uso de las Tecnologías de la Información y la Comunicación (TIC) al proceso formativo de los estudiantes. Por eso, lo aprendido allí lo replicaba en las clases con los otros estudiantes. Para ese entonces, Teleantioquia, el canal regional, se interesó por este proceso. Fue así como lo resaltó en un programa de la época llamado Antioquia de Colores. En ese año, este inquieto maestro comenzó a escribir sus experiencias de aula con el uso de las TIC.

Para el 2015, accedió a una beca de maestría, misma que terminó en octubre de 2017. En ese año, su premio fue doble porque, un mes más tarde, fue reconocido como “Maestro de excelencia” por la experiencia significativa que desde el 2013 había iniciado y que, año tras año, actualizaba y perfeccionaba. Tal reconocimiento lo obtuvo junto a una excelente maestra,

Mónica Reinosa Pizza, que se había convertido en la coequipe-ra ideal en las exitosas estrategias pedagógicas de aula.

En el 2018, inició su año lectivo con las mismas ganas y compromiso de siempre. Esta vez, con dos objetivos adicionales. Uno era llevar a cabo un proyecto pedagógico que sirviera de crédito condonable por haber sido becado, como ya se había reseñado líneas atrás. El otro era continuar con su formación académica. Por eso, en compañía de la gran coequipera, inició el proyecto “Constru-Yo en Sociedad”. Para septiembre de ese año, arrancó con su segundo propósito. Todo esto, sin descuidar sus responsabilidades como docente de aula y padre de familia.

El 2019 fue la continuación de los proyectos iniciados en el año anterior, pero su parte física se deterioró un poco a causa del esfuerzo laboral y del estudio, aunado a que había tenido que reducir la práctica del ciclismo, su deporte amado. Luego de una buena dieta y una reestructuración en el uso del tiempo, logró estabilizarse. Para octubre, vio recompensado el esfuerzo del proyecto Construyó en sociedad porque fue reconocido, otra vez, como Maestro de excelencia por tan relevante experiencia significativa, nuevamente, en la muy grata compañía de Mónica, porque la verdadera educación consiste en el trabajo colaborativo, sin dar lugar al egoísmo.

Llegó el 2020 y su propósito era aportar a la educación desde otra perspectiva. Para marzo, cuando llegó la pandemia, escuchó una palabra que no le era para nada desconocida “reinventarse”. Esto él siempre lo había puesto en práctica desde su infancia, cuando hacía un variopinto de actividades para subsistir con su familia y costearse su estudio. Por ello, le fue muy fácil adaptarse a las circunstancias y a los retos de la enseñanza virtual. Tres meses después de iniciada la pandemia, se finiquitó el deseo de tener nuevas perspectivas. Fue nombrado coordinador por encargo en la Institución Educativa Mariano de Jesús Eusse en Angostura, actividad que sigue llevando a cabo con la misma responsabilidad que le ha caracterizado.

Ahora, llegando al epílogo de este relato, es prudente decir que este maestro, que gusta de la filosofía, la lectura, el deporte y que inicia una actividad o clase con una frase o reflexión, cree que la esencia de la educación es mostrar el mundo como posibilidad, a partir de no estar ceñido a una enseñanza asignaturezca³ porque, si bien se requiere aprender datos o fórmulas, lo esencial de la educación es la afluencia que permita abrir y mostrar el mundo como posibilidad (Lledó, 2020). Posibilidad de hacer nuevas cosas para bien propio y de los demás, pero siempre mirando el mundo con optimismo, con la

³ Expresión del filósofo español Emilio Lledó para significar una enseñanza que está supeditada a la reproducción de contenidos que solo prepara para exámenes.

premisa de que la escuela es el espacio para interactuar con el otro y construir juntos saberes que aportan al tejido social, desde el respeto por la diferencia. Por ello, él trata de evitar la confrontación al entender la razón de los otros e inspirarse en lo que Descartes (2010) expresa a este respecto “la razón es lo que mejor repartido está entre todo el mundo, pues cada cual piensa que posee suficiente” (p. 33), aunque esto no implica aceptar las ideas de otros y renunciar a las propias porque, como en reiteradas ocasiones ha repetido, casi todo se puede decir y argumentar en el modo correcto.

Conclusiones

Es muy probable que usted, amigo lector, ya sepa quién es el protagonista de la anterior historia. No obstante, es menester así corroborarlo. Mucho gusto, Edgar Martín Osorio Sepúlveda le saluda y le agradece haberse tomado el tiempo para leer mi historia, historia que quise contar en tercera persona porque me sentía menos cohibido para compartir mis emociones.

Pretendo que esta historia, más que reconocida, sea difundida para que otros comprendan que, cuando se desea con vehemencia y altruismo lo que se quiere, la vida no tiene más opción que concedérselo. Que, así como reza el título de este escrito, esta pueda llegar a ser una historia de vida

para inspirar porque, si un campesino carente de recursos y oportunidades pudo cumplir sus sueños, seguramente tú, amigo lector, no tendrás excusa para lograr los tuyos.

No desistamos en nuestra labor. Utilicemos la crítica como una oportunidad para ser resilientes porque, a pesar de las vicisitudes, siempre habrá una razón para avanzar. Recuerden que la felicidad no está supeditada a la obtención de metas, sino al disfrute del recorrido para conseguirlas. Les insto a pensar que la vida tendrá sentido cuando lo que se haga beneficie a otros y que el buen maestro es aquel que valora toda acción de la vida como una oportunidad para aprender. Recuerden: “haz bien lo que te corresponde hacer porque no sabes a quien inspiras con tu buen hacer”.

Referencias

- Descartes, R. (2010). *El discurso del método*. Colección Austral-es-pasa Calpe. <https://bit.ly/3kWNh0A>
- Lledó, E. (2020, 3 de septiembre). La esencia de la educación es mostrar el mundo como posibilidad [video]. *YouTube*. <https://bit.ly/2X1ZI36>
- Freire, P. (1993). *Cartas a quien presente enseñar*. Siglo XXI Editores.
- Mandelbaum, J. (1998). *El nuevo Hombre*. Editorial Johannes Mandelbaum. <https://bit.ly/3ncEbQ3>



DE LA UNIVERSIDAD

A LA ESCUELA:

Expectativas y realidades de una
profesora principiante

Daniela Peláez Cárdenas*

*Maestra de la Institución Educativa Filiberto Restrepo Sierra del municipio de Maceo. Correo electrónico: danieladpc067@gmail.com

Resumen

El presente artículo da cuenta de una gran parte de mi historia de vida, resaltando los aspectos más relevantes a nivel personal y profesional que han aportado en la construcción de mi identidad docente. Se presenta como una narrativa autobiográfica cuyo objetivo es dar a conocer las experiencias que he vivido en mi corta labor docente y en mi proceso de formación e inserción profesional. Durante el año y medio que llevo ejerciendo, he pasado por tres contextos educativos diferentes: un colegio privado y dos escuelas públicas, en los cuales he tenido aciertos, desaciertos, dificultades y superaciones. Finalmente, como maestra principiante, soy consciente de que aún hay mucho camino por recorrer y grandes aprendizajes de cada una de las experiencias que se me presenten en el ejercicio docente.

Palabras clave

Cooperación, educación, esfuerzo, motivación, vocación.

Un poco sobre mí

Nací el 31 de diciembre de 1995 en un municipio —poco conocido— del Magdalena Medio antioqueño llamado Maceo. Me considero una joven carismática, sensible y noble que

proviene de una familia muy unida, conformada por mis padres, tres hermanas y cuatro sobrinos. Hago alusión a mi familia porque son lo más importante en mi vida, el motor que me impulsa a salir adelante no solo para ser mejor profesional, sino para ser mejor persona por y para ellos.

Mi padre es de carácter fuerte, pero a la vez muy sensible y entregado a su familia. Ha trabajado toda su vida para sacarnos adelante. Fue jornalero muchos años, trabajó a sol y agua en el campo. Fue “mototaxi”, ayudante de construcción y ahora trabaja como vigilante de un hospital. Mi madre es muy temperamental, estricta y exagerada por el orden y la limpieza. Ha estado siempre entregada a nuestra familia dándonos la mejor educación y ejemplo para hacer de nosotras tres mujeres responsables, nobles y “echadas para adelante”. Pero ella no solo ha estado entregada a su hogar. Desde sus doce años tuvo que trabajar en casas de familia en oficios varios debido a que, cuando tenía tan solo cinco años, su madre murió. Cuando tenía diez, falleció su padre. Siento una gran admiración por ella y por su gran capacidad para superar dificultades.

Cuando decidí ser profesora

No siempre quise ser profesora. Cuando tenía entre siete y ocho años quería ser secretaria, era mi gran sueño. Esto se debía a que, en ese entonces, en mi familia eran muy pocas

las que trabajaban en algo distinto a ser empleadas domésticas. Solamente una hermana de mi madre trabajaba (y aún lo hace) como secretaria, así que ella era mi ejemplo a seguir porque pensé que era lo más lejos que podía llegar.

Sin embargo, durante el transcurso de la escuela y el colegio, ese pensamiento cambió por completo. Primero, porque siempre fui muy dedicada al estudio y me gusta mucho aprender, y segundo porque dos docentes (de primaria y bachillerato) marcaron mi vida y me motivaron a seguir su ejemplo en la docencia.

La primera docente fue la de primaria, mi maestra de Ciencias Naturales quien —por cierto— hoy es mi compañera de trabajo. Es una persona increíble, cariñosa, tolerante y muy paciente. Me motivó a querer ser docente al observar su forma de enseñar, formar y tratar a sus estudiantes. Aún hoy lo hace con mucha pasión y entrega. Además, porque fui su monitora de grupo por varios años y la apoyaba con funciones como revisar cuadernos, pasar notas, llamar a lista, entre otras.

El otro profesor fue de bachillerato, mi docente de Historia y Economía en grado décimo. Es un ser humano bastante especial y particular, que enseñaba de una manera totalmente diferente a como lo hacían mis demás profesores. Sus clases eran de mucho diálogo y conversaciones sobre los diferentes temas de clase. Era fascinante ver como se emocionaba al explicar, y nos transmitía todo su entusiasmo y energía.

Licenciatura en Educación Básica con énfasis en Ciencias Naturales y Educación Ambiental, Universidad de Antioquia

Cuando estaba en el colegio era claro que quería ser profesora. En mis últimos años, deseaba ser docente de Educación Física, debido a que siempre me ha gustado mucho el deporte, en especial, el baloncesto. Sin embargo, dada la situación económica de mis padres, ese sueño de ser una profesional se veía cada vez más alejado, pero la motivación y el empeño seguían intactos.

Cuando estaba en grado undécimo me enteré de que, en Puerto Berrío, en la Universidad de Antioquia, se ofertaba la Licenciatura en Educación Básica con énfasis en Ciencias Naturales y Educación Ambiental. Me motivé mucho a aprovechar esta opción, teniendo en cuenta que estaría muy cerca de Maceo y que la vida es menos costosa que cuando uno se dirige a la ciudad.

Fue así como empecé a realizar todo el proceso de inscripción a la universidad, realicé el examen de admisión y tuve muchos momentos de angustia esperando a que salieran los resultados que indicarían si pasaba o no. ¡Por fin llegó tan anhelado día! Afortunadamente, pasé el examen y celebré a gritos, desperté a mis padres para darles la gran noticia, quienes estuvieron muy contentos y orgullosos de mí.

Mi experiencia en la universidad

Al principio, lo más difícil de ir a la universidad fue dejar a mi familia. Tan solo tenía dieciocho años y nunca me había separado de ellos. Además, siempre hemos sido muy unidos. Por otro lado, llegué a un lugar donde no conocía absolutamente a nadie, a excepción de haber ido con una compañera de Maceo. Pero debía aprender a vivir sola, a ser responsable con las labores de la casa y, lo más importante, con mi estudio. La Universidad de Antioquia seccional Magdalena Medio está ubicada en Puerto Berrío, Antioquia. Se inauguró el 17 de diciembre de 1997 y brindó muchas oportunidades para los jóvenes y adultos de la región.

En el paso por la universidad, trabajé por tres años como auxiliar administrativa, lo que me permitió aprender mucho y ayudar a mis padres con mis gastos. Sin embargo, se me presentaron diversas dificultades, pero conocí a personas maravillosas como compañeros de clase, profesores y colegas quienes me brindaron todo su apoyo en muchos momentos. Además, llegó a mi vida mi perrita Anko, mi compañera inseparable en tantos momentos de soledad y tristeza lejos de mi familia.

De las personas que más me marcaron positivamente recuerdo a una familia muy unida que me acogió como parte de ella. Sus integrantes estuvieron en mis momen-

tos más difíciles y me dieron cariño, comida y estadía durante un largo tiempo. Sin embargo, cuando estaba en el último semestre de la universidad, decidí regresar a Maceo e ir a estudiar a Berrío los fines de semana únicamente. Todo iba bien, hasta que mi padre tuvo un problema económico por servir de fiador a un familiar. En ese entonces él ya era vigilante del hospital, pero lo que ganaba no le alcanzaba para sostener a mi familia en Maceo y para enviarme dinero para mis gastos, por lo que debía trabajar de noche en el hospital y en el día como ayudante de construcción, muchas veces sin poder dormir.

Aunque mi padre no debía pagarme la universidad porque, por buen promedio, solo pagaba mil pesos por el semestre, además de ser becada por la Gobernación de Antioquia —que me daba una bonificación semestral por estudiar y mantener buen promedio—, esto no alcanzaba para cubrir todo. Fue una situación muy complicada, pero la vida me puso en el camino a personas maravillosas que me ayudaron en todo momento. Una de ellas era una compañera de quien aprendí mucho por su dedicación. Fue un apoyo incondicional en esta situación, pues me ofreció su casa para quedarme a estudiar y, así, no seguir pagando hotel. Asimismo, dos compañeros de trabajo me daban el almuerzo y la comida los viernes. Hoy les agradezco y los recuerdo mucho porque fueron un gran apoyo y una gran compañía durante mi carrera.

Por otro lado, tuve la oportunidad de trabajar en equipo con dos compañeros que estuvieron conmigo siempre, incluso en el trabajo de grado. Aprendí mucho de ellos porque cada uno tenía habilidades y capacidades diferentes que siempre compartieron conmigo. Al igual, tuve profesores excelentes que demostraron compromiso y entrega en cada una de las actividades que desarrollaron con nosotros, y generaron mucha motivación en mí. De cada uno observaba y tomaba aspectos que quería adoptar y perfeccionar cuando fuera docente. En este caso quiero mencionar dos.

El primer docente nos dictaba una materia relacionada con el contexto. Era un docente al cual admiro por su gran inteligencia y capacidad analítica y crítica. A pesar de ello, no compartía ni estaba de acuerdo con sus enseñanzas. Recuerdo que nos decía que el contexto en el que se encuentran inmersos los estudiantes no importa y no puede ni debe interferir en la educación. Además, aseguraba que la labor del docente se limitaba solamente a transmitir conocimientos y que no importaba si un estudiante tenía problemas en su casa, si era maltratado o si tenía hambre.

Por el contrario, similar a lo que mencionan Vélez et al., (2019), considero que el contexto en el que se encuentra un estudiante sí influye en su desempeño académico. Por ejemplo, cuando tiene hambre o es maltratado psicológica y físicamente su

motivación y desempeño pueden verse afectados. Es una realidad que no podemos separar y que debemos tener en cuenta en el momento de enseñar y de exigirle a un estudiante.

La segunda docente llegó para quedarse en mi corazón y para dejarme grandes enseñanzas. Ella era la profesora de práctica pedagógica y nos dirigía el trabajo de grado. La admiro por su inteligencia, disciplina, responsabilidad, creatividad y, sobre todo, por la manera de tratar a las demás personas. Con ella reafirmé mi posición de ser una buena docente y aprendí que debo amar lo que hago.

Inserción profesional: todo un reto

Empezar a ejercer mi profesión fue un proceso muy complicado, aunque soy consciente de que no lo fue tanto como para otros compañeros que aún no han podido empezar su vida laboral. Desde antes de graduarme, empecé a tocar puertas con diferentes personas que trabajan con el Estado, pero me expresaron que “no podían hacer nada”.

Luego, envié mi hoja de vida a un colegio privado. A su vez, le pedí a un funcionario de la alcaldía su ayuda para un trabajo en el programa Buen Comienzo como docente, ya que había una vacante; con el objetivo de adquirir experiencia. Además, tenía muchas ganas de empezar a trabajar. El funcio-

nario me expresó que iba a empezar los trámites y que ese trabajo era para mí, que solo debía esperar la realización del contrato para firmarlo. Después de unos días, me llamaron del colegio privado para ir a la entrevista, pero, como me habían dicho que el trabajo en Maceo era para mí, rechacé la oferta. Esto lo hice pensando en que iba a estar cerca de mi familia, en mi casa y trabajando en un buen programa. Sin embargo, después de una semana, me llamaron de Buen Comienzo y me dijeron que el trabajo se lo habían dado a otra persona que ni siquiera era del municipio.

Durante ese año no encontré trabajo y me dediqué entonces a realizar trabajos universitarios, de colegios, a dar asesorías y clases particulares a niños. Además, hacía peinados para niñas. En ocasiones, trabajé como mesera en una discoteca y, esporádicamente, hacía aseos en casas de familia. Todo esto no lo hacía porque estuviéramos mal económicamente en mi casa, sino porque me gustaba sentirme útil y ganar mi propio dinero.

Posteriormente, en diciembre de ese mismo año, envié nuevamente la hoja de vida a dos colegios privados, uno de ellos en Medellín. En enero me llamaron de Medellín para que fuera a presentar la entrevista y me enviaron un correo diciéndome que no había sido elegida porque no cumplía con la experiencia mínima de dos años. Esto me generaba tristeza e impotencia porque ¿Cómo adquirir la experiencia si no dan la oportunidad?

A los pocos días, me llamaron del otro colegio privado para que fuera a la entrevista, lo cual me dio mucha emoción y alegría. En la entrevista estuvo presente el administrador —una persona de una comunidad religiosa—, la rectora, el coordinador, la psicóloga y la secretaria. Lo primero que hicieron fue darme algunas claridades que no analicé muy bien en el momento porque estaba muy ansiosa de empezar a trabajar. Las claridades eran: “debe dar Tecnología, Español, Sociales y Artística; el horario obligatorio a cumplir es hasta las dos de la tarde; el sueldo es poco porque estamos en una crisis económica; debe tener mucho sentido de pertenencia por la institución porque realizamos muchas actividades para recolectar fondos; en algunas ocasiones hay que asistir a reuniones en las horas de la tarde y algunos sábados; y parte de la comunidad manifiesta que los profesores son esclavos del colegio”. Estaba tan contenta que estuve dispuesta a realizar el trabajo. A los pocos días me llamaron a decirme que en una semana empezaba a trabajar.

Esto fue un gran logro para mí porque me dieron la oportunidad que necesitaba para empezar a ejercer mi profesión. Entonces, me fui nuevamente a vivir lejos de mi familia y eso me dejaba triste por separarme de mis seres queridos.

Mi primera experiencia como profesora

La primera semana fue de inducción, pero me sentía como en la universidad porque era demasiada información y pensaba que el tiempo no me alcanzaría para cumplir con tantas obligaciones. Las funciones eran la elaboración de informes y actas, el diligenciamiento de diferentes formatos, la preparación de mallas y planeadores, asistir a las diferentes reuniones de consejos y comités, la planeación de clases, la revisión y calificación de tareas, la implementación de proyectos de aprovechamiento del tiempo libre, el desarrollo de actividades y celebraciones cívicas y culturales, entre muchas otras labores que realiza un profesor.

El paso por este colegio fue bastante complicado. El trabajo era bajo presión, no tenía tiempo para mí ni para mi familia. Debido al estrés, estaba sufriendo de acné severo en mi rostro, pero no tiempo tenía de lamentarme, ya lo único a lo que le prestaba atención era a cumplir con el trabajo. Asimismo, llegaron tiempos en los que debía asistir constantemente los sábados al colegio y no podía descansar ni visitar a mi familia. Todo eso hacía que me sintiera triste, desilusionada, aburrida y, en muchas ocasiones, pensé en renunciar. Todo esto que estaba viviendo no era lo que yo esperaba para mi vida laboral y familiar.

Como docentes, muchas veces estamos sometidos al estrés y nos vemos obligados a alejarnos de nuestros seres queridos. A pesar de que disfrutaba compartir con mis estudiantes y compañeros, sentía que le estaba dando toda mi vida al colegio por un sueldo que no recompensaba mi labor, dejando de lado mis seres queridos. Me atrevo a decir que estaba viviendo una precarización laboral en la cual, como plantean Amaya et al., (2014), cuando la retribución económica no está acorde con las labores realizadas por el docente, se ve afectada la formación personal en la parte afectiva, emocional y social y es obligado a buscar ingresos económicos extra para cubrir las necesidades económicas.

Pese a todas estas situaciones, nunca me di por vencida. Seguía trabajando, haciendo las cosas bien y logré acoplarme al trabajo, sobre todo, para adquirir mi primer año de experiencia laboral certificada. Traté de establecer buenas relaciones con los directivos, con mis colegas, con los padres de familia y con mis estudiantes. Pese a las dificultades, resalto de este lugar el compañerismo y el trabajo en equipo. Aprendí mucho de todos, siempre estaban dispuestos a darme una mano, a ayudarme y a aclarar mis dudas.

De acuerdo con mi primera experiencia en este colegio, sería posible afirmar que “la inserción a la docencia es un periodo de tensiones y aprendizajes intensivos (...)”

durante el cual los profesores principiantes deben adquirir conocimiento profesional, además de conseguir mantener un cierto equilibrio personal” (Vaillant, 2009, p. 36). Lo anterior evidencia que todo este proceso de pasar de estudiante a docente, de aprender a ser maestra y de enfrentarme a esta realidad, aunque ha sido un poco difícil, también ha sido muy bonito y ha valido la pena. Sin embargo, seguía pensando en que quería entrar al magisterio y encontrar un trabajo mejor, por lo que seguí buscando la forma de ingresar.

En la búsqueda de otra oportunidad

Casualmente, en ese año se hacían elecciones y busqué ayuda con un candidato que estaba muy empapado del tema. Demostrando todo su interés por ayudarme, me dijo que se iba a comunicar con alguien en la gobernación para mirar opciones. Días después, se comunicó conmigo y me expresó que para Maceo no había vacantes, pero para Amalfi sí, que actualizara mis datos en el Banco para la Excelencia para las zonas donde hubiese plazas disponibles, dato que yo no sabía. Sin embargo, me aclaró que eran zonas muy alejadas y que lo mejor que podía hacer era irme, así fuera lejos, y más adelante podía acercarme un poco más al pueblo. Seguí todas sus indicaciones y actualicé la página del Banco de la Excelencia con la zona de trabajo en Amalfi.

Continué trabajando en el colegio privado y, luego de varios días, revisando el correo, encontré un mensaje del Banco de la Excelencia donde me informaban que había sido seleccionada para trabajar en un Centro Educativo Rural del municipio de Amalfi. Posteriormente, me llamó el rector del centro y le pregunté si me podía dar indicaciones de qué tan lejos quedaba la vereda del pueblo, a lo que él contestó: “¿no te dijeron? El lugar es muy alejado y muchos docentes renuncian por eso. Te cuento, debes viajar tres horas y media en carro y tres horas y media en caballo”. En total eran siete horas. De mi pueblo a Amalfi son otras cuatro horas. Iba a estar mucho más lejos de mi familia, pero iba a tener más estabilidad laboral, económica y, sobre todo, emocional, entonces seguí motivada y acepté.

Mi experiencia en la escuela rural

El trabajo en Amalfi fue una experiencia maravillosa y muy enriquecedora que me enseñó a valorar muchas cosas y a demostrar que mi trabajo lo hago por vocación. Considero que desempeñar mi labor con vocación me permite disfrutar lo que hago e interesarme más por lo que mis estudiantes aprenden, y no simplemente por cumplir con una obligación. De esta manera, “la vocación como atributo personal es vista como una ventaja para el profesor en tanto le provee bienestar y le permite hacer las cosas con amor y compromiso (...)” (Amaya

et al., 2014, p. 61). Este bienestar lo sentí cuando trabajé en Amalfi y no cuando estaba en el colegio privado.

Por otro lado, la inducción que me dieron esta vez fue algo muy corto y concreto. Me especificaron las funciones como docente de una escuela rural y la metodología empleada en la modalidad Escuela Nueva. También, me sentía nerviosa y un poco triste por dejar a mi familia tan lejos, pero muy ansiosa y feliz de hacer parte del magisterio, mi sueño se estaba haciendo realidad.

Luego de la inducción, me dirigí a la vereda con una compañera que ya trabajaba en ese lugar. Teníamos que dormir en la escuela, entonces debía llevar muchas cosas. Ese día, aunque ya sabía que era lejos, el viaje se me hizo eterno. La carretera por donde íbamos en carro era demasiado mala, llena de piedras, teníamos que pasar cerca de un río y el carro no andaba a más de 30 km/h, por lo que nos demoramos cuatro horas en llegar al lugar donde nos recogían en caballo. Cuando ya llevábamos dos horas de camino en el caballo, estaba muy cansada y nostálgica, lo único que pensaba era “Dios mío, yo por qué me vine a meter por acá”. Sin embargo, cuando llegué, pude encontrar señal para llamar a mi familia. Al día siguiente, cuando llegaron los estudiantes, mi ánimo cambió y entendí el verdadero propósito por el cual estaba allí.

Al principio, el cambio fue complicado porque no había señal ni energía eléctrica. Para poder cargar los celulares o nuestros computadores, debíamos enviarlos con los niños que vivían en un caserío a una hora, donde sí había electricidad. Pero, con el paso del tiempo, ya me sentía muy contenta, pues nuevamente había encontrado personas maravillosas que me brindaron todo su apoyo. La docente que me acompañaba es de gran corazón, me ofreció su amistad, me ayudó a acomodarme y a sentir que el lugar era maravilloso. Asimismo, los padres de familia y los estudiantes me demostraron todo su apoyo y se ofrecieron a ayudarme en todo lo que necesitara.

El trabajo en esta vereda fue muy riguroso, pero, a la vez, enriquecedor. Tuve que trabajar con materiales del medio y aprovechar las salidas al pueblo cada mes para poder elaborar e imprimir el material a utilizar con los estudiantes. En la sede había algunas cartillas muy deterioradas y desactualizadas y no me sentía bien solo poniendo a transcribir. Quería que mis estudiantes aprendieran de verdad. Allí, trabajaba metodología Escuela Nueva, la cual, según Colbert (1999), es un sistema que se adapta a las condiciones del medio y a las necesidades de la comunidad. Bajo esta modalidad se deben crear otras estrategias diferentes a las tradicionales, centrar la educación en los niños y emplear materiales (como cartillas y demás) para cada niño, que les permita trabajar en pequeños grupos.

Colbert (1999) también expresa que, en la metodología Escuela Nueva, se genera cierta flexibilidad y se les permite a los estudiantes ausentarse de la escuela por temporadas para ayudar a sus padres con los trabajos relacionados con la agricultura y demás. En esta vereda de Amalfi los niños faltaban por múltiples causas como cuidar a sus hermanos para que sus papás trabajaran, ayudarle a sus padres con la minería, agricultura, cultivo de coca y ordeño, o simplemente porque “cayó agua” y no era posible desplazarse hacia la escuela.

Como lo evidencia Santos (2017), las funciones de los docentes en la vereda no se limitan solamente a transmitir conocimientos. También me desempeñé como secretaria, sicóloga, consejera, aseadora y mucho más. En conjunto con la otra docente, hicimos un buen equipo y un trabajo agradable en la escuela, mejoramos su imagen y teníamos muchos planes para seguirla mejorando. De esta manera, la comunidad agradecía todo aquello que hacíamos por ellos y lo manifestaban con palabras de afecto y con detalles, al enviarnos con los niños: huevos, leche, carne y diferentes comidas. Incluso, nos invitaban a pasar el fin semana en sus casas para no aburrirnos en la escuela, y nos atendían siempre muy bien.

Reconozco que, aunque mi familia me hacía mucha falta y cada vez los extrañaba más, le cogí mucho cariño a mi trabajo y a mis estudiantes, por eso me entregué

tanto a mi labor. Cuando llegué, los niños estaban muy atrasados y los estudiantes de cuarto y quinto no sabían las operaciones básicas de Matemáticas, ni leer y escribir. Por eso, empecé a reforzarlos poco a poco. Incluso, ellos decidían quedarse un tiempo después de clase para que yo les enseñara más. Yo, con toda la felicidad del mundo, lo hacía porque sus caras de alegría y el hecho de saber que muchos debían caminar dos horas para llegar a la escuela a aprender me motivaban a responderles con el mismo entusiasmo que ellos mostraban. Es muy satisfactorio saber que, aunque no tenía las mejores condiciones de trabajo, estábamos logrando el objetivo en equipo.

Por otro lado, para venir cada mes a mi casa era un proceso bastante complejo porque no había transporte directo desde Amalfi hasta Maceo. Debía salir de la vereda a caballo y luego en carro hasta Amalfi. En Amalfi me recogía, algunas veces mi papá y otras veces mi novio, quien también ha sido un gran apoyo en mi vida y me ha motivado a tomar los retos que se me presentan, y confiaba siempre en mis capacidades. El transporte de Amalfi a Maceo era en moto por carretera destapada, así que era un viaje bastante largo y molesto. Varias veces me quedaba dormida mientras viajaba.

En diciembre de ese mismo año, vine de vacaciones para Maceo a compartir con mi familia y lo disfruté

mucho, pues me hacían falta. En enero, me enteré de que uno de los docentes de la escuela del pueblo, que ya estaba pensionado, renunció al trabajo porque ya se quería ir a descansar. Mi familia me motivó para realizar la solicitud del traslado para Maceo, teniendo en cuenta que estaba en un lugar muy alejado y que esa vacante iba a quedar disponible.

Así fue. Cuando ya llevaba una semana en la vereda, terminando de dictar mis clases, como de costumbre, llamé a mi casa y mi padre me comunicó que habían llamado a solicitar que me presentara en la Secretaría de Educación para la notificación de traslado a Maceo. Fue un momento de emociones encontradas, estaba muy feliz porque trabajaría en la escuela donde estudié y cerca de mi familia, pero también sentía nostalgia de dejar nuevamente a los estudiantes sin profesor y de dejar sola a mi compañera. Sin embargo, pensé que sería una oportunidad para salir adelante y que no podía desaprovecharla, así que me vine muy agradecida por la experiencia. Allí también tuve un buen equipo de trabajo y un excelente rector que me motivó a seguir mejorando y a aceptar la oportunidad.



De regreso a mi pueblo como profesora

Mi regreso a Maceo fue maravilloso. El rector me dio la bienvenida y nada que decir de los demás profesores, en su mayoría, maestros que me dieron clase y que me expresaron su emoción de que ahora fuéramos colegas. El coordinador académico, quien también fue mi coordinador, me dio una pequeña inducción a mis labores, me compartió documentos importantes de la institución que debía conocer a fondo y me dio la asignación académica para dictar Español, de tercero a quinto, y Artística en cuarto.

En las tres instituciones donde he trabajado he tenido la posibilidad de orientar varias materias, pero en ninguna me he enfocado en las Ciencias Naturales, que es el énfasis de mi carrera. Aunque me gustaría más adelante tener esa posibilidad, he comprendido que mi verdadera pasión es educar y enseñar, independientemente del área que me sea asignada.

En cuanto a los padres de familia y los estudiantes, también pude establecer buenas relaciones con la mayoría de ellos, aunque fueron pocos los encuentros que tuvimos. En este tiempo se generó la pandemia por la Covid-19 que causó el aislamiento, por lo que se propuso el trabajo en casa con los estudiantes. La pandemia, entre otras cosas, permitió más el acercamiento (aunque virtual) entre padres de familia, estudiantes y docentes. Asi-

mismo, los padres de familia pudieron estar más pendientes y enterados de las actividades académicas de sus hijos.

La estrategia que estoy empleando como maestra para trabajar con los estudiantes es la elaboración de guías que puedan desarrollar solos. Sin embargo, lo ideal es que los padres de familia los puedan acompañar. La recepción de los trabajos, la atención de dudas y las asesorías se manejan mediante aplicaciones como WhatsApp, correo electrónico, Edmodo, Meet y llamadas telefónicas. Hasta la fecha, la metodología empleada ha funcionado muy bien, aunque, sin lugar a dudas, es mucho mejor cuando se puede enseñar desde la presencialidad.

Hoy en día me siento muy feliz de estar en mi pueblo, con mi familia y devolviendo todo lo que he aprendido. Ahora sueño con ver a mis estudiantes graduarse y convertirse en grandes profesionales y que, de esta misma manera, puedan ser “profetas en su tierra”.

Reflexiones finales

Para finalizar, me gustaría resaltar tres aprendizajes de mi proceso de inserción profesional. Lo primero es que debemos esforzarnos para cumplir nuestros sueños, tener mucha paciencia y ser conscientes de que todo tiene su tiempo. Lo segundo es que hay que atrevernos a enfrentar los diferentes retos que nos pone la vida porque no todo es tan fácil como creemos. Y, tercero, que siempre debemos ejercer

nuestra labor con pasión y entrega por y para nuestros estudiantes, quienes esperan lo mejor de nosotros. Quiero reconocer también que, en el proceso de inserción profesional, los profesores vivimos experiencias que nos enseñan a superar dificultades, a ser persistentes, a no darnos por vencidos, a valorar lo que tenemos y a entender que todo vale la pena.

Referencias

- Amaya, E., Delgado, Á. P., Gnecco, L. Á., León, E. y Valencia, D.P. (2014). *Creencias de un grupo de trece profesores sobre las condiciones laborales que dignifican y precarizan su profesión* [tesis de maestría]. Universidad de San Buenaventura. Biblioteca Digital USB. <https://bit.ly/3tsx9I4>
- Colbert, V. (1999). Mejorando el acceso y la calidad de la educación para el sector rural pobre. El caso de la Escuela Nueva en Colombia. *Revista Iberoamericana de Educación*, (20), 107-135. <https://bit.ly/3kZ3xy4>
- Santos, R. (2017). Los maestros rurales en Sinaloa: pedagogos, promotores de la salud y activistas político-sociales. *Ra Ximhai: revista científica de sociedad, cultura y desarrollo sostenible*, 13(2), 175-188. <https://bit.ly/3tiOIu7>
- Vaillant, D. (2009). Políticas de inserción a la docencia en América Latina: la deuda pendiente. *Profesorado. Revista del currículum y formación del profesorado*, 13(1), 28-41. <https://bit.ly/3jORgNt>
- Vélez, P., Placencia, M. y Carrera, X. (2019). *La familia en el contexto social: estudios sobre el contexto familiar desde la educación y la bioética*. Universidad Técnica Particular de Loja. <https://bit.ly/3ySUJyC>



EL PAYASO

DE LAS CURVAS

Elkin Darío Quintero Morales*

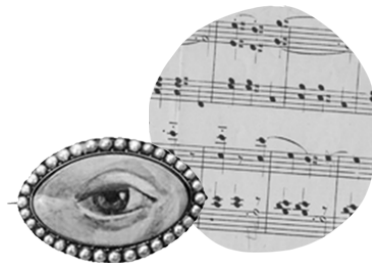
*Maestro de la Institución Educativa Rural Mulatos del municipio de Necoclí. Correo electrónico: edquinte@bt.unal.edu.co

Resumen

La diversidad de roles que cumple el maestro en el escenario natural de la escuela lo convierten, en esencia, en un actor. Más específicamente, en un payaso. A su manera, el payaso se transforma de acuerdo con los requerimientos del mundo actual, con la cotidianidad virtual y con la competencia comunicativa constante de la comunidad educativa. El maestro y el payaso son, evidentemente, seres vocacionales que deben disfrutar la esencia de ser ellos mismos.

Palabras clave

Maestro, actor, payaso, *performance*.



Diálogo en enero:

- ¿En cuánto está tu nivel de optimismo?
- Está en el cien por ciento.
- Volveré a hacerte la misma pregunta después.

Diálogo en marzo:

- ¿En cuánto está tu nivel de optimismo?
- A pesar de todo, aún sigue en el cien por ciento.

Conversación por chat en agosto:

- ¿Cómo sigue tu cien por ciento de optimismo?
- Creo que es difícil mantenerlo después de tantas cosas, pero intento mostrarle a los chicos que está en el mil por ciento. Los payasos tienen el poder de mostrar felicidad y alegría, así estén destrozados.

En estos tiempos de emergencia sanitaria ocasionada por la pandemia de la Covid-19, se evidencia, con mucha mayor profundidad, la transformación y trascendencia del papel del maestro en una sociedad extensamente conectada, que le exige renovar sus competencias para enfrentar nuevos retos, desarrollar innovadoras habilidades con un enfoque pedagógico y ser consciente de mejorar sus aptitudes en la formación de los estudiantes. Es decir, el mundo actual reclama maestros que se adapten a una vida profundamente cambiante, con un enfoque de flexibilidad, creatividad y permanente inno-

vación, y que se proyecte mucho más por su ser que por su mismo actuar, con lo cual se pule el espíritu de sus alumnos y se habitan para actuar en madurez y libertad.

Entre los diferentes roles del maestro, podemos destacar el de un formador, guía, acompañante, orientador o mediador que facilita el aprendizaje de los estudiantes; el de un integrante activo de las comunidades; el de un educador con principios éticos y democráticos, cumplidor de las normas y leyes; el de un practicante de los valores morales, sociales y cívicos; el de un comunicador de la cultura y del saber científico; el de un investigador pedagógico capaz de cuestionar, reflexionar y transformar su práctica para buscar el mejoramiento de la calidad educativa; el de un conocedor de los cambios biológicos y síquicos del desarrollo humano; y el de un intérprete y creador de consciencia para comprender las necesidades y problemáticas del entorno.

Encontramos también el rol del maestro como un emprendedor con capacidad de liderazgo, gestor de proyectos pedagógicos; como generador del pensamiento crítico y reflexivo en sus estudiantes; como un profesional de la educación en constante actualización, innovador, proactivo, creativo, humanitario, responsable, disciplinado, digno y auténtico; y, entre los más esenciales, el de ser una persona profundamente humana en sus relaciones interpersonales, con capacidad de acogida, de escucha, de amor, de respeto por las

diferencias, con solidaridad, comprensión, paciente, que en situaciones propias del entorno de la escuela se convierta en transformador social, consejero, líder, facilitador, padre de familia, médico, sicólogo, vigilante, policía, trabajador, arquitecto, constructor, ingeniero, agricultor, abogado, cocinero y un sin número de actuaciones que destacan la multiplicidad de facetas del docente, que, a fin de cuentas, parece ser un artista mixto, un original actor que protagoniza la vida misma en el escenario de la escuela, por ser parte de su vocación.

En concordancia con el boletín del curso “El docente como actor” de la Universidad de Málaga (2019):

La profesión de docente y la de actor comparten indudables similitudes: hay un escenario, un público, un objetivo a transmitir, una forma de comunicar, una presencia escénica. En ese sentido, la enseñanza puede ser vista como un arte de representación donde el docente, no sólo ha de ser competente en el área específica del saber que imparte, sino que además debe ser competente en el dominio del auditorio y del espacio escénico donde tiene lugar el proceso de aprendizaje. (p. 1)

A su vez, Marta Sanz, citada por Goitia (2009), dice: “los profesores somos buenos actores de teatro, gente permeable, y nuestro trabajo depende de la satisfacción del público. De sus

aplausos al final de cada pase” (p. 511). Esto también enlaza con lo mencionado por Ana Gil (2016) en su artículo “El nuevo profesor también será actor”: “el profesor es una figura mixta. Un artista que está en activo (que actúa, dirige, baila, toca, lo que sea, en función de su campo), al mismo tiempo que tiene formación y experiencia en pedagogía: capacitado para dar clases”

Además, el filósofo argentino Alejandro Pisticelli, citado por Contreras (2014), expresa que:

Dos son las competencias que deben tener los profesores. Primero: poseer una gran inteligencia emocional. Y segundo: ser un gran comunicador, actor, payaso y dramaturgo. La revolución tecnológica a la que asistimos nos ha cambiado todas las esferas de la vida y ha traído nuevos conceptos a través de los cuales cambiar la pedagogía y el aprendizaje en los colegios. El problema es que nos falta volcarlo en el aula. Los niños deben aprender entre sí y el docente tiene que ser un catalizador, un instructor, un coach. No hace falta que imparta el conocimiento.

Por consiguiente, no se puede negar el hecho teatral o dramático en el día a día de las personas, ya que la vida es teatro y el teatro es vida. De esa manera, la vida dentro y fuera del aula es teatro, un escenario natural con diferentes actores naturales, entre estos, el maestro. Entonces, ¿qué tipo de

actor debe ser el maestro? En cualquier lugar donde se forje una comunidad surge o se edifica una escuela que siempre se mantiene sin importar las problemáticas del contexto, que nunca cierra sus puertas y donde, indistintamente de la localización y las particularidades individuales y sociales, deben interactuar el ser, el saber y el quehacer del maestro con una fuerza insuperable de convicción. “El clown es el más grande actor porque actúa donde quiera, para cualquier persona, en todo momento” (Edwards, 2015, p. 45).

Al parecer, si analizamos sutilmente la congruencia en todo lo dicho anteriormente, podríamos pensar en la idea de ver al maestro como un actor en su *performance* de payaso. Al estar en constante cambio, navega en la emocionalidad para renovarse y evolucionar hacia otros estilos escénicos que le exige la actualidad, y así descubre y recorre un doble camino: interior (dentro del clown) y exterior (en el escenario), al igual que lo hace el maestro en su espiritualidad dentro y fuera del aula.

En este preciso momento del siglo XXI, el maestro real que necesita la sociedad es aquel verdadero payaso que no se limite solo a ponerse una nariz o maquillarse para esconderse del pánico, sino aquel que ve en su quehacer un arte que requiere la gran creatividad, la complicidad con el público (estudiantes), una particular visión del mundo (entorno de la comunidad educativa) y una gran honestidad escénica para enfrentar la crisis que diariamente nos

aqueja al buscar estrategias para aplanar la curva de contagios. Ese payaso que, desde otra perspectiva, tiene la capacidad de contemplar la vida desde la sorpresa con los ojos de un niño y utiliza todas sus burlas y movimientos corporales graciosos para trabajar en la disminución y el aumento necesario en otras curvas singularmente particulares:

- Para reducir la curva de deserción de estudiantes y docentes del sistema educativo es posible hacer uso de su espontaneidad, sin miedo a hacer el ridículo de abrazarlos con paciencia e insistencia y al implementar estrategias en el acompañamiento o seguimiento telefónico, programas televisivos, radiales y plataformas virtuales de mensajería, dirigidos tanto a la población de mayor riesgo como a la búsqueda de población desescolarizada.
- Acrecentar la curva de confianza, motivación, seguridad, protección y esperanza en la comunidad educativa, por medio de la integración expresiva con los estudiantes y sus familias, al intentar parecerse a ellos en una forma en que lo acepten y compartan un mismo sentimiento de resiliencia frente a la crisis.
- Empequeñecer las curvas de trauma psicológico, enfermedades mentales, daños económicos, estrés y agotamiento, vistiendo zapatos grandes de formar y guiar a las personas jóvenes y adultas en temas que les ayuden a posarse por encima de sus fracasos, con mentalidad positiva y teniendo en cuenta la importancia de la alegría para ser ejemplo de los niños y niñas que serán parte del futuro.
- Para agrandar las curvas de comunidad, consciencia del

otro, unión, felicidad, solidaridad, tolerancia, inclusión, amor, dar para recibir, ayudar, compartir, cooperar y representar al niño que todos llevamos, como ejemplo mimado para sus alumnos. Es necesario no tener tabúes y disfrutar jugando en complicidad con los demás, y compartir los mismos derechos para vivir en paz y armonía.

- Disminuir las curvas de brechas digitales e inequidad tecnológica en las instituciones educativas de zonas rurales con la realización de acrobacias y malabares para gestionar recursos y herramientas con instituciones públicas y privadas.
- Acrecentar la curva de competencias digitales de los docentes actuando divertidamente en capacitaciones permanentes, para recrear con innovaciones tecnológicas su didáctica y ofrecer experiencias significativas a los estudiantes.
- Bajar, en gran medida, la curva de exclusión educativa, la baja cobertura y la poca pertinencia en ciertos sectores de la educación sonriendo y entreteniéndolo a todos los niños, niñas, adolescentes, jóvenes y adultos, independientemente de sus condiciones personales, sociales, culturales y necesidades educativas especiales.
- Y, finalmente, aumentar la curva de optimismo del maestro jugando en diferentes facetas con la curiosidad y capacidad de asombro de su vocación, a través del amor por su profesión y el reconocimiento de la importancia de su papel en la sociedad, sin acudir a máscaras o disfraces que repriman sus verdaderos sentimientos y emociones.

Con todo esto, entendemos que ser o aprender a ser maestro en estos momentos de dificultad del siglo XXI tiene mucho en paralelo con la naturalidad apasionante del payaso, con capacidades de transformarse, investigar, sentir, emocionarse, actualizarse y ser curioso constantemente. Para ello, se atienden señales exteriores (verbales y no verbales) que transmiten el estudiante, su familia, los colegas y la sociedad en general, al estar continuamente en comunicación bidireccional. Esto se acompaña de las necesidades, circunstancias y problemáticas comunes, y de depositar la confianza en los demás para crecer individual y socialmente. Al igual que el payaso, el ser maestro está dentro de nosotros, es algo que, más que aprender, se deja salir, reflexionando, desaprendiendo lo aprendido y sacando a flote el niño que todos llevamos dentro.

Conversación por chat en septiembre:

—Si realmente eres maestra, verdaderamente eres una payasa. Porque un maestro fascinante no actúa, solo es. La payasa y la maestra eres tú misma con el optimismo y la energía más alta. No te maquilles, no te disfraces y no te pongas la nariz si no disfrutas de la escena exigentemente cambiante. Si tú no lo disfrutas, nadie lo hará. El placer de ser tú misma es esencial.

—:).

Referencias

- Contreras, J. (2014, 15 de abril). El profesor debe ser un comunicador, actor, payaso y dramaturgo. *ABC Digital Blog*. <https://bit.ly/2VtuDV8>
- Edwards, J. (2015). El clown: el más grande actor. *Revista Mexicana de Teatro: Paso de Gato*, (62), 46-47. <https://bit.ly/3nfsEzh>
- Gil, A. (2016). El nuevo profesor también será actor. *Revista Expansión Digital*. <https://bit.ly/3DV4FeO>
- Goitia, L. (2009). *Haciendo el payaso en la clase de E/LE: la formación teatral del profesor de Español*. XIX Congreso Internacional de la Asociación para la Enseñanza del Español. Centro Virtual Cervantes. 507-515. <https://bit.ly/3E16N4y>
- Universidad de Málaga. (2019). *El docente como actor: técnicas escénicas y de narración oral aplicables al aula – Boletín de Curso para Docentes*. Universidad de Málaga. <https://bit.ly/3jTfuFT>



NOS SEGUIMOS MOVIENDO...

Elvia Rosa Restrepo*

*Autoría colectiva de los maestros y maestras de la Institución Educativa Rural Palmira del municipio de El Peñol. Correo electrónico: erpro22@hotmail.com

Resumen

Este texto, escrito en verso, narra la experiencia vivida por los docentes de la Institución Educativa Rural Palmira durante el tiempo de pandemia por la Covid-19, en el que se buscaron estrategias para llegar a todos los hogares de las veredas más dispersas del municipio de El Peñol. Nuestro Proyecto Educativo Institucional (PEI) se llama “Mi cole en movimiento”, orientado a brindar a los estudiantes experiencias académicas diferentes que les permitan explorar desde diferentes puntos de vista, de acuerdo con sus inteligencias múltiples y sus potencialidades. Por esta razón, fue necesario llevar estas experiencias a sus hogares a través de programas radiales, plataformas digitales y creación de contenido audiovisual y escrito, para convertir su hogar en un laboratorio de aprendizaje y unir a las familias entorno al colegio. En estas palabras narramos el sentir de nuestra experiencia.

Palabras clave

Colegio, movimiento, emociones, hogar, vivir.



I

Este año el colegio no se mueve lo mismo
como en años pasados sin cesar se movía.
Un virus ha cargado con los sueños que había
y ha puesto entre nosotros de distancia un abismo.

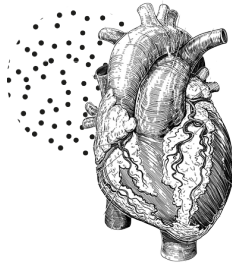
Este año el colegio no se mueve lo mismo.
Falta el juego infantil, falta el brazo potente,
falta el grito de gol y el beso adolescente.
Faltas tú, faltó yo, ¿nos falta el optimismo?

No se mueve lo mismo mi colegio este año.
Sus puertas se han cerrado por parar los contagios.
Y el saber que rondaba por salones y patios
entre guía y pantalla, ¿pareciera un engaño?

No se mueve lo mismo mi colegio este año.
Ya se mueren de ausencia sus paredes desiertas,
y se abren como bocas tan grandes como ciertas
sus grietas que lamentan del abandono el daño.

Mi colegio este año lo mismo no se mueve.
El frío, el moho, el tedio hoy rondan sus salones
y el dolor ya se asoma por todos los rincones
y muestra el infortunio que a ninguno conmueve.

Mi colegio este año lo mismo no se mueve.
Se cae, se derrumba, gracias al exabrupto,
al infame descuido de un Estado corrupto
sordo al ruego incesante de que alguien lo renueve.



II

Era marzo y un virus muy extraño atacó,
y dejó al descubierto la falta de inversión
que ha sufrido Colombia en salud y educación
por gobiernos corruptos que nadie condenó.

El actual mandatario, como estando en campaña,
prometía subsidios para todas las gentes,
subsidios que se fueron a las cuentas corrientes
de hombres y mujeres de su misma calaña.

Salud y educación a la par con la pandemia.
Hoy se hacen preguntas para la nueva ciencia
personas estudiosas que buscan con paciencia
respuestas para ellas y para la academia.

En colegios y escuelas se activa el pensamiento,
se activan las neuronas y la creatividad
porque todos tuvieron que reinventar
dejando muchos genios, también, al descubierto.

Y no se quedó atrás El cole que se mueve.
Maestras y maestros también reflexionaron
y muchas estrategias en equipo crearon
para que en la pandemia su quehacer se renovara.

III

Cuando viene la muerte y te besa la cara,
es cuando más valoras cada instante que pasa
de tu vida que pende de un barbijo, ¿o mordaza?,
de la vida del otro que de ti se separa.

Cuando viene la muerte y te besa la cara,
cada chance agradeces, cada afán, cada aliento
y la vida se mete en cada pensamiento
para robar espacios a la muerte que azara.

Y somos más unidos cuando la muerte acecha.
Y nos damos la mano lavada y sin bacterias.
Importan poco ahora las notas, las materias,
pues es logro de todos cada tarea hecha.

Y somos más humanos cuando la muerte acecha.
Nos duele más la ausencia del otro que se aleja.
La madre, los abuelos, los hijos, la pareja...
que en su encierro obligado son motivo de endecha.

Y somos más cercanos cuando acecha la muerte.
Los cuerpos se separan, más las almas se abrazan.
Las palabras de aliento sin cesar nos abrasan,
nos protegen del frío con su fuego candente.

Y somos más equipo cuando acecha la muerte
con su cara de virus, de bala, de derrumbe.
Si el edificio cae, la escuela no sucumbe,
como dijo el poeta, si el amor es más fuerte.

IV

Y nos hizo más fuertes el amor a los otros,
el amor al trabajo y el amor al saber.
Y el Ser que ha sido siempre nuestra razón de ser,
sigue siendo el motor que nos mueve a nosotros.

La muerte con su cara de virus, de derrumbe,
de bala, de desprecio o de maledicencia
no puede hacernos mella porque somos la ciencia.
Por tanto, la esperanza de un país que sucumbe.

Las artes, los deportes, los números, las letras
son las armas letales contra la indiferencia.
El juego, la ternura, la risa, la paciencia
cosechan esperanza para las almas yertas.

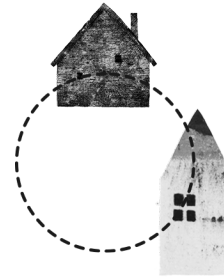
Y eso somos nosotros, la familia Palmira;
somos arte y deporte; somos juego y paciencia,
somos números, letras; somos paz, somos ciencia;
somos una sonrisa para el que mal nos mira.

También somos lectura y somos escritura.
Juntos aprendemos a cuidar el planeta.
Con virus o sin virus, tenemos como meta
que la vida sea el centro de toda la cultura.

Para ser todo esto que hemos sido y que somos
buscamos y creamos variadas herramientas,
saberes y estrategias que, si hacemos las cuentas,
darían para un libro de quien sabe cuántos tomos.

Pero no despreciamos lo que otros nos ofrecen:
la tele, el MEN, Secretos, Google y la emisora,
y hasta Seduca y el Gobierno de Antioquia
atentos solo a cómo nuestro gremio empobrecen.

Con un semestre cero, con un Tablero en casa
La U. de A. se une; se unen fundaciones
como buen complemento a nuestras intenciones
de llevar el saber hasta la última casa.



V

Palmira y sus seis sedes han sabido enfrentar con fuerza, valentía, sapiencia y vocación el descuido estatal en nuestra educación, que se hizo más visible con el virus letal.

Maestros que son héroes, maestras heroínas y rectora incansable cual madre protectora, atenta para todos sin que importe la hora y huye a la palabra que ofende o recrimina.

Maestras y maestros ponen todo su empeño para tocar el alma de todos sus pupilos, unos más relajados, otros mucho más pilos, pero todos cargando su mochila de sueños.

Sueños que para algunos ya tienen plata y fecha, pero que, para otros —la inmensa mayoría—, no pasan de ser sueños, fantástica utopía. Sabemos los rurales lo grande que es la brecha.

Esa insondable brecha en que el país se hunde mientras siete familias se adueñan del erario y arrebatan al pueblo la salud y el salario, mientras en nuestra tele un guiñol lo confunde.

Angustias y alegrías, temores y esperanzas, mil rabias, mil ternuras, mil noches sin dormir y sigue su trabajo el profe sin sufrir, para que llegue a todos la luz de su enseñanza.

Y qué decir, entonces, de nuestros estudiantes. También tan angustiados, también tan asustados, pero a su aprendizaje cien por ciento entregados, aunque el hambre carcoma, aunque los datos falten.

Para ellos planeamos, siempre en comunidad, diversas estrategias de formación con cuidado de no cargarles de mucha información en pro de su salud mental y emocional.

Conscientes como somos de que hay diferencias,
de que las condiciones de todos son distintas,
hemos sido poetas, locutores, artistas
para que todos tengan en equidad la ciencia.

Con audios, con videos, con texto, con imagen,
hemos llevado a todos y todas a sus casas
los juegos, los saberes, las letras, las ideas
para que nadie huya, para que todos ganen.

Con amor, con paciencia, respeto y equidad,
hemos llegado a todos y todas a sus casas
con un libro, una *tablet*, un PC, una hogaza
y, lo más importante, con formación integral.

No nos reinventamos en la calamidad.
Lo nuestro fue un proceso por acomodación,
pues no se reinventa lo que ha sido pasión,
sino que se acomoda a otra realidad.

Nos seguimos moviendo en la misma frecuencia
y seguimos danzando en el mismo compás.
Nos seguimos moviendo formando en la paz,
en letras y en deportes, en el arte y la ciencia.

Tal vez nos falte a todos escuchar a Epicuro:
Reflexiona, revive con frugal alegría
Antes de ir a la cama lo que hiciste en el día.
Estaríamos así construyendo el futuro.

Tal vez nos falte a todos a Pascal escuchar,
buscar la soledad de nuestra habitación
y allí poner en marcha profunda reflexión,
y escribir y contar lo que hay para dar.





CAMINO

hacia una escuela integral

Andrés Emilio Serna y Lina María Ardila*

*Maestros del Centro Educativo Rural El Concilio del municipio de Salgar. Correo electrónico: lina211@hotmail.es

El profesor Andrés y yo nos encontrábamos sentados en uno de los andenes de la escuela, de espalda a las unidades sanitarias, frente al comedor. En ese sitio estábamos varios docentes esperando el inicio de una reunión de consejo académico. Mientras tanto, aproveché para informarle al profe de mi traslado a otra sede. El tema abrió una interesante conversación. Sin poder evitar que se me humedecieran los ojos, inicié un espontáneo relato:

—Hace seis años llegué a este hermoso centro educativo donde se forman los niños, adolescentes y jóvenes de una de las comunidades del municipio de Salgar. La vida me puso aquí y, en su momento, lo denominé “infortunio”. Me parecía mentira que en aquella pequeña aldea donde laboraba antes ya no hubiera más estudiantes. Cuánto añoraba el ambiente, los paisajes y, sobre todo, la libertad de salir del salón a dar clase a los potreros, al charco, a la laguna, a ver abrir la vaca que se rodó, a presenciar el parto de la cerda del vecino, a rezar el rosario en el mes de mayo en las casas de quienes lo desearan, cada día en una diferente. Añoraba compartir debajo de un frondoso árbol, jugar un partido de micro en la corraleja y ver la felicidad de mis pupilos en medio de la boñiga, el rocío y el olor a campo. ¡Y cuánto añoraba a los vecinos! “¿Profe, me regala un poquito de cilantro?”, me preguntaba doña Hilda. O doña Amanda, “¡permiso!, me voy a robar dos naranjitas para hacerle un lamedor a Ruperto”, su espo-

so. ¡Ah!, y don Gildardo, “¡maestra, le traje una excelente semilla de frijol, ¿dónde la sembramos?”. O el presidente de la Junta de Acción Comunal, “señorita vinimos a limpiar la huerta, ¿dónde tiene la herramienta?”.

Pasaba ratos evocando estos y muchos otros momentos y experiencias. Me preguntaba qué pasaría si me resolviera a ignorar el cerramiento de esta inmensa escuela y salir corriendo, seguida de mis estudiantes, a buscar la tierra y el aire, a permitirles que asimilaran los conocimientos de una manera diferente.

“¡Este profe se resolvió!”, me dije con asombro una mañana que, desde el balcón de mi salón, vi a un profesor alto, de contextura delgada, bigote notable, ojos saltones. Recuerdo que lucía una camisa azul de manga larga, overol del mismo color, botas negras y una particular gorra que le cubría hasta sus hombros. Con voz de tenor, guiaba a algunos de sus estudiantes hacia un lugar que me pareció fenomenal desde que llegué. Entré a mi clase y no volví a ocuparme de la escena.

Al salir por un material, observé que estaba preparando el terreno para algún tipo de cultivo con sus estudiantes. Apenas salí a descanso, lo abordé. “Juan Guillermo es mi nombre”, me dijo, “voy a ocuparme de trabajar este lote con los estudiantes que lo deseen. El director me auto-

rizó a hacerlo con los más grandes”. Aplaudí su decisión y le manifesté el anhelo de poder hacerlo con los chicos de tercero, que era mi grupo. Con el pasar de los días, el rastrojo de aquel lugar fue dando paso a cultivos de maíz, frijol, pepino, plantas aromáticas, pimentón y cebolla. Conseguí que este profe les diera la oportunidad a los niños de primaria y fue así como cada grupo tenía asignada una era en este terreno y realizaba las actividades hasta recoger la cosecha de lo que hubieran deseado sembrar.

En una mañana muy sombría, llegó a mi salón el profe Guillermo. Lo noté cabizbajo y meditabundo. No era lo acostumbrado, siempre saludaba de manera folclórica y alborotaba a todos los niños de mi clase. “Profe, vine a darle una noticia. La verdad no sé si para usted sea buena o mala”, me dijo sin siquiera saludar. “No me asuste, profe”, le respondí angustiada. “He recibido la noticia de mi traslado y me entristece dejar el proyecto del PRAE”, afirmó.

También sentí mucha tristeza, Andrés, no solo porque extrañaríamos las algarabías de aquel profe jovial, sino porque me sentía sola para continuar el proyecto de la escuela. La huerta generaba una nueva motivación en los estudiantes y empezaba a romper paradigmas.

—Profe Lina, no se quedó sola. Justo ahí fue donde empezó mi mayor reto. Llegué a laborar a esta escuela como do-

cente de bachillerato en las áreas de Matemáticas, Tecnología y Emprendimiento. Al igual que usted, también añoraba los pastizales verdes llenos de ganado alrededor de las aulas, las expediciones con mis estudiantes en medio de los robledales hacia la laguna que surtía el agua para la escuela y el caserío. Era emocionante ver la satisfacción en los rostros de los niños. Rostros sucios, mojados por el sudor o la escarcha de aquel clima tan frío, en medio de las montañas del páramo de Santa Inés. Limpiaba sus ojos para que pudieran mirar, perplejos, a los ingenieros ambientales que dejaban sus enseñanzas de manera práctica. Al igual que usted, profe, yo también añoraba muchos otros momentos.

Recuerdo que al día siguiente de la despedida del profe Guillermo, en la mañana, salí de mi salón acudiendo al llamado del director. Para mi sorpresa, estaban reunidos los docentes en el comedor. Era imposible huir de todas aquellas miradas. Con intriga, me senté en el único puesto que estaba disponible. “Es necesario reasignar la carga académica”, expresó el director, sin ningún preámbulo ni formalismo, “el docente al que se le asigne Ciencias Naturales debe asumir el PRAE”. Como si estuviera pronosticado, me fue asignado, y empezamos a hacer un gran equipo, compañera. ¿Recuerda cómo soñábamos de manera ambiciosa? Contábamos con el visto bueno del director y una gran extensión de terreno, poco usual en las escuelas.

—Sí, Andrés. Soñamos con árboles frutales y maderables, con cultivos de verduras, hortalizas y aromáticas; con que cada maestro tuviera un espacio para llevar su grupo a la huerta. Poco a poco fuimos materializando nuestros sueños. ¿Qué le causa risa, profe?

—Profesora, acabo de acordarme del momento en que limpiábamos uno de los terrenos, ¡piense en don Luis!

—¡Claro! Lo dejamos recogiendo la maleza en el punto más árido para que estos desechos se convirtieran en abono orgánico y al poco rato escuchamos sus gritos: “¡Traigan agua! ¡Por favor agua, que se ardió todo esto!”. Todos corrimos, pero no era suficiente ni el agua, ni los estudiantes, ni los baldes. No alcanzaban las mangueras. El fuego había tomado impulso y el viento era cada vez más fuerte. Todo estaba en contra nuestra y cada vez más cerca de quemarle el cafetal al vecino. De milagro logramos controlarlo. Fue un gran susto, pero no fue nuestra intención. Después de esa experiencia, ocurrieron cosas muy bonitas, como la tarde en la que recibimos una visita inesperada luego de despedir a los estudiantes.

—Lo recuerdo, Lina. Era un hombre joven que solicitaba la presencia de los docentes encargados del PRAE. Usted y yo nos miramos con sorpresa, no esperábamos a nadie. Sin embargo, nos dirigimos hacia la puerta principal y alcanzamos a identificar en aquel visitante el distintivo de la Federación Nacional de Cafeteros de Colombia. Iba con la camiseta amarilla y el

logo con la imagen de Juan Valdez, su mula “Conchita” y las montañas de los Andes. Lo invitamos a entrar, pero este eligió la sombra del frondoso árbol de mango ubicado a su izquierda. Allí nos relató la razón de su visita, quería invitarnos a pertenecer al programa “Semillas del futuro”. Nada más ni nada menos que la siembra de mil árboles de café con todo su proceso, desde la instalación del germinador hasta la recolección y, ¡por qué no!, hasta darle un valor agregado al producto y convertirlo en la bebida favorita de los hogares de la comunidad. Este sería un convenio con el municipio y la Cooperativa de Caficultores de Salgar, que ofrecían el apoyo logístico y financiero. Sin pensarlo dos veces y sin haberlo consultado con el director, aceptamos la propuesta. Sabíamos el placer que le produciría a él y a la mayoría de los miembros de la comunidad educativa conservar y fortalecer la cultura cafetera de manera generacional; además de la posibilidad de ver el centro educativo en un referente a nivel local y regional.

—No olvide, Andrés, que no todo ha sido color de rosa. Logramos la aceptación de muchos, pero recibimos críticas de otros. Además, hemos tenido que sobreponernos a pestes, cambios climáticos y fenómenos naturales. A pesar de los sinsabores, ha sido placentero poder contar con el apoyo del directivo, de los docentes, de los padres de familia, de los estudiantes, del personal de la cooperativa y de la administración municipal.

¡Cómo no mencionar a don Andrés Escobar!, el extensionista del Comité Departamental de Cafeteros de Antioquia, y a don Víctor Maya, empresario cafetero de la región. Ellos nos han brindado su apoyo incondicional.

También ha sido gratificante ver la satisfacción y el gozo de los estudiantes. Mientras realizan las prácticas a campo abierto, hacen conteos, cálculos; fraccionan, forman y clasifican figuras; hayan perímetros, áreas, proporciones; resuelven y formulan problemas; aprenden acerca de germinación, plantación, aprovechamiento de los recursos, cuidado de los seres vivos y del ambiente; repasan geometría, la ubicación en el espacio, el relieve; se recrean; elaboran planos; traducen las instrucciones de las etiquetas de los insumos que llegan en inglés; realizan producciones textuales y presentaciones teatrales; elaboran recetarios; diseñan proyectos productivos; practican valores; reconocen las bondades de la creación; manejan adecuadamente las herramientas de trabajo y participan de una manera diferente en su contexto cercano, escolar y familiar.

—Profesora, ¡qué dicha todo lo que hemos logrado! La emoción me brota por los poros. Además, participamos en una de las convocatorias de Corantioquia, “Iniciativas educativo-ambientales para apoyar y fortalecer la gestión ambiental participativa”, y fuimos ganados-

res de un incentivo económico con nuestra propuesta “Semillas del futuro como apuesta a la sostenibilidad ambiental”. Esto nos ayudó a fortalecer el proyecto. También, tenemos la fortuna de ser beneficiados por Farmer Brother y su programa de seguridad alimentaria. Sumamos credibilidad y confianza en nuestra comunidad educativa, incluso de quienes no creyeron en nosotros en un principio. Gracias a ello, ahora tenemos 2.200 árboles de café y cada vez más cerca el poder degustar una taza de nuestro propio producto. Además, tenemos la satisfacción de que nuestros estudiantes hayan aprendido a producir de manera limpia y estén implementando estas prácticas en sus hogares con la visión de generar microempresas familiares. Han descubierto el verdadero valor que tiene el campo y el aprovechamiento que se le puede dar.

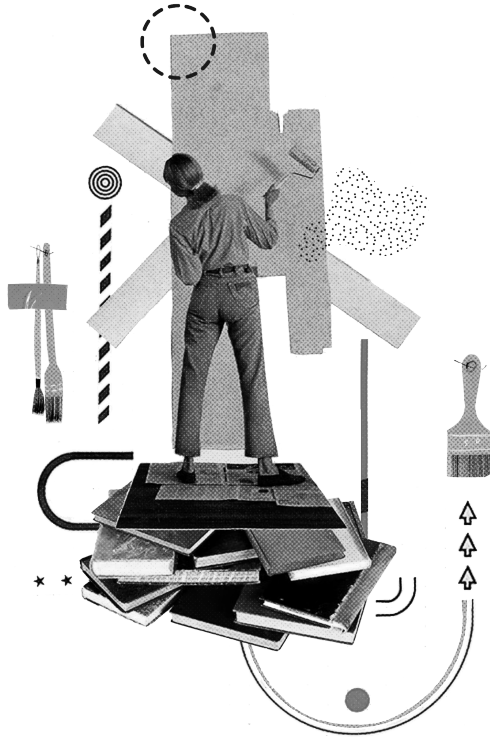
—Andrés, alguna vez nuestro director nos compartió, con mucha satisfacción, una carta enviada por una madre de familia. ¡Qué gratificante fue conocer lo que piensan los padres acerca del proyecto!

—Profesora, yo conservo esa carta y otras, redactadas por algunos estudiantes. Este aprendizaje sí que ha sido significativo. Estoy convencido de que muchos niños que hoy se embarran sus zapatos, su uniforme, sus manos y que, como consecuencia, reciben los regaños en sus casas, serán los posibles agrónomos, ambientalistas y empresarios del futuro porque han aprendido a



soñar a través de estas prácticas. Así que séquese las lágrimas y piense que hemos dejado una gran huella en el lugar donde ninguno de los dos considerábamos que podíamos hacer lo mismo que hacíamos en otros lugares.

De pronto, observamos que se acercaba el director con paso ligero. “¿Ustedes no piensan asistir a la reunión?”, nos preguntó sin terminar de llegar. “Sí, señor”, contestamos en coro. Y le seguimos de manera apresurada. “No se preocupe, profe”, me dijo Andrés, “este proyecto lo continuamos juntos”.



DECIR Y DECIRME:

Soy maestra

Elizabeth Soto Betancur*

*Maestra de la Institución Educativa Campestre Nuevo Horizonte del municipio de El Carmen de Viboral. Correo electrónico: elizasoto_07@hotmail.com

Resumen

En la narrativa que se presenta a continuación, se muestra todo un sentir de maestra que identifica y constituye una razón de existencia de su profesión y su quehacer pedagógico. En medio de reminiscencias, contempla cómo ha edificado los motivos para prevalecer, para continuar y para transformar los escenarios educativos. Desde esta historia, mi historia, que se convierte en una expresión epistolar, narro lo que implica ser maestra para mí.

Palabras clave

Maestra, educación, pedagogía, enseñar, transformar.

Pocas veces dedicamos palabras hacia y sobre nosotras mismas. Quizá, porque tendemos a ver hacia afuera, nos almbaramos ante los goces, nos angustiamos ante las penumbras y nos aquietamos ante lo enigmático de la existencia. Los sentidos están ahí, en activación, para contemplar todo lo que habita en el exterior, pero hacia el interior son escasas las intenciones de atención; solemos silenciarlas desde la inercia hiperactiva social que condena la quietud.

Apreciar esta narrativa es darme un lugar para mirarme desde la desnudez del alma pedagógica, para traer esas reminiscencias al presente y palparlas desde la gratitud con la que hacen presencia en el ahora, que zumban como el viento y remueven las memorias que albergan formas, colores, olores y sabores. Aquí, comienzan a versar estas palabras que renombran lo que soy desde las miradas contemplativas en una remembranza docente. Regresar unos pasos atrás, bajo la constante de la praxis pedagógica, es vislumbrar un sinfín de acciones que llevan impresa la legitimidad docente. Esa que transmuta, se transforma, se matiza y evoluciona. Comenzaré con el primer día en que inició esta aventura con la etiqueta social de profe.

En medio de una tempestad matutina de aquel día de enero del 2013, salí de casa con algo más que un paraguas y un buen abrigo. Llevaba tarjetas de bienvenida, dulces y unas cuantas canciones infantiles en aquella mochila azul, bien organizada para tal ocasión. Lucía como una buena maestra en el uniforme de aquel establecimiento educativo; a pasos agigantados para llegar a tiempo, sin perder la armonía de caminar, no podía dar una impresión de estar en apuros. Sonriente, quería verme como toda una maestra que felizmente va a la escuela a recibir a sus estudiantes el primer día de clase, sin que percibieran que ese era también su primer día, mi comienzo como profesora.

“Buenos días, ¿cómo amanecen?”, fueron las primeras palabras que tímidamente salieron de mi boca al verme en frente de todos los infantes del grado segundo que, expectantes, miraban a su nueva profesora. Hicimos todo aquello que consideré para aquel encuentro, compartimos nuestros nombres, cantamos rondas infantiles, comimos dulces y coloreamos la tarjeta de bienvenida. Creo que subestimé sus energías, pues el tiempo se me hizo largo para ese encuentro y las actividades parecieron minimizarse. El reloj avanzaba pausadamente y las ansias de no saber qué hacer se fosilizaban en mi mente. Esos pequeños que saludé al inicio de la jornada parecían hacerse más grandes, más ruidosos, más inquietos y menos receptivos.

“¡Ya no quiero ser profesora, esto no es para mí!”, esa fue la respuesta que le di a mamá cuando llegué a casa con una voz quebrantada que emitía la angustia, el temor y la renuncia. Recuerdo que solo quise encender el computador, preparar la próxima clase, acceder a la web y tener algo de ideas para volver al día siguiente a clases, pero lo que se me ocurría me parecía un absurdo. Al tiempo que escribía, mi mano se desplazaba hacia la tecla del borrador y la página en blanco era la única realidad de ese momento. Anocheció, y mis ojos hinchados por el llanto de la tarde y por las horas que permanecí tras la pantalla posibilitaron, quizá, el roce

de algunas ideas chispeantes sobre mi cabeza, que lograron dar luz a aquel eclipse que nublaba mi paisaje edénico de maestra por esos instantes.

Me dispuse a regresar, a volver y a continuar bajo la promesa de no desfallecer, conservando un poco la sonrisa de ese primer día cuando la expectativa de estar en clase no tenía tintes aniquilantes ni predisposiciones frenéticas.

Ahora que revierto mis pensamientos hacia esos momentos, puedo sentir que esa angustia anida en mí, galardonada con destellos y confetis cada vez que debo dar una clase, pero ahora con tranquilidad y convicción porque sé que esas emociones están cuando asumo que la responsabilidad de ser la maestra va más allá de preparar una temática de clase. Porque no solo es explicar lo que sé de una disciplina cualquiera, sino lo que soy. Es reconocer que las palabras que emito, los gestos que dibujo desde la corporalidad y la proxemia con la que llego hacen resonancias en el otro que está ahí, dispuesto a escucharme. En esa dialéctica, maestra, debes verte parte de ese mundo, de esos mundos que acogen tu llegada a sus días, a sus vidas, y así vas gestando amores o condenaciones al encuentro con la educación.

Esos interrogantes que comenzaron con miedos paralizantes se convirtieron en la efervescencia para querer ser la mejor versión cada día; para darme cita

con pedagogos, escritores, con colectividades y comunidades académicas; para hablar de educación; para cuestionarme por y hacia ella; para entender y seguir tejiendo esos roles que se suscriben al acto educativo; para versar con algo más que un aula de clase, libros y estudiantes; para sentirme parte de una comunidad, de un contexto, de una sociedad y querer remarcar con ahínco todo eso que en el alma yace, a través la entrega de eso que quiero legar a las próximas generaciones.

Como menciona William Ospina en su libro *La lámpara maravillosa*: “cada vez que nos preguntamos qué educación queremos, lo que nos estamos preguntando es qué tipo de mundo queremos fortalecer y perpetuar” (Ospina, 2012, p. 9). Se trata de sentir estos actos educativos no solo como trasmisión de conocimientos, sino como actos donde también queda el lugar para hacerse reflexiones que redunden en la comprensión de las realidades, que lleven a pensar maneras de transformar eso que vivimos, a denotar otras perspectivas y a contemplar otras aristas en las que podamos ir edificando, palpando y abrazando las utopías sociales que ensoñamos a través de los pensamientos y las palabras; para construir educación, construir sociedad.

Así, se van conformando roles, acciones y responsabilidades en este basto mundo educativo. Ser maestra toma nombre más allá de un diploma que lo valida. No

llega solo a las fronteras del profesionalismo, a los cinco años de estudio académico y a estar en un salón de clase. Para mí, es poder decir que soy maestra porque puedo asumir con amor y compromiso lo que atañe a su definición, en la que no solo me acompañan los libros y las enciclopedias, los medios y las tecnologías, los juegos y las dinámicas, el listado de la clase y la ficha de seguimiento... Es ver quién soy desde todas las esferas de humanidad porque desde allí se despliega todo eso que puedo ofrecer, y no exclusivamente las explicaciones de algoritmos y letras, leyes y principios científicos. Es reconocer eso que se revierte en la esencia misma de quien soy, que se proyecta hacia a los otros, hacia quienes están en esas sillas de la clase, escuchándome, observándome, permeándose de todo eso que ofrezco.

Recuerdo a Savater (1997) en su libro *El valor de educar*, donde habla de ese segundo nacimiento humano, del momento en que el ser es humanizado por la cultura, donde se aprende, se enseña, se cuestiona y se transforma. Justo ahí, sin duda, está la educación y estamos quienes elegimos estar allí, recibiendo con abrazos extendidos a ese nuevo integrante, hilando tejidos para formar sociedad y siendo actores y protagónicos de estas acciones.

¿Cómo no pensarse y edificarse en sí para entregar de manera responsable a quienes esperan por ti, algo de

ti? Es dar un paso a la entrada de la escuela, sentir tu presencia en ese espacio y la presencia de los que aquí se convocan. Es tener el convencimiento de visitar el más mágico de todos lugares para entregar lo mejor que eres, porque allí empieza a tomar forma el imaginario de tus planeaciones, das vida a eso que construiste para ellos antes de tu llegada, se hace tangible y apreciable toda la antesala de intenciones con las que te dirigiste a la escuela, contemplas lo que has querido para ellos y para ti, evocas palabras en sincronía con lo que sientes y piensas, dibujas con tu cuerpo la realidad de tus emociones, simpatizas ante las miradas de quienes son cómplices y testigos de quien eres. Es el lugar para enarbolar la autenticidad de quien eres, conjugada con lo que sabes y con eso que quieres otorgar desde el más consciente y significativo acto educativo.

(...) educar es creer en la perfectibilidad humana, en la capacidad innata de aprender y en el deseo de saber que la anima, en que hay cosas (símbolos, técnicas, valores, memorias, hechos...) que pueden ser sabidos y que merecen serlo, en que los hombres podemos mejorarnos unos a otros por medio del conocimiento. (Savater, 1997, p. 10)

Es mantenernos incólumes ante los vestigios educativos, y sonrientes cuando el humor y la gracia no tienen

lugar. Es hacer perenne la credibilidad de esa praxis pedagógica, volver dialéctica la relación entre los estudiantes y la maestra, una relación donde nos sentimos merecedoras de permanecer ahí, de irnos edificando en cada clase, en cada encuentro, en cada acercamiento. Así como lo precisa Savater (1997), es creer en la insuficiencia humana, esa que nos lleva a ser creadores de escenarios y de lugares para los encuentros que nos llevan a crecer en conjunto, a desplegar al unísono las formas plausibles de construir y deconstruir humanidad. Es sabernos parte de un equipo, apreciar las bondades de crecer en lo colectivo y sentir tanto la fragilidad de ser humanos como la grandeza de desplegar formas de transformación y de evolución en unión.

No mencionar la educación rural en esta reflexión es como opacar una de las grandes victorias educativas porque experimentarla connota una significación e identificación de ser maestra. La educación rural, que me ha hecho lucir botas de caucho; montar en bestia para recorrer caminos de herradura; tomar “bogadera” cuando el calor apremia con su verano la vereda; habitar entre montañas con árboles frondosos y coloridos, cantos de aves y revoloteos de mariposa; y abrazar los silencios de la noche que se matizan entre el croar de la rana, el grillar de los minúsculos grillos o una inesperada tormenta. Ver esa escuela como el espacio de

todos y para todos, donde hay lugar para el agricultor, para el cafetero, para el ama de casa y para el anciano vecino, donde se fortalece la comunidad al ritmo de la pala, la pica y el azadón, donde se da forma a esa huerta infaltable de campo o al son musical que nos dan las cuerdas de guitarra y unos versos del trovador.

Llegar a estos lugares donde el recorrido sobrepasa el pavimento de la carretera y la ruta del transporte para luego adentrarse sobre caminos pantanosos y áridos me evoca a Sara Perrin (1928) cuando en su libro *Cartas pedagógicas* habla de una escuela ambulante, esa que llega, visita y convoca los campos para reducir las brechas de inequidad y de analfabetismo y toca las puertas para entregar eso que sentimos que debe ser público e inclusivo, la educación, ese faro que debe saber situarse para poder ser luz. Una luz que llegue a irradiar lo inédito de cada uno, a despertar la autenticidad de cada ser, a encender brasas interiores, esas que contagian y se hacen perennes.

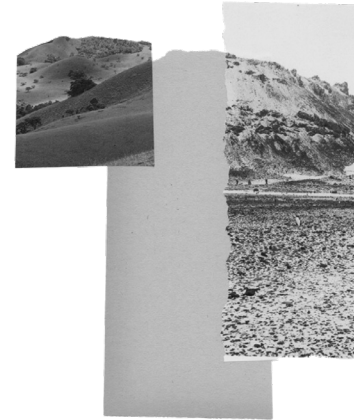
Puedo almibarar mi ser al dar vida a estas palabras, al ver en la educación y en mi lugar como maestra una esperanzadora perspectiva de contemplar un mañana de posibilidades como un balsámico iris en paisajes acromáticos. Al definirme y pautar mi sentido de vida al son de la pedagogía y la educación, a los ritmos sigilosos,

estruendosos, eufóricos y apacibles que resuenan en las dinámicas sociales, permito que el baile no finalice, danzo con la gratitud de quien soy y quien pretendo ser, y me otorgo la posibilidad de ser falible, pero con el tejido de oportunas unidades para prevalecer.

De manifiesto queda en cada reglón, en cada frase verbalizada, todo un sentir de maestra que tiene su nacimiento en el amor por esta profesión. Las intenciones aquí reflejadas buscan simbolizar a través del acto de la escritura, acto que, para mí, se constituye en el ritual más sublime de escucharme, de poner en lenguaje todo lo que evoca la aprehensión de eso que me habita desde lo cognoscitivo, lo emocional, lo etérico, y deja la vida de este manuscrito que me deja aquilatar todo aquello que puedo apreciar de la docencia por medio de la armonía de conjugar cada palabra.

Saberme ver como maestra es acuñar el deseo inagotable por conocer, por saber que todos los días hay algo nuevo por aprender, que acercarme a la enseñanza es mirar los libros, las enciclopedias, la web y también las formas plausibles de compartirlos. Desde el diseño de artilugios y metáforas hasta considerar las creencias que puedan hacer inconexos los aprendizajes y, aún más, de hacerlos relevantes bajo miradas reflexivas y críticas de eso a lo que le damos el valor de conocer y de ser conocido.

Se trata de reconocer que cada clase otorga la posibilidad de apreciar las disyuntivas y bifurcaciones con las que acontece la vida misma. Es desprenderse de dogmatismos, ideologías e, inclusive, de idealizaciones porque nada puede predecirse en el mundo educativo. Puede contemplarse el más edénico de los momentos y, a la vez, el más desafiante e inquietante. Es entregarse a ellos, a quienes están ahí junto a ti, construyendo sentidos de vida en medio de los relacionamientos dialécticos, confiar en lo que se dice, se hace y se construye para seguir edificando las quimeras que nos llevan a soñar con lo más improbable y complaciente. Es soñar con sociedades más filantrópicas, empáticas, afectuosas, donde la gratitud por la pluriversidad nos lleve a sonreír por cada despertar, por la lluvia, por el viento, por el calor, por la luz del sol y por cada ser que mora con nosotros en este majestuoso hogar. Donde sean la educación y las maestras ese ruido inicial para hacer ecos y resonancias de relacionamientos cada vez más humanos, reflexivos, creativos y con propósitos, para dignificar los espacios y escenarios que habitamos desde el respeto, la solidaridad y el amor. Es sentirnos como un único equipo sin egolatrías ni competencias, sino desde la unidad que armoniza los tejidos de sociedad.



Referencias

- Ospina, W. (2012). *La lámpara maravillosa*. Cuatro ensayos sobre la educación y un elogio a la lectura. Mondadori.
- Perrin, S. (1928). *Cartas Pedagógicas*. Imprenta El Globo.
- Savater, F. (1998). *El valor de educar*. Ariel.



FORMAR EN TIEMPOS DE INCERTIDUMBRE:

Expresiones confinadas

Alba Yaneth Zuleta López*

*Maestra de la Institución Educativa Pedro Nel Ospina del municipio de Ituango. Correo electrónico: alba_zuleta@yahoo.es

Resumen

“Formar en tiempos de incertidumbre: expresiones confinadas” está inspirado en las prácticas escolares; en la vida que se vibra en las escuelas de la ruralidad del departamento de Antioquia; en la mirada que extraña, que añora lo habitual, lo de siempre, lo común; en valorar el quehacer pedagógico y didáctico del docente; en los rostros, las sonrisas de los niños; y en darles voz. Este texto está conectado con el sentimiento, con la emoción que produce la extraña experiencia de formar en tiempos extraños. Su escritura surge de lo que nos pasa a los docentes, lo que nos cruza y nos está quebrantando el alma cuando formamos desde la distancia.

Palabras clave

Maestra, educación, pedagogía, enseñar, transformar.



El vacío

De repente, todo cambió. En la radio, la televisión y las redes sociales solo se escucha la Covid-19, el coronavirus, la cantidad de contagiados, el número de muertes, que se va volviendo incalculable. El contagio se produce por pequeñas gotas o microgotas que salen de un ser humano contagiado y quedan en el ambiente o pasan a otra persona. Es por esta razón que la Organización Mundial de la Salud declara en riesgo la salud pública y cada país empieza a tomar medidas para evitar la propagación del virus. En Colombia, se promulga la Resolución 385 de 2020 a raíz de la emergencia sanitaria causada por la Covid-19. Se efectúa el cierre total del comercio no esencial, de las fronteras y las escuelas, y se sugiere la cuarentena total para mayores de setenta años.

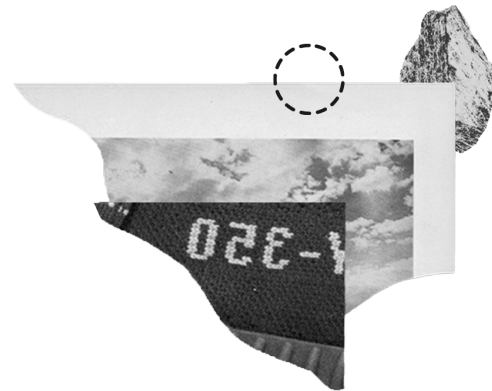
Es un tiempo en el que todo se detiene, pero lo que más nos aqueja a los profes es la escuela. Sentir los pupitres vacíos, los timbres sin sonar, las risas de los descansos como un vago recuerdo, los pies que no corren, el parque desierto, la cancha sin un balón, la desolación. Es un quiebre para nosotros, es una pesadumbre de lo que siempre fue y, como ya no es, ahora nos hace falta. Pensamos en aquellas miradas, sus sonrisas, sus abrazos, la complicidad entre ellos, su espontaneidad, sus

preguntas curiosas, sus discusiones y su lógica siempre particular para ver el mundo.

Mientras ese vacío nos cruza por las entrañas, nos reunimos cada día a pensar cómo proceder en un territorio que la violencia ha golpeado de manera sistemática. Ituango es mi pueblo, adormecido con tanta sangre, lágrimas e historias de terror. Enmudecido por los tantos atentados, por los tantos muertos que todos conocen y que nada tenían que ver con la guerra, con el conflicto armado. Los profes de este pueblo vemos crecer nuestra gente y nos damos cuenta del niño que perdió a su mamá en una balacera. Sabemos que en unas veredas no nos permiten trabajar a algunos. Sabemos que nuestros estudiantes cambian sus cuadernos por un fusil, y se los lleva la guerra con la que nada tienen que ver.

Aun así, cada día nos levantamos y les regalamos aprendizajes tan importantes como leer, escribir, preguntar, discutir y ser críticos. También sabemos que el virus nos lo traerá Hidroituango porque son muchas las personas que trabajan en la represa y que entran y salen frecuentemente al pueblo. Nuestro riesgo al contagio puede ser devastador porque allí trabaja gente de todas partes del país y es un lugar visitado por otras personas del mundo. En definitiva, somos un pueblo

con una comunidad en alto riesgo, con condiciones precarias, revictimizado de una y otra manera. Mientras tanto, los profes seguimos con la incertidumbre de buscar la mejor forma de enseñar a los niños sin que salgan de sus casas por la situación que nos aqueja en estos tiempos de pandemia.



Las preguntas

La incertidumbre nos embriagaba. ¿Cómo enseñar sin que los niños salgan de sus hogares?, ¿qué hacer para verlos crecer y madurar en sus aprendizajes?, ¿cómo evaluar de manera remota?, ¿dónde queda el sentido ético del profe en ese número, en esa retroalimentación, en esa valoración o en ese reconocimiento por su aprendizaje?, ¿realmente aprenderán algo? Nos quedamos pensando en que los contenidos podrán esperar porque los aprendizajes de la vida los van a adquirir en sus propias casas, debido a las circunstancias de la contingencia. Valorarán el afecto y los amigos, cooperarán con las cosas más simples, pero esenciales, y con todas las circunstancias propias de sus hogares. Pero yo les enseño a leer. Ese es un regalo tan esencial para la vida, tan fundamental, como todas esas cosas que van a aprender en sus casas.

Tonucci (2018) nos dice que “aprender a leer y a escribir es uno de los mejores regalos”, y es la escuela quien lo brinda. ¿Cómo enseñarles a leer sin que los niños arriesguen su salud?, ¿cómo cumplir una buena función de profesor de manera remota? Antes de la contingencia, se había dispuesto un espacio de lectura, un pequeño rincón con libros disponibles a su alcance, con colchonetas y cojines, un lugar agradable para ellos. Además, había lectura en voz alta de varios cuentos con preguntas dirigidas. El método que usamos en

la escuela es el fonético. Lo más importante en este método es la relación entre el sonido de lo que se habla con lo escrito. A esto se le conoce como consciencia fonológica o consciencia del lenguaje escrito. En este sentido, prevalece el reconocimiento del sonido o el fonema de las letras, se van introduciendo los fonemas de manera paulatina y gradual, y se inicia con las más usadas por nuestra lengua, como las vocales.

Son ideales las actividades con rimas; poemas; reconocimiento del sonido de las palabras al comienzo, en el intermedio o en el final; y muchas más actividades que le van dando el principio alfabético al niño y lo inician en la lectura. Es un trabajo arduo, organizado, que no se puede dejar al azar y donde el niño requiere de mucha motivación, acompañamiento, paciencia y dedicación. ¿Cómo vamos a asumir esta responsabilidad cumpliendo con el estudio en casa?



¿Cómo formar desde la distancia?

Para Skliar (2018), formar desde una idea artesanal es “plantar algo”. Es sembrar una semilla, en este caso, una idea en nuestros estudiantes, y esto lo hacemos desde tres horizontes u ópticas para lograrlo. La primera de ellas es la transmisión; la segunda, la renovación; y la tercera, lo que se pone en común. Cuando hablamos de transmitir, se ponen en juego el saber y el amor por el saber, que para los estudiantes a veces parece inalcanzable. Se pone en juego porque no es solo mi saber como profe, sino todas las acciones, el diseño, la arquitectura de lo que planeo, lo que hago en clases, cómo me muevo, a dónde me dirijo, cómo entono mi voz, lo que escribo en la pizarra, lo que digo, lo que selecciono para la clase, a quién monitoreo más de cerca, a quién doy participación o cómo hago que participen y cómo me doy cuenta de que me entendieron.

Todo esto hace parte de nuestro estilo, lo que nos parece fundamental y lo que no, lo que nos habilita y los habilita a ellos para que den ese paso, ese aprendizaje que nosotros queremos que logren. La segunda se refiere a lo que se renueva, a esa reelaboración que hacen los estudiantes con lo aprendido, cómo lo vuelven a contar, cómo lo entienden, lo que hacen con esa invitación a aprender algo. Con esto, cuando los profes

monitoreamos, nos damos cuenta de si el aprendizaje fue adquirido. Y la tercera es lo que se pone en común, porque no aprendemos en soledad, siempre hay otro que nos confronta, que nos invita, que nos conquista y esto es la comunalidad o la convivialidad para aprender juntos.

En este sentido, formar en la distancia significa repensarlo todo. Lo único claro es el destino, pero se pierden la ancestralidad, el origen, los encuentros, la sociabilidad y un poco del amor que sentimos por lo que hacemos. Como si nos quitaran algo que está en nosotros tan instalado y tan intrínseco, todo se volvía cada vez más pesado y doloroso con el pasar de los días, las semanas y los meses.

Entre angustias, las profes de primero de la Institución Educativa Pedro Nel Ospina acudimos a la biblioteca de nuestra sede. Entre libro y libro, retomamos unos cuadernos de trabajo, libritos de lectura conocidos como *Aprendamos todos a leer*. Decidimos usarlos para este estudio en casa y cumplir con las guías que se requerían desde las directivas, porque asumir el trabajo virtual en una zona donde no hay mucho de virtualidad sería dejar excluida a mucha de la población ituanguiña. La institución asumió las copias que faltaban para los cinco grupos de primero y uno más de otra sede

que también maneja la institución porque, desde el Ministerio de Educación, el material no llegó completo para todos los niños.

Extrañar la escuela

Añorar lo que te hace falta, añorar la compleja tarea de educar, es ver cómo se quiebra el sentido de la escuela porque hay cosas que solo suceden en ellas, porque solo allí se viven experiencias intensas. Es añorar los afectos, las relaciones vinculares, la hospitalidad de las profes, nuestros cuidados y todas esas emociones que logramos sostener en la escuela, a sabiendas de las profundas desigualdades de nuestro contexto como zona de guerra y estando tan cerca de Hidroituango, una promesa de progreso y desarrollo para el pueblo que en tiempos de pandemia se vuelve un foco de transmisión de la Covid-19. Pero no solo eso, Hidroituango es un proyecto de extractivismo que nos arrebató el agua que corre por estas montañas altas, imponentes y vistosas, que nos roba la fauna, la flora, el clima, el aire y hasta las tradiciones de los pobladores más cercanos, como los de Orobajo.

Es extraño extrañar la escuela, tan imprescindible, tan inamovible, tan esencial, tan vital. Con los meses, ya

no se trata de un regreso bañado en melancolía, sino de un deseo desesperante y desbordante por volver a lo de siempre, a lo habitual, a volvernos a encontrar, a darle vida, luz, movimiento, palabras y tiempo a la escuela. Solo ahí aprendimos a hacer lo que hacemos. Lo que somos los profes se lo debemos a los espacios de la escuela, a hacer lo que no se hace solo: enseñar. Y esto no lo suple ni lo sustituye la tecnología porque se necesita de otro para aprender, que no es tan natural ni automático como se piensa.

Mientras tanto, los profes nos escuchamos de manera virtual y discutimos asuntos éticos de la evaluación en estos tiempos extraños. Nos queda la sensación de que, al revisar unas guías o unos talleres, no sabemos ni podemos reconocer su aprendizaje, su madurez, su crecimiento. Nos queda el sinsabor de que no está ocurriendo nada con las guías. Entonces, se proponen



listas de chequeo, mejores propuestas, ejemplificar las respuestas, una retroalimentación más consciente, mejor y mayor acompañamiento con los padres de familia y estudiantes. Sin embargo, hay un vacío incómodo, algo mal hecho e incorrecto, la inquietud de si ese valor y esas palabras en los boletines de periodo quedaron sujetos a prejuicios personales y no a aprendizajes. Nos queda el sinsabor de lo que no se hizo como se hace siempre, de lo perdido en el tiempo por el vacío de la escuela, de la falta del encuentro y de la fractura de las relaciones.

Expresiones confinadas

Recibimos centenares de cartas de los niños dirigidas a las profes y a los compañeros con frases concretas, pero contundentes, que manifiestan la inmensa soledad de los niños de Ituango. Para trabajar con los niños se necesita una muy buena conexión, saberlos respetar, tenerlos en cuenta y sentirse inspirado por ellos. También, poder verlos, escucharlos y sentirlos. Hay que tener claro que lo más importante es la manera en cómo nos relacionamos con ellos, al saber que son auténticos, espontáneos y que los adultos estamos para hacer cosas con ellos, para acompañarlos; que vivimos por principios y le obedecemos a esos principios, y no

a las reglas e imposiciones de otro (Laborda, 2017). Es hablar de una educación consciente, sin golpes ni castigos ni premios ni sobornos ni amenazas. Es dejar de hacerles cosas a los niños para hacer más con los niños. Es hablar de la pedagogía Montessori que se inspira en la idea de seguir al niño.

Para nosotros, los profes, es muy difícil aterrizar estas ideas porque tenemos instaurado en nuestro ser y en nuestra crianza la necesidad de controlarles. Incluso, mucho antes del confinamiento, las voces de los niños han sido silenciadas porque los adultos no sabemos conectar con ellos. Ni les respetamos ni les atendemos ni les escuchamos ni los vemos porque estamos en una sociedad que le exige al niño obedecer por obedecer, con imposiciones y límites arbitrarios. Lo único que hacemos es ejercer poder y control, tal y como histó-



ricamente ha funcionado la escuela, según nos cuenta Foucault (2002) en su libro *Vigilar y castigar*.

Hablar desde otra mirada cuesta porque tenemos otras historias en nuestras entrañas, por eso se habla de educación consciente, para permitirles expresiones y voces libres de juicios, críticas y etiquetas impuestas. Dejar salir estas voces en estos tiempos extraños desde la distancia fue darme cuenta de que los niños que conozco de Ituango se sienten solos, y esa soledad les produce mucho dolor porque afuera solo ven calles vacías, miedo, enfermedad, angustia, higiene excesiva y muerte. Ellos se sienten extraños porque lo habitual, lo normal, ya no es el camino hacia la escuela, el uniforme, la hora del restaurante, el parque en los descansos, las tareas en los salones, la complicidad, los juegos, las miradas de sus amigos, las risas, los escondites, las profes, los abrazos. Todo se volvió un recuerdo que se añora con desespero, con las ansias desenfrenadas que se manifestaron en las cartas escritas por los niños.

Hasta el momento, seguimos buscando la escuela, pero una escuela segura donde no nos vamos a enfermar, donde podamos estar tranquilos. En nuestro pueblo, con pocos pobladores, ya alcanzamos más de cincuenta contagiados. Vivimos el miedo de que nos contagie alguno de los trabajadores de la hidroeléctrica, que al-



canzó más de cien mil contagiados por el inadecuado manejo sanitario. Aún no se determina cómo ingresó el virus, ya está aquí, estamos atentos a la propuesta del ministerio por la alternancia educativa. Se reabren los negocios, la gente sale a las calles sin ninguna seguridad. El miedo nos permea y queremos nuestra escuela, pero con la seguridad de que no nos vamos a enfermar por hacer nuestra labor, esa que añoramos, a la que le entregamos nuestro corazón.



Referencias

Foucault, M. (2002). *Vigilar y castigar*. Siglo XXI Editores.

Laborda, Y. (2017). *Dar voz al niño. Ser los padres que nuestros hijos necesitan*. Grijalbo.

Skliar, C. (2018). En los confines de la universidad: ¿en qué lengua conversar a propósito de las experiencias educativas? En *La universidad interrogada: apocamiento de la formación y la experiencia* (pp. 15-30). Universidad Autónoma de Occidente.

Tonucci, F. (5 de septiembre de 2018). Aprender a leer es uno de los mejores regalos para tus hijos [video]. *YouTube*. <https://bit.ly/3BSJnMV>

HISTORIAS DE VIDA Y NARRATIVAS BIOGRÁFICAS DE MAESTROS Y MAESTRAS I

VOLUMEN I



Gobernación de Antioquia.
www.antioquia.gov.co
Medellín, Colombia.



GOBERNACIÓN DE ANTIOQUIA
SECRETARÍA DE EDUCACIÓN

